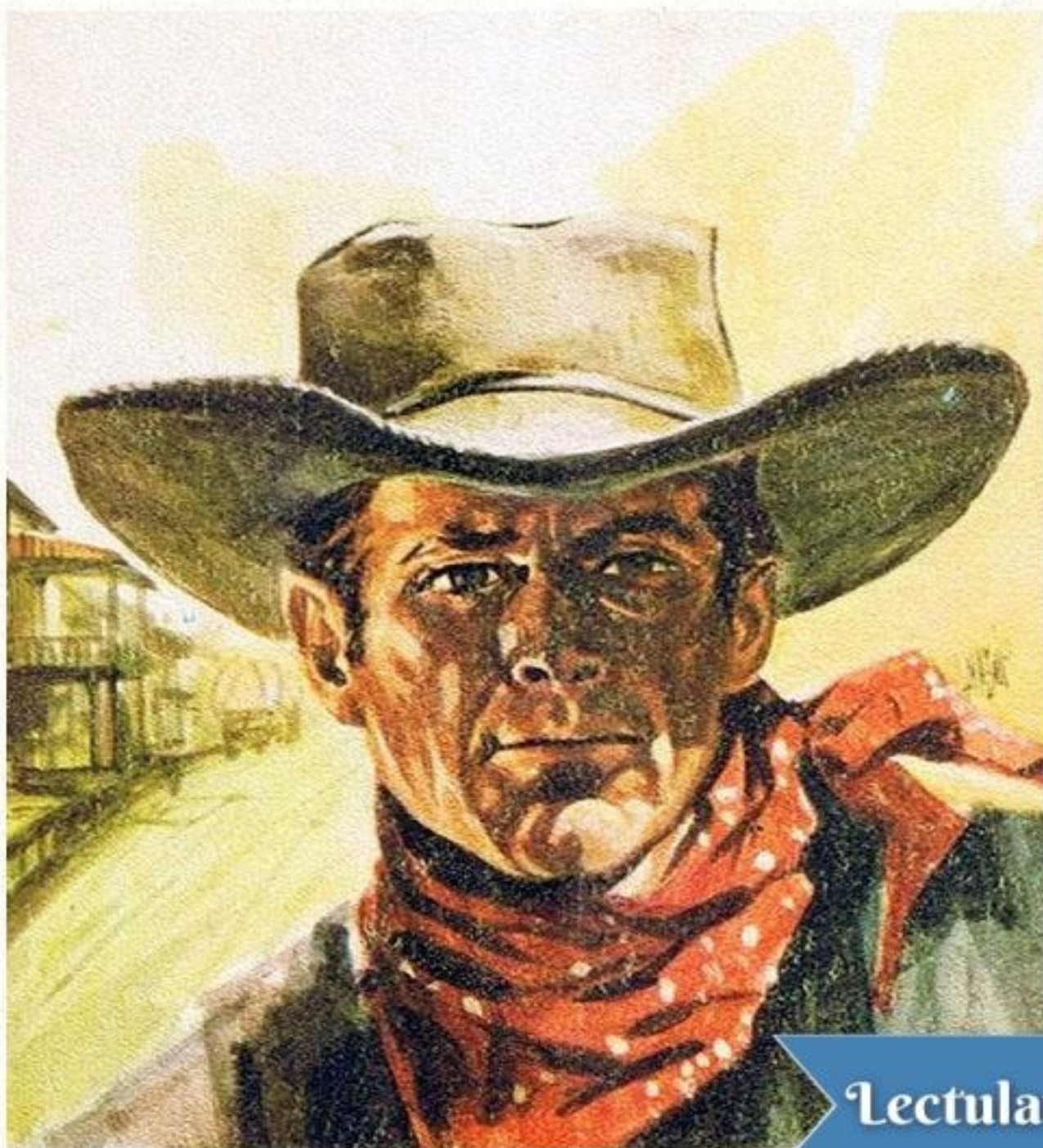


JAMES O. CURWOOD

La senda peligrosa



Lectulandia

Jack Howland es un ingeniero de Chicago que es enviado a construir la ruta ferroviaria en los remotos e implacables terrenos de la naturaleza canadiense. Pero Jack pronto comienza a sospechar que algo siniestro está sucediendo en esta parte del mundo que obligó a otros ingenieros antes que él a abandonar sus trabajos y correr por su seguridad. ¡Pero eso no es todo! Hay una chica misteriosa a quien Jack va conociendo poco a poco..., en este relato de aventura, emoción, peligro y romance ambientados en el desierto del norte de Canadá.

James Oliver Curwood fue un escritor y conservacionista estadounidense de acción y aventuras. Sus libros figuran entre los diez mejores libros más vendidos en los Estados Unidos y al menos dieciocho películas se han basado o inspirado directamente en sus novelas y cuentos. En el momento de su muerte, era el autor mejor pagado del mundo (por palabra). Su estudio de escritura, Curwood Castle, ahora es un museo en Owosso, Michigan.

Lectulandia

James Oliver Curwood

La senda peligrosa

ePub r1.0

Titivillus 05.01.2019

Título original: *The danger trail*
James Oliver Curwood, 1910
Traducción: Juan Gutiérrez Gili

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0



más libros en lectulandia.com

Capítulo I

La muchacha de las nieves

QUIZÁ por primera vez en su vida sintió Howland el espíritu novelesco, de aventura, de simpatía por lo pintoresco y lo desconocido. Millones de estrellas brillaban, semejantes a amarillos e impasibles ojos, en el frío polar de los cielos. Tras él, blanco en su curso sinuoso a través del desierto nevado, aparecía el helado Saskatchewan, con algunas raras luces dispersas, visibles donde Príncipe Alberto, la última avanzada de la civilización, descendía hasta el río media milla más abajo.

Pero no era hacia el Norte a donde Howland miraba. Desde lo alto de la gran colina a que había subido, consideraba obstinadamente la blanca desolación que se extendía a mil millas, desde donde se encontraba hasta el mar Ártico. Débilmente, en el lúgubre silencio de la noche, llegó a sus oídos el suave silbido de la aurora boreal como si cantase su secular canción sobre el lomo de la tierra; y mientras observaba las frías luminarias, semejantes a pálidas flechas en el cielo distante, y escuchaba su música murmuradora de infinita soledad y misterio, tuvo conciencia de un extraño sentimiento que iba invadiéndole y despertándole, diciéndole que allá, muy cerca del término de la Tierra, estaba todo lo que había soñado y esperado desde que fue capaz de comenzar a trazarse el programa de su vida.

Se estremeció porque el frío le helaba la sangre, y encendió un nuevo cigarro, volviéndose para escudarse del viento del Este, cada vez más recio. La cerilla llameó, resguardada entre sus manos, y en el mismo instante llegó hasta él, de la negra lobreguez del bosque de bálsamos y abetos que había a sus pies, un aullido de hambre y de dolor que le hizo suspender su respiración, alarmado. Era un aullido como el que los perros indios lanzan junto a los cadáveres aún calientes de sus dueños. No había oído jamás semejante aullido y, sin embargo, conoció que era de un lobo. Le impresionó con un temor que era nuevo para él; permaneció inmóvil como los árboles que le rodeaban hasta que, de la gris lobreguez de la noche, por el Oeste, respondió otro lobo; y más distante, hacia el Norte, se oyó otro aullido.

—Los aullidos me advierten que debo volver a la ciudad —se dijo en voz alta—. ¡En verdad que está esto solitario!

Descendió de la colina, caminó rápidamente sobre la nieve endurecida a través del Saskatchewan y se confesó que se sentía mejor cuando tenía a unos centenares de metros las luces de Príncipe Alberto.

Jaime Howland era de Chicago, lo que equivale a decir que era un luchador, un hombre de presa, y no precisamente un sentimental. Durante quince de sus treinta y un años había luchado. En toda su vida no había tenido sino una verdadera ambición y una esperanza. Con una obstinación que le había hecho extraño a los más frívolos y humanos aspectos de la vida, había trabajado para realizar esta ambición; y esta noche, sintiendo que su realización estaba cerca, al alcance de su mano, era feliz. Nunca había sido tan feliz. Mentalmente percibió como una viva y rápida visión del combate que había sostenido para triunfar. Había sido un magnífico combate. Sin vanidad se sentía orgulloso de ello, porque el destino le había puesto obstáculos en sus comienzos y había logrado vencer al destino. Se vio a sí mismo otra vez como un desamparado muchacho campesino saliendo de su aldea de Illinois para probar fortuna en la gran ciudad; cual si todo hubiera ocurrido ayer, recordó cómo muchos días y semanas había pasado hambre, cómo había vendido periódicos al principio, y luego, por un afortunado azar, cómo había logrado colocarse de recadero en un gran establecimiento de construcciones. Allí fue donde la ambición nació en él. Veía grandes ingenieros entrar y salir hombres que eran más importantes para él que emperadores, y que se encaminaban a los puntos más distantes de la Tierra, siguiendo su vocación. Se hizo esclavo de sí mismo nutriendo y afirmando su ambición de llegar a ser uno de ellos: constructor de ferrocarriles y puentes, perforador de montañas, creador de nuevas cosas y nuevas tierras. Su esclavitud no disminuyó con los años. Voluntariamente se había refrenado, combatiendo sin cesar los obstáculos que hallaba en su camino, triunfando de los obstáculos como pocos hombres hubieran triunfado, alzándose lenta, tenaz, irresistiblemente, hasta ahora. Echó hacia atrás la cabeza y el ritmo de su corazón se aceleró pareciéndole oír de nuevo las palabras de Van Horn, presidente de la compañía constructora más grande del Continente:

—Howland, hemos decidido encargarnos a usted la construcción del ferrocarril de la bahía de Hudson. Es uno de los trabajos más rudos que hemos tenido hasta ahora y Gregson y Thorne no parecen poder continuar. Son constructores de puentes y no están habituados a las regiones selváticas. Tenemos que tender una línea de acero a través de trescientas millas de la comarca más salvaje de Norteamérica, y desde este instante el lema de usted es: «¡Hacerlo o reventar!». Puede usted personarse en Le Pas tan pronto como haga el equipaje.

Estas palabras habían puesto término a la esclavitud de Howland. Había estado combatiendo por una oportunidad y ahora que la oportunidad se presentaba estaba seguro de que lograría el éxito. Rápidamente, con las manos metidas en los bolsillos, descendió la principal calle de Príncipe Alberto, exhalando olorosas nubes de humo de su cigarro, sintiendo que cada fibra de su cuerpo se estremecía con la nueva alegría que había entrado en su vida. La noche siguiente le vería en Le Pas, la

pequeña avanzada situada a sesenta millas más al Este en el Saskatchewan. Luego cien millas en trineo arrastrado por perros, y se hallaría en el gran campo yermo donde trescientos hombres estaban actualmente trabajando para hacer un camino hacia la gran bahía del Norte. ¡Qué gloriosa hazaña constituiría ese camino! Permanecería para siempre como un monumento de su habilidad, de su valor y de su tenacidad indomable.

Habían dado ya las nueve cuando Howland entró en el pequeño y viejo hotel de Windsor. La gran sala, a través de cuyas ventanas podía mirar la calle y el helado Saskatchewan, estaba casi vacía. El encargado había cerrado su oficina y se había ido a acostar. En un rincón, parcialmente oculto en la sombra, estaba sentado un cazador mestizo que había llegado aquel día del país de Lago La Ronge y a sus pies permanecía inmóvil uno de sus perros-lobos. Ambos estaban despiertos y miraron cuidadosamente a Howland cuando éste entró. Enfrente de las dos anchas ventanas estaban sentados media docena de hombres, tan silenciosos como el mestizo, calzados con abarcas de piel de gamo y vestidos con espesos abrigos de reno. Uno de ellos era el agente de la Compañía de la Bahía de Hudson en Lago Bain, que no había estado en contacto con la civilización durante tres años; los otros, incluyendo dos indios Crees y un Chippewyan, eran cazadores y empleados de factorías que habían traído pieles desde un centenar de millas al Norte.

Durante un momento Howland se detuvo en medio de la sala y miró en derredor. Ordinariamente le hubiera agradado esta quietud y hubiera ido hacia alguna de las dos toscas mesas para escribir una carta o trabajar en un problema de alguna especie, de que siempre llevaba llenos los bolsillos. Sus quince años de estudio e incesante servidumbre a su ambición habíanle hecho naturalmente tan taciturno y silencioso como estos torvos hombres del Norte. Pero esta noche se había, operado un cambio en él. Necesitaba hablar. Necesitaba preguntar. Deseó la compañía humana para buscar alegría mayor que la que le proporcionaban sus propios pensamientos. Buscando en su bolsillo un cigarro, se sentó junto a una de las ventanas y lo ofreció al agente de Lago Bain.

—¿Fuma usted? —le preguntó en tono de camaradería.

—Nací en una choza de indios —dijo el agente, tomando el cigarro—. Gracias.

«¡Mucha cortesía es ésta para un hombre que no ha visto la civilización desde hace tres años!», pensó Howland, instalándose confortablemente, con los pies en la ventana. En voz alta dijo:

—El encargado me ha dicho que era usted de Lago Bain. ¿Hay mucha distancia al Norte desde aquí?

—Cuatrocientas millas —replicó el agente con su tranquila concisión—. Estamos en la frontera del desierto.

Howland se encogió de hombros. Luego a su vez explicó:

—Yo salgo mañana también para el Norte.

—¿Empleado de la factoría?

—No; ingeniero. Estoy construyendo el ferrocarril de la bahía de Hudson.

Pronunció estas palabras distintamente, y apenas las hubo pronunciado, el mestizo, medio escondido en la sombra, se irguió con la rapidez de un gato. Se inclinó hacia adelante ávidamente, con los negros ojos brillantes, y luego se levantó suavemente de su asiento. Sus pies cubiertos de pieles no hicieron el menor ruido cuando se situó detrás de Howland. Fue el perro quien primero dio indicios de su presencia. Un instante los ojos del ingeniero se alzaron y encontraron los del mestizo. Aquella mirada dio a Howland la impresión de una faz morena, fina, sensible, encuadrada por el brillante cabello negro como el azabache, y unos ojos que eran los más bellos que jamás había visto en un hombre. A veces una mirada decide una gran amistad o una enconada antipatía entre dos hombres. Y algo sin nombre, inefable, pasó entre estos dos. Hasta que el mestizo no hubo vuelto la espalda y fue caminando rápidamente hacia fuera, no pensó Howland que necesitaba hablar con él, estrecharle la mano, conocerlo por su nombre. Observó cómo desaparecía en la noche la fina silueta del septentrional, tan flexible y graciosa en sus movimientos como un animal de las selvas.

—¿Quién es? —preguntó al agente.

—Se llama Croisset. Llega del país del Wholdaia, más allá del lago La Ronge.

—¿Francés?

—Medio francés, medio indio.

El agente volvió a mirar fijamente en la blanca lejanía de la noche y Howland renunció a proseguir la conversación. Tras un momento su interlocutor se levantó de la butaca y dióle las buenas noches. Los indios y el de Chippewyan le siguieron; poco después los dos cazadores blancos dejaron al ingeniero solo ante la ventana.

—Curiosas gentes —se dijo— por lo visto no hablan nunca.

Se inclinó hacia adelante, los codos en las rodillas, el rostro en las palmas de las manos, y trató de sorprender algún signo de vida en la calle. No tenía deseos de dormir. Frecuentemente se había llamado a sí mismo pájaro nocturno, pero pocas veces había estado más despierto que esta noche. El júbilo de su triunfo, de su éxito, no se había calmado todavía hasta una normal y razonable satisfacción, y su principal anhelo era que amaneciese el día próximo, y el otro, y el siguiente, cuando ya ocupara el sitio de Gregson y Thorne. Todos los músculos de su cuerpo vibraban en su deseo de acción. Miró su reloj. Sólo eran las diez. Desde la comida había fumado sin cesar. Encendió otro cigarro y de pie permaneció pegado a una de las ventanas.

Débilmente percibió el rumor de unos pasos en la acera. Eran unos pasos ligeros, rápidos, y por un instante parecieron vacilar al llegar a la ventana. Luego se aproximaron y súbitamente la figura de una mujer se detuvo ante el cristal. Howland no hubiera podido decir un instante después cómo estaba vestida. Todo lo que acertó a ver fue su rostro blanco en la noche blanca; un rostro sobre el que la trémula claridad sideral caía como si brotase de su mirada; un rostro tan bello y tan sereno como un camafeo, con ojos que miraban hacia él medio excusándose, seduciéndole, y

labios entreabiertos como para hablarle. Él permaneció inmóvil, atónito, y un segundo después la visión había desaparecido.

Con una precipitada exclamación cruzó el salón vacío hasta la puerta y miró la calle alumbrada por las estrellas. Ir desde la ventana a la puerta no le había costado más que unos pocos segundos y, sin embargo, sólo vio la calle desierta, excepto por una silueta solitaria, tres manzanas abajo, y un perro que le ladró al verle asomar la cabeza y hombros. No oyó ni un rumor de pasos ni el abrir o cerrarse de ninguna puerta. Solamente llegó a él el débil silbido de los cielos del Norte y, una vez más, de la selva negra, más allá del Saskatchewan, la infinita tristeza del aullido de los lobos.

Capítulo II

La boca que no habla

HOWLAND no era un hombre fácilmente sensible a unos bellos ojos ni a una linda faz. El lado práctico de su naturaleza estaba demasiado absorbido en sus ideas y proyectos de construcción de cosas materiales para permitirle derivar hacia lo novelesco. A lo menos Howland se había lisonjeado siempre de este hecho, y rió un poco nerviosamente cuando volvía a su silla cerca de la ventana. Tuvo conciencia de que un sonrojo de excitación insólita asomaba a sus mejillas, y el hombre práctico se avergonzó, en este instante, del hombre romántico que descubría.

«¡Diablo, era bonita! —pensó como excusa—. Y aquellos ojos...».

Súbitamente se detuvo. ¡Había sido algo más que los ojos, más que el lindo rostro! ¿Por qué se había detenido la muchacha ante la ventana? ¿Por qué le había mirado tan intensamente como queriendo hablarle? La sonrisa y el sonrojo desaparecieron de su faz tan pronto como se hizo estas reflexiones y se preguntó aún si había comprendido algo que ella había querido darle a entender. Al fin y al cabo, ¿no podía haber sido una equivocación de personas? Por un momento ella había creído reconocerle, y luego, dándose cuenta de su error, había seguido rápidamente calle abajo. En circunstancias ordinarias, Howland hubiera aceptado esta solución del incidente. Pero esta noche se encontraba en un insólito estado de ánimo, y pronto se le ocurrió que hasta si semejante suposición era exacta, no explicaba la palidez del rostro de la muchacha ni la extraña súplica que había aparecido por un instante en sus ojos.

En todo caso, éste no era asunto de su incumbencia; y paseó casualmente hasta la puerta. Al final de la calle, un cuarto de milla a lo lejos, una luz roja ardía débilmente sobre la puerta de un restaurante chino, y de un modo meramente mecánico sus pasos le llevaron en aquella dirección.

—Entraré y tomaré una taza de té —se dijo, arrojando la punta de su cigarro y llenando sus pulmones con un gran soplo de aire seco y frío—. Señor, ¡pero qué noche tan hermosa! Me gustaría que Van Horn pudiera verla.

Se detuvo y volvió de nuevo sus ojos hacia el Norte. Las miríadas de estrellas blancas e inmóviles, el juego fugaz de las misteriosas luces revoloteando sobre el

polo y la negra ribera del desierto más allá del río, iban ejerciendo una fascinación cada vez mayor sobre su ánimo. Desde por la mañana, desde que había mirado aquel desierto por primera vez en su vida, una nueva sangre parecía haber entrado dentro de él y se regocijó de que fuera este mundo asombroso el que hubiera de servir para sus éxitos y fortuna. Nunca había pensado que la mera alegría de vivir le emocionara como actualmente; que el acto de respirar, de ver, de mirar las maravillas en cuya creación sus manos no habían tomado parte, le produjera el inefable placer que súbitamente experimentaba. Se preguntó, mientras permanecía mirando lo infinito de aquel mundo más allá del Saskatchewan, si lo novelesco estaba realmente muerto en su ánimo. Siempre se había reído de las novelas. El trabajo —la dura realidad de la acción—, del cerebro combatiendo a otro cerebro, del ingenio luchando contra el ingenio de otro hombre habíale hecho mirar las novelas como un entretenimiento de necios y de mujeres. Pero era leal en sus juicios y esta noche reconoció que había saboreado la novela de lo que había visto y oído. Y, más que por nada, su sangre había sido agitada por la bella faz que le había mirado desde el fondo de la noche.

El desafinado ruido de un piano sonó tras él. Cuando entraba por la pequeña puerta del restaurante, un hombre y una mujer pasaron tras él bamboleándose, y en sus rostros irresolutos y en sus miradas recelosas leyó la confirmación de sus sospechas respecto del sitio aquel. Por una segunda puerta entró a un gran salón con mesas y butacas, impregnado de extraños olores. Junto a una de las mesas más distantes estaba sentado un chino de larga trenza con la cabeza apoyada en los brazos. Tras el mostrador había un segundo chino, inmóvil como un obelisco en la penumbra del local alumbrado débilmente, y su rostro maligno se encaró con Howland cuando éste entró. El sonido del piano venía de arriba, y después de hacer una rápida y amistosa inclinación de cabeza, el ingeniero subió dos tramos de escalera.

—Negocio de pícaros —se dijo, reanudando su costumbre de dialogar consigo mismo—. A lo menos, espero que harán buen té.

Con el ruido de sus pasos en la escalera, la música del piano cesó. Se sorprendió al llegar arriba. En extraño contraste con el ambiente del piso inferior, entró en un lujoso salón ornado con tapices orientales y con media docena de mesas de ónice parcialmente ocultas tras de biombos y cortinajes de seda, bordados en alegres colores. Sentóse a una de las mesas y llamó con una fina campanilla que estaba al alcance de su mano. En seguida apareció un chino joven, enteramente rapado y vestido de frac.

—Un poco de té —ordenó Howland, y para sí mismo añadió—: ¡Endiabladamente bien para una ciudad tan salvaje como ésta! ¡Es asombroso...!

Miró a su alrededor curiosamente. Aunque no eran más que las once, el salón estaba vacío. Sin embargo, tuvo la vaga sensación, de la presencia de otras personas en algún sitio muy cercano a él. Y la certeza de que se sentía un acre olor, dominando al del incienso que ardía; y se encogió de hombros, convencido, cuando pagó un dólar por una taza de té.

«Opio, tan seguro como me llamo Jaime Howland —pensó—. Pocas tazas de té venderán cada noche».

Sorbió la suya lentamente, escuchando con toda la avidez del nuevo sentido de libertad que le poseía. Apenas había desaparecido el chino cuando oyó pasos en la escalera. Un instante después casi se le escapó una involuntaria exclamación de sorpresa. ¡En la puerta, mirándole fijamente, estaba la muchacha que había visto a través de la ventana del hotel!

Acaso no más que cinco segundos se unieron sus miradas. Sin embargo, en tan corto espacio de tiempo grabó en su memoria un cuadro que Howland conoció que jamás olvidaría. Hasta entonces su ambición le había impedido preocuparse en serio por las mujeres. Había mirado rostros bellos y admirándolos fría y desapasionadamente, juzgándolos —cuando los juzgaba— como hubiera podido considerar el más prosaico trabajo de sus propias manos. Pero este rostro encuadrado por breves instantes en la puerta, le despertó un interés que era para él tan nuevo como agradable. Era un rostro bello, lo apreció en una fracción de segundo. No era blanco, como había creído cuando lo vio por primera vez desde la ventana. Las mejillas de la muchacha estaban rojas de rubor. Sus labios se entreabrían, y respiraba apresuradamente como por la fatiga de subir la escalera. Pero fueron sus ojos los que hicieron que la sangre de Howland corriera un poco más aprisa por sus venas. Eran unos ojos gloriosos.

La muchacha apartó de él su mirada y se sentó a una mesa de modo que no podía verla más que de perfil. Este cambio le deleitó. Permitíale otra perspectiva del cuadro que se le acababa de mostrar en la puerta y podía estudiarlo sin ser observado, aunque comprendió que la recién llegada sabía que tenía los ojos puestos en ella. Volvió a llenar de té la fina taza y sonrió cuando pensó que la desconocida pudo haberse sentado tras uno de los biombos. Después de admirar las mejillas encendidas de la joven, la mirada crítica de Howland pasó a observar el cálido tono que la luz daba al oscuro cabello brillante, que descendía hasta la mitad de las orejas en espesa y suave ondulación, y se recogía en un gran moño bajo, sobre la nuca. Luego, por vez primera, se fijó en su vestido. Le intrigó. Su gorra y su manguito eran de piel de lince gris. En torno a su cuello se ceñía una estola de la misma piel. Sus manos estaban impecablemente enguantadas. En cada rasgo de su amable faz, en cada detalle de su vestido, evidenciaba la indiscutible expresión del refinamiento. La burlona sonrisa se borró de sus labios. Los pensamientos que habían asaltado su mente al principio, desaparecieron. ¿Quién era? ¿Por qué se encontraba allí?

Con suavidad felina, un chino penetró entre los biombos y se situó junto a ella. En un carnet que Howland no había visto, la joven escribió una orden. Era para que le sirvieran té. Notó que daba al camarero un billete de un dólar y que el chino le devolvía setenta y cinco centavos en el cambio.

—Distingamos —se dijo—. Eso prueba que no es extranjera; conoce esta guarida y el precio de las cosas.

Bebió un sorbo de té y cuando alzó los ojos se sorprendió al ver que la muchacha le estaba mirando. Por un instante su mirada fue firme y clara. Luego el rubor volvió a colorear sus mejillas y sus largas pestañas se cerraron; cuando la fría mirada gris de Howland afrontó la suya con inquebrantable firmeza, volvió a su té. Howland notó que la mano que había alzado la tacita japonesa temblaba ligeramente. Se inclinó hacia adelante y, como si hubiera sentido su movimiento, la muchacha volvióse otra vez hacia él, con la tetera suspendida sobre su taza. En sus ojos oscuros había una extraña expresión. Levantóse interrogándola con los ojos, y a esta muda interrogación los labios de ella se entreabrieron como una redonda y roja O, y con un gesto le indicó el sitio frontero en su propia mesa.

—Perdone usted —dijo sentándose—. ¿Puedo presentarme a usted?

Sintió como si fuera algo brutal lo que estaba haciendo y enrojeció de vergüenza. La muchacha leyó su nombre en la tarjeta que acababa de darle, y con un amable gesto le indicó que trajera a la mesa su taza y su tetera. Él fue a su mesa y, cuando volvió con la taza, la desconocida estaba escribiendo en una de las páginas de su carnet, que le mostró.

«Usted me perdonará que no hable —leyó—. Puedo oírle a usted muy bien, pero desgraciadamente soy muda».

No pudo retener la expresión de asombro que en voz baja salió de sus labios, y cuando su compañera alzaba la taza, vio en su faz otra vez la misma mirada que tanto le había agitado al verla desde la ventana del hotel Windsor. Howland no era hombre educado en las trivialidades de la galantería. Le faltaba finura, y en tal trance, habló clara y derechamente, mostrando el honesto candor de sus ojos plenamente a la muchacha.

—La he visto desde la ventana del hotel esta noche —comenzó— y algo en su rostro me hizo creer que estaba usted apurada. Por eso me he permitido ser tan audaz. Soy el ingeniero encargado del nuevo ferrocarril a la bahía de Hudson, y acabo de llegar de Chicago para Le Pas. Soy forastero y nunca había estado en este... en este sitio. Es un bonito salón de té, una admirable pantalla para el fumadero de opio que está ahí detrás.

En pocas palabras había aclarado la situación, como hubiera aclarado una situación semejante en un negocio. Había dicho a la muchacha quién era y a qué iba, había revelado la causa de su interés por ella y al mismo tiempo le había dado a entender que no desconocía la índole del lugar donde se hallaban. Atentamente observó el efecto de sus palabras y en un instante volvió a sentir que había sido demasiado rudo. Los ojos de la muchacha miraron con súbita inquietud en torno; él vio la repentina agitación en su seno, su brusca palidez, la expresión de terror con que se volvió a él interrogándole.

«Yo no lo conocía», escribió rápidamente, y vaciló. Su cara estaba tan blanca como cuando Howland la había visto por la ventana. Su mano temblaba nerviosamente y por un instante sus labios se estremecieron de un modo que hicieron

temblar el corazón de Howland. «También yo soy forastera —añadió— y nunca había estado en este sitio. Vine aquí por...».

Se detuvo y la respiración ahogada en su garganta fue casi un sollozo cuando miró a Howland. Éste conoció que le costaba gran esfuerzo escribir las últimas palabras.

«Vine aquí por causa de usted».

—¿Por qué? —suplicó él. Su voz era lenta y tranquilizadora—. Dígame usted, ¿por qué?

Fue leyendo sus palabras conforme ella las escribía, inclinado sobre la mesa con avidez.

Soy forastera —repitió—. Necesito que alguien me ayude. Por casualidad he sabido que usted estaba aquí y pensé que podría verle en el hotel, pero cuando llegué allí tuve miedo de entrar. Le vi a usted por la ventana. Poco después salió y le vi entrar aquí. Yo no sabía qué clase de establecimiento era éste y le seguí. Si quiere venir conmigo... a mi alojamiento... le diré...

Dejó la frase inacabada, suplicándole con los ojos. Sin una palabra, él se levantó y cogió su sombrero.

—Iré, señorita...

Rió francamente invitándola a escribir su nombre. Por un momento ella le sonrió también, volviendo a ruborizarse. Luego se volvió y se precipitó hacia la escalera.

Fuera, Howland dióle su brazo. Sus ojos, pasando sobre ella, vieron de nuevo la seductora claridad de la aurora del Norte. Ensanchó su pecho, respiró el aire fresco y rió con alegría de la nueva vida que sentía en sí mismo.

—Es una hermosa noche —exclamó.

La muchacha asintió y le sonrió. Le rozaba el hombro su rostro, más bello aún a la lívida luz de las estrellas.

Avanzaron sin mirar atrás. No oyeron el suave rumor de dos pies cubiertos de pieles. No vieron los ojos brillantes ni el rostro fino de Juan Croisset, el mestizo, que les seguía de cerca en la dirección del Saskatchewan.

Capítulo III

El ataque misterioso

HOWLAND se alegró de tener durante un rato excusa para su silencio. Comenzaba a pensar que ésta era una extraordinaria aventura para un hombre sobre cuyos hombros pesaba la responsabilidad de uno de los más grandes trabajos de ingeniería del Continente, y que debía tomar el tren para comenzar sus tareas a las ocho de la mañana siguiente. Interiormente iba experimentando algunas extrañas emociones; exteriormente sonreía al pensamiento de lo que Van Horn hubiera dicho si conociera el suceso. Miró a su acompañante; vio el lustre de su cabello que salía en rizos bajo su gorra de pieles; estudió el suave contorno de sus mejillas y su barba, sin ser observado, y notó, casualmente, que la seductora cabeza llegaba al nivel del cigarro que él fumaba. Se preguntó si iba volviéndose tonto o si, por el contrario, había encontrado el modo de pasar una noche divertida en aquella ciudad donde pensaba aburrirse.

Al llegar al sitio donde el barco para cruzar el río permanecía medio acostado en la ribera, hundida la proa en el hielo, se detuvo y miró a la muchacha. Ella se inclinó sonriendo y se adelantó hacia el río helado.

—Yo ya he estado allí esta noche —dijo Howland en voz alta—. No vi ni una casa y no oí sino lobos. ¿Es allí donde vamos?

Sus blancos dientes brillaron hacia él y tuvo conciencia de una cálida presión contra su brazo como si la muchacha le significara que iban a cruzar. Su perplejidad aumentó. En la ribera opuesta, la selva descendía hasta la orilla del río como un negro muro de bálsamos y abetos. Más allá de aquel borde del desierto sabía que no había parte alguna de Príncipe Alberto. Era posible que al otro lado hubiera alguna cabaña de algún cazador furtivo. Y, sin embargo, si esto era así y la muchacha se dirigía a ella, ¿por qué había dicho que era forastera en la ciudad? ¿Y por qué le había buscado a él para socorrerla en trance apurado en vez de recurrir a los que conocía?

Se hizo estas preguntas sin formularlas en palabras, y hasta que estuvieron subiendo la ribera escarpada, fuera ya de la helada corriente, con las sombras de la selva haciéndose más espesas ante ellos, no habló otra vez.

—Me dijo usted que era forastera —dijo, deteniendo a su acompañante donde la luz de las estrellas caía sobre su faz, que volvió hacia él. Ella sonrió y se inclinó afirmativamente.

—Sin embargo, conoce usted bien estos parajes. ¿Adónde vamos?

Esta vez ella respondió con un enérgico movimiento de cabeza negativo, señalando al mismo tiempo con su mano libre la bien definida senda que desde el borde del río se dirigía a la selva. A Howland le habían dicho que ésta era la Gran Senda del Norte, que cruzaba el vasto desierto. Dos días antes, el correo de Lago Bain, el indígena de Chippewyan y los indios Crees habían llegado por ella. Su dura corteza mostraba las huellas de los trineos de Juan Croisset y de los hombres de la comarca de Lago La Ronge. Desde la gran nevada que había caído con un espesor de cuatro pies diez días antes, un hombre de la selva había usado de vez en cuando esta senda en su camino hasta la frontera de la civilización; pero ninguno de Príncipe Alberto la había hollado en dirección opuesta. A Howland le habían dicho esto en el hotel, y se encogió de hombros con asombro ingenuo al mismo tiempo que miraba el rostro de la muchacha. Ella pareció entender sus pensamientos y otra vez su boca se redondeó en la O seductora, que dio a su faz una expresión de tierna súplica, la patética aflicción porque sus labios suaves fueran impotentes para expresar con palabras lo que deseaba hablar. Luego, súbitamente, se separó unos pasos de Howland y con la punta de su pie formó una simple palabra en la superficie de la nieve. Ella dejó su mano sobre el hombro de Howland cuando éste se inclinó para tratar de leer a la débil claridad de las estrellas.

—¡Campamento! —exclamó irguiéndose—. ¿Quiere usted decir que está acampando aquí?

Ella afirmó una y otra vez con un gesto, satisfecha de que la entendiera. Había algo tan dulcemente infantil en su rostro, en la tristeza de sus ojos, que Howland estrechó sus manos riendo.

—¡Usted! —exclamó—. ¡Usted acampando aquí!

Con un pequeño y rápido movimiento, ella le acercó más todavía sus labios y sus ojos sonriéndole, y por un instante él le mantuvo estrechamente cogidas las manos. Su amable faz estaba peligrosamente cerca de él. Sintió la proximidad de su aliento y el suave aroma de sus cabellos. Jamás había visto unos ojos como los que blandamente se posaban en los suyos, llenos de una claridad sideral; nunca en su vida había soñado una faz semejante a ésta, tan cerca de la suya, y sintió la sangre de sus venas precipitarse con extraña excitación. Mantenía sus manos cogidas y el movimiento le acercó más a la muchacha, hasta que —sólo un segundo— la sintió sobre su pecho. En este momento olvidó todo sentido de sí mismo y del lugar donde se hallaba; olvidó al antiguo Jaime Howland —práctico, prosaico, ingeniero constructor de ferrocarriles—; olvidó todo lo que no fuera la presencia de la muchacha, la cálida presión sobre su brazo, la seducción de los grandes ojos oscuros

que habían llegado tan inesperadamente a su vida. Dio un paso atrás, libertando la mano de la joven.

—Perdóneme usted —le dijo suavemente. Sentía en sus mejillas el sonrojo de lo que había hecho, y volviéndose en redondo comenzó a subir la senda. No había andado una docena de pasos cuando frente a él, a lo lejos, vio la roja llama de una hoguera. Entonces una mano cogió su brazo, apretándolo casi furiosamente, y al volverse vio la faz de la muchacha que había palidecido con un extraño terror.

—¿Qué es eso? —preguntó él—. Dígame...

Cogió sus manos otra vez, alarmado por la expresión de su mirada. Súbitamente, ella se separó una docena de pies; tras ella, en la espesa sombra de los árboles de la selva, algo tomó forma y movimiento. En un segundo Howland vio una alta silueta saltar de la sombra, y percibió el brillo de un cuchillo desenvainado. No tenía tiempo de escapar ni de sacar el revólver que llevaba en el bolsillo. En crisis semejantes, nuestras acciones son involuntarias, maquinales, como si la vida, pendiente de un hilo, se defendiera a sí misma instintivamente.

Por un instante Howland no pensó ni razonó. Si lo hubiera hecho probablemente habría ido hacia su misterioso agresor, oponiendo su puño inerme al cuchillo. Pero el profundo resorte de su existencia, con su instinto de conservación, le indujeron a obrar de otro modo. Antes que el grito de asombro saliera de sus labios, se arrojó boca abajo sobre la nieve. Tal movimiento lo salvó, y como el otro tropezó con su cuerpo, cayendo cuan largo era sobre la senda, Howland pudo sacar el revólver. Antes de que pudiera hacer fuego, se alzó tras él un rugido semejante al de una bestia y sintió un golpe terrible en la cabeza. Bajo el peso de un segundo asaltante se sintió aplastado contra la nieve, el revólver se le escapó de la mano y dos fuertes manos arrancaron un grito desesperado de su garganta. Vio un rostro sobre el suyo, descompuesto por el odio, un cuello enorme, unos ojos que chispeaban coléricos como rojos rubíes. Luchó para libertar sus brazos sujetos, para romper el lazo mortal que sujetaba su garganta, pero todos sus esfuerzos fueron tan vanos como los de un niño contra un gigante. En una última y terrible tentativa levantó sus rodillas pulgada a pulgada bajo el peso de su enemigo; ésta era su única posibilidad, su sola esperanza. Aun cuando sentía los dedos alrededor de su garganta hundiéndose como hierros candentes en su carne y la respiración extinguiéndosele, recordó este golpe mortífero que le habían enseñado los rudos luchadores de los mares de Island, y, con toda la vida que sentía írsele, dirigidlo ferozmente contra el abdomen del otro. Un momento antes de que conociera que había tenido éxito, antes de que sus ojos volvieran a ver claro, vio a su asaltante arrastrándose sobre la nieve. Se puso en pie aturdido y vacilante por el golpe recibido en la cabeza y la cruel presión ejercida en su garganta. A medio tiro de pistola de distancia en la senda, vio claramente la agitación de negras siluetas en la nieve y al mirarlas fijamente una de ellas vino hacia él.

—No dispare, *monsieur* Howland —oyó que le decía una voz—. ¡Soy yo... Juan Croisset, un amigo! ¡Santo cielo! ¿Qué ha sido? ¿Qué les dijo usted?

La fina faz del mestizo llegó hasta él sonriéndole, surgiendo de la blanca desolación. Por un momento Howland no lo vio y apenas escuchó sus palabras. Ávidamente miró en torno suyo buscando a la muchacha. Había desaparecido.

—Yo estaba aquí... Con una estaca —continuó Croisset—. Venga usted, debemos irnos.

La sonrisa se había ido de su rostro y había algo de autoritario en la presión enérgica con que cogió el brazo del joven ingeniero. Howland tuvo conciencia de que las cosas se iban desvaneciendo a su alrededor y de que una extraña debilidad le hacía flaquear las piernas. En silencio se llevó las manos a la cabeza, que le dolía hasta el punto de que poco le faltó para quejarse.

—La muchacha... —murmuró débilmente.

El brazo de Croisset le rodeó fuertemente la cintura.

—Se ha ido —le oyó decir Howland; y algo había en la voz del mestizo que le indujo a volverse sin más preguntas y caminar tambaleándose, a su lado, en la dirección de Príncipe Alberto.

Y, sin embargo, mientras caminaba semiinconsciente de lo que hacía, apoyándose cada vez más sobre su acompañante, conoció que necesitaba saber algo más que la desaparición de la muchacha. Porque cuando había recibido el golpe en la cabeza estaba seguro de haber oído un grito de mujer; y cuando yacía sobre la nieve, aturdido y medio ahogado, luchando desesperadamente por su vida, había llegado a él, como desde una distancia infinita, la voz de una mujer; y las palabras que ella había emitido pesaban sobre su cerebro torturado mientras su cabeza se inclinaba débilmente sobre el hombro de Croisset:

«¡Dios mío, le vais a matar!».

Probó a repetirlas en voz alta, pero su voz sonó únicamente como un incoherente murmullo. Donde la selva se hundía en la ribera del río, el mestizo se detuvo.

—Tengo que cargar con usted, *monsieur* Howland —dijo, y mientras se tambaleaba sobre el hielo con su inanimada carga, habló en voz baja consigo mismo:

—¿Qué diría la dulce Melissa si supiera que Juan Croisset había estado a punto de hacer perder la vida de este señor ingeniero? ¡El mundo está lleno de locos!

Capítulo IV

La advertencia

SÓLO de un modo subconsciente tuvo Howland conocimiento de todo lo demás ocurrido aquella noche. Cuando volvió a tener conciencia clara de las cosas, se encontró en su lecho del hotel. Una lámpara ardía débilmente sobre la mesa. El cuarto estaba vacío. Levantó la cabeza y los hombros de las almohadas en que estaba descansando y el movimiento le ayudó a recordar todo lo sucedido. Estaba herido. Tenía un dolor sordo y molesto en la cabeza y el cuello, y cuando levantó una mano investigadora tropezó con un espeso vendaje. Se preguntó si había sido herido gravemente y reclinóse nuevamente en las almohadas, permaneciendo con los ojos fijos en la débil luz de la lámpara. Pronto oyó un rumor en la puerta y volvió la cabeza con un gesto doloroso. Juan estaba frente a él.

—¡Ah, señor, está despierto! —dijo viéndole abiertos los ojos. Luego, suavemente, después de cerrar la puerta tras de sí—: ¡Dios mío! Si la estaca hubiera pesado una libra, estaría usted a esta hora entre los bienaventurados —murmuró sonriendo, aproximándose con sus pasos sin ruido. Acercó un vaso de agua a los labios de Howland.

—¿Es grave, Croisset?

—Tan grave que tendrá usted que guardar cama un día o dos, señor, eso es todo.

—¡Imposible! —exclamó el joven ingeniero—. Tengo que tomar esta mañana el tren de las ocho. Debo estar en Le Pas...

—Son ya las cinco —interrumpió Juan suavemente—. ¿Se siente usted capaz de moverse?

Howland se irguió y volvió a echarse con un grito.

—¡Diablo! —exclamó. Tras un momento añadió—: No habrá otro tren en dos días. Y al mismo tiempo que levantaba una mano hasta su cabeza dolorida, la otra estrechó los dedos de Juan—. Tengo que agradecerle lo que ha hecho, Croisset. Yo no sé lo que ocurrió. No sé quiénes eran ni por qué intentaron matarme. Era una muchacha... Yo iba con ella...

Dejó caer su mano a tiempo para ver el fuego extraño que ardía en los ojos del mestizo. Atónito, casi se incorporó otra vez, interrogando a Croisset con la mirada.

—¿La conoce usted? —murmuró ávidamente—. ¿Quién es? ¿Por qué me tendió esta celada? ¿Por qué quisieron matarme?

Las preguntas le salían atropelladamente, y comprendió por la expresión que veía en el rostro de Croisset que éste podía haberlas contestado. Sin embargo, de sus finos labios no brotó respuesta alguna. Con un rápido movimiento, el mestizo retiró su mano y se encaminó hacia la puerta. A mitad de la habitación se detuvo.

—Señor, yo he venido para hacerle una advertencia. No vaya usted a Le Pas. No vaya usted al gran campamento ferroviario de Wekusko. Vuélvase al Sur. —Un instante se inclinó hacia él, sus ojos llameantes, sus puños cerrados en la cintura—. ¡Quizá usted lo entienda cuando le diga que esta advertencia se la dirige a usted... la pequeña Melisa!

Antes de que Howland hubiera podido recobrase de su sorpresa, Croisset había pasado rápidamente la puerta. El ingeniero le llamó por su nombre, pero no tuvo otra respuesta que el rápido y fugitivo sonido de los pies, cubiertos de pieles, del septentrional que se alejaba. Con un gesto de enojo volvió a dejarse caer sobre las almohadas. La reciente excitación había convertido otra vez su cabeza en un hervidero y un calor febril le encendió la faz. Largo rato permaneció con los ojos cerrados, intentando esclarecer mentalmente el misterio de la precedente noche. El único pensamiento que le obsesionó fue el de que había sido engañado. Su amable desconocida le había burlado completamente con su gentil sonrisa y su boca seductora, y apretó los dientes furiosamente pensando cuán fácilmente lo había hecho. Deliberadamente lo había conducido a la emboscada que le hubiera sido fatal sin la intervención de Juan Croisset. ¡Y no era muda! Había oído su voz; cuando las manos homicidas le apretaban más fieramente la garganta, había llegado a sus oídos aquel grito de terror: «¡Dios mío, le vais a matar!».

Su respiración se hizo más apresurada cuando se murmuró estas palabras a sí mismo. Ahora le aparecían con una significación que no había entendido al principio. Estaba seguro de que en aquel grito había habido verdadero terror; imaginó que —cerrando los ojos— todavía volvía a oír la nota de desesperación de aquella voz. Cuanto más probaba a razonar la situación, más inexplicable le parecía aquel misterio. Si la muchacha le había llevado deliberadamente a la emboscada, ¿por qué en el último momento, justamente cuando el éxito de su tentativa estaba casi logrado, había gritado aterrorizada? En el ardiente cerebro de Howland súbitamente se reprodujo la escena; vio como ella iba a su lado por la blanca senda; sintió otra vez el temblor de sus manos, el contacto de su pecho contra el de ella un instante; vio la mirada gentil de las profundas y puras pupilas; el patético temblor de los labios que parecían esforzarse para hablarle. ¿Era posible que aquel rostro y aquellos ojos le hubieran tendido una celada mortal? A pesar de la evidencia de los hechos se encontró lleno de dudas. ¡Y, sin embargo, al fin y al cabo, ella le había mentado, puesto que no era muda!

Se volvió con un quejido y miró la puerta. Cuando volviera Croisset insistiría en saber más acerca del extraño suceso, porque estaba seguro de que el mestizo podía aclararle a lo menos una parte del misterio. En vano, mientras esperaba y vigilaba, se atormentó buscando una razón para el criminal ataque de que había sido víctima. ¿Quién era aquella pequeña Melisa de la que Croisset declaraba que venía la advertencia? En cuanto podía recordar, jamás, había conocido a ninguna persona con semejante nombre. Y, sin embargo, el mestizo lo había pronunciado como si para Howland debiera tener una significación vital. «Quizá usted lo entienda», le había dicho, y Howland probó a entenderlo, hasta que su cerebro sintió vértigos, y una penosa náusea lo rindió.

La primera luz del día iba entrando débilmente por la ventana cuando sintió rumor de pasos junto a la puerta otra vez. No era Croisset quien apareció esta vez, sino el dueño del hotel, que traía en una bandeja tostadas y una cafetera humeante. Saludó y sonrió al ver a Howland medio incorporado.

—Mala caída dio usted —exclamó, acercando al lecho una mesita—. La nieve es traicionera cuando uno trata de subir entre las rocas. Cuando se hunde bajo los pies en la ladera de un monte, puede uno tener la certidumbre de recibir un golpazo. ¡Bien se portó con usted Croisset!

Por un momento permaneció Howland en silencio.

—Sí... fue... una mala caída —replicó al fin, mirando atentamente al otro—. ¿Dónde está Croisset?

—Se ha ido. Se marchó hace una hora con sus perros. Tipo curioso el tal Croisset. Llegó ayer de Lago La Ronge, cien millas al Norte de aquí, y se va hoy. Ni sabe uno por qué ha venido, ni por qué se va.

—¿Sabe usted algo de él?

—No. Viene una o dos veces al año.

El joven ingeniero comió una tostada y bebió el café guardando silencio algunos instantes, Luego preguntó:

—¿Ha oído usted hablar de una persona llamada Melisa?

—Melisa... Melisa... Melisa —repitió el hostelero pasándose la mano por el cabello—. Me parece un nombre un tanto familiar y, sin embargo, no puedo recordar. —Se detuvo con aire de triunfo—. ¡Ah, ya lo tengo! Hace dos años tuvimos una cocinera llamada Melisa.

Howland se encogió de hombros.

—Por la que yo pregunto es una mujer joven.

—Esta Melisa que nosotros tuvimos murió —replicó el hotelero alegremente, levantándose—. Ya mandaré a recoger la bandeja dentro de una media hora, señor Howland.

Algunas horas después, Howland se levantó penosamente del lecho y se bañó la cabeza con agua fría. Después se sintió mejor, se vistió y descendió al piso bajo. La cabeza le dolía considerablemente, pero fuera de eso y de una constante sensación de

náusea, la herida que había recibido en el combate no le causaba gran perturbación. Almorzó y a media tarde se sintió tan mejorado que encendió su primer cigarro y se aventuró a salir a la calle para pasear un rato al aire libre. Al principio pensó que tal vez podía hacer alguna averiguación en el restaurante chino respecto de la identidad de la muchacha a quien había conocido allí; pero rápidamente cambió de idea, y atravesando el río siguió la senda que había tomado la noche anterior. Durante unos momentos contempló las huellas del combate sobre la nieve. Donde primeramente había visto al mestizo quedaban manchas de sangre en la nieve endurecida.

—Bien por Croisset —murmuró—; bien por Croisset. Parece como si hubiera empleado un cuchillo.

Pudo ver dónde el hombre herido se había arrastrado senda arriba, vacilando después sobre sus pies; y con una precaución que no había empleado horas antes, Howland continuó lentamente entre los espesos árboles de la selva, con la mano en la culata de su revólver en el bolsillo. Donde la senda torcía bruscamente hacia el Norte encontró los carbonizados restos de una hoguera, en un pequeño claro del bosque, y un poco más allá algunas astillas de abedul que habían sido usadas indudablemente como estacas para atar una tienda de campaña. Con la punta del pie dispersó las cenizas y los trozos de madera medio quemados. No había humo, ni nada daba idea de que hubiera habido por allí seres humanos durante muchas horas. Era fácil deducir lo sucedido; poco después del fracaso de su criminal tentativa, los extraños asaltantes habían levantado el campo y huido. Con ellos, según todas las probabilidades, se había marchado la muchacha cuyos bellos ojos le habían puesto al alcance de los forajidos.

Pero, ¿adónde se habían ido?

Cuidadosamente examinó el abandonado campamento. En la nieve endurecida aparecían los rastros de los perros. En diferentes sitios encontró la débil y ancha huella de los trineos. Las huellas, a lo menos, aclaraban el misterio de su desaparición. Durante la noche habían huido en trineo tirado por perros, hacia el Norte.

Estaba cansado cuando regresó al hotel y, más bien con disgusto que con placer, supo que el tren para Le Pas saldría a última hora de la noche en vez de al día siguiente. Pero después de una hora de reposo en su cuarto, su primer entusiasmo volvió a él de nuevo. Se sintió ávido de llegar a Le Pas y al gran campamento de Wekusko. La advertencia de Croisset de que se volviera al Sur, más que acobardarle le excitaba. Él era un luchador nato. Luchando era como había hecho su camino hacia el éxito. Y ahora el hecho de que su vida estuviera en peligro, que algo misterioso riesgo le aguardaba en lo profundo del desierto, no hacía más que añadir un nuevo y emocionante incentivo al enorme trabajo que ante sí tenía. Se preguntó si este mismo riesgo había amenazado a Gregson y a Thorne y era la causa de que hubieran fracasado y desearan volver a la civilización. Se prometió saberlo cuando los viera en Le Pas. Descubriría aún más cuando estuviera en el campamento de Wekusko, esto

es, si la advertencia del mestizo tenía alguna significación, como él creía. En todo caso se prepararía para los acontecimientos. Fue a una armería y compró un rifle rayado de seis tiros y una cartuchera, a lo que añadió un cuchillo de caza como el que había visto usar a Croisset.

Era cerca de medianoche cuando subió al tren de trabajo y el alba iba apuntando sobre el desierto cuando se detuvo en Etomami, desde cuyo punto tenía que viajar en coche de mano unas setenta millas por el camino recién construido hacia el Norte, hasta Le Pas. Durante tres días había estado el coche aguardando al nuevo ingeniero, pero ni Gregson ni Thorne estaban allí.

—El señor Gregson le aguarda a usted en Le Pas —dijo uno de los hombres que le esperaban—. Thorne está en Wekusko.

Por primera vez en su vida se sumergía Howland en el corazón del desierto, y a medida que milla tras milla avanzaba y penetraba más profundamente en la solitaria desolación de nieve, hielo y selva, su sangre saltaba más alegremente con el júbilo de la nueva vida que iba sintiendo aquí, bajo el remoto cielo del Norte. Sentado en la delantera del coche que cuatro hombres impulsaban tras de él, le pareció beber la belleza salvaje de las selvas y las lagunas junto a las que iba pasando, con los ojos constantemente en espera de la caza mayor que sus acompañantes dijéronle que abundaba.

Por todas partes aparecía el blanco invierno. Las rocas, los árboles y las grandes colinas que en el país llaman montañas, estaban cubiertas por cuatro pies de nieve sobre la que el sol brillaba con deslumbrante resplandor. Pero hasta que, al término de una larga pendiente, llegaron a la cumbre de una de aquellas colinas, y Howland miró hacia el Norte, no vio el desierto en toda su grandeza. Mientras el vehículo se detenía se apeó con una alegre exclamación, su faz animada por el panorama que ante sí tenía. Extendiéndose a lo lejos hasta perderse de vista milla tras milla, aparecía la desolada blancura que llegaba hasta la bahía de Hudson. Con muda asombro miró hacia las opacas selvas, vio llanuras y colinas sucediéndose en la lejanía, siguió con la mirada el curso de un río helado hasta que lo vio perderse en el asombroso cuadro, y dejó sus ojos errar aquí y allá sobre el resplandeciente espejo de los lagos helados encuadrados por el marco de la obscura selva. Éste no era el desierto como lo había pensado ni como lo había leído muchas veces en los libros. No era el desierto que Gregson y Thorne le habían descrito en sus cartas. Era bello. Era magnífico. Su corazón latió con placer; a medida que miraba hacia abajo, aumentaba su alegría y sólo haciendo un esfuerzo pudo pensar en sus ambiciones.

Uno de los cuatro hombres que conducían el coche era indio viejo y, cosa rara, él fue quien rompió el silencio. Había visto la expresión de Howland y le dijo al oído:

—Veinte mil renos en este país... Veinte mil antas... ¡Ni un hombre, ni una casa... en más de veinte mil millas!

Howland, temblando con nueva emoción, miró a los ojos del viejo guerrero, llenos de la animación curiosa y emocionada que excitaba su propio espíritu. Luego

volvió a considerar la infinita distancia, como si su mirada pudiera ir más allá del término de aquella visible desolación, hasta la solitaria y extrema fortaleza de la bahía de Hudson. Y a medida que miraba conoció que en aquel momento acababa de nacer en él un nuevo espíritu, un nuevo ser. Que no sería nunca más el primitivo Jaime Howland cuyo mundo se había reducido hasta entonces al espacio comprendido en los muros de su oficina y en cuyo concepto de la vida raramente habían entrado otras cosas que las que conducían directamente al logro de sus ambiciones.

El breve día del Norte iba llegando a su fin cuando una vez más vieron el ancho Saskatchewan retorciéndose en la llanura que se extendía a sus pies, y en su ribera del Sur brillaron los pocos edificios de madera de Le Pas, rodeados por tres lados por la negra selva de bálsamos y abetos. Brillaban las luces en las cabañas y en las oficinas del correo a la bahía de Hudson, cuando se detuvo el coche, a unos cincuenta pasos de un edificio achatado, construido también de madera, que estaba más brillantemente iluminado que los otros.

—Ése es el hotel —dijo uno de los hombres—. Gregson está ahí.

Un hombretón, vestido de pieles, se precipitó fuera, al encuentro de Howland, cuando éste se dirigía aprisa atravesando la plaza, Era Gregson. Al estrecharse las manos, el joven ingeniero miró al otro con asombro. No era el Gregson que había conocido en la oficina de Chicago, de faz redonda, lleno de vida y activo como una ardilla.

—Nunca me he alegrado tanto de ver a alguien, Howland —exclamó, sacudiendo la mano del otro una y otra vez—. Otro mes aquí y me hubiera muerto. ¡Éste es un país infernal!

—Yo me voy enamorando de él a cada instante, Gregson. Pero ¿qué le ha pasado? ¿Ha estado usted enfermo?

Gregson rió mientras volvían hacia el iluminado edificio. Era la suya una risa breve, nerviosa, y riendo miró de soslayo la faz de su compañero.

—¿Enfermo?... Sí, enfermo de trabajo. Si el director no nos hubiera enviado a usted, Thorne y yo lo hubiéramos echado todo a rodar antes de un mes. Yo le garantizo a usted que se hartará de viviendas de madera, de mestizo, de carne de reno y de esta nieve infernal antes de que llegue la primavera. Pero no quiero desanimarle.

—No podría usted desanimarme —dijo Howland alegremente—. Usted sabe que yo no me he preocupado mucho de teatros ni de muchachas —añadió socarronamente dando un codazo amistoso a Gregson—. ¿Qué hay aquí de eso?

—Nada... Una cosa horrible.

—Súbitamente sus ojos se encendieron Sin embargo, hoy he visto la muchacha más bonita que han mirado mis ojos nunca. ¡Daría una caja de habanos, y no he visto uno en un mes, si pudiera saber quién es!

Habían entrado por la puerta baja del hotel de madera y Gregson se quitó su gran abrigo.

—¿Una muchacha alta, con manguito y gorra de pieles? —inquirió Howland ávidamente.

—Nada de eso. Era típica mujer del Norte, como la que más. Derecha como un huso, vestida con abrigo y gorra de pieles, pequeña falda de piel de reno, pies envueltos en pieles de gamo, y con una trenza colgando sobre su espalda, tan larga como mi brazo. ¡Qué bonita era, señor!

—¿No hay por aquí, o en alguna parte cercana al campamento, una muchacha llamada Melisa? —preguntó Howland con aire indiferente.

—No la he oído nombrar nunca —dijo Gregson.

—¿Y un hombre llamado Croisset?

—Tampoco lo he oído nombrar.

—¡Diablo, esto es interesante —dijo riendo el joven ingeniero, percibiendo el olor de la comida que se estaba guisando—; estoy hambriento como un oso!

Del exterior llegó el chasquido del látigo de un conductor de trineo y Gregson fue hacia la pequeña ventana que daba a la plaza. En seguida corrió hacia la puerta gritando a Howland.

—¡Amigo Jaime, ahí está la hermosa desconocida! Pronto, si quiere usted verla.

Salió corriendo por la puerta y Howland se precipitó tras él. Se oyó otro chasquido del látigo, un fuerte grito y un trineo tirado por seis perros pasó ante ellos perdiéndose entre las sombras densas del comienzo de la noche.

De los labios de Howland también salió un grito repentino; porque uno de los dos rostros, que se volvieron hacia él un instante, era el de Croisset, y el otro —blanco y radiante como lo había visto la primera noche en Príncipe Alberto— ¡era el rostro de la bella muchacha que le había hecho caer en la emboscada de la Gran Senda del Norte!

Capítulo V

La visita a medianoche

POR un momento, después del rápido paso del trineo, Howland estuvo a punto de gritar el nombre de Croisset; y alejándose de Gregson se precipitó en la noche con deseo de dar caza a los fugitivos, de atajar de algún modo a las dos personas que en el espacio de cuarenta y ocho horas se habían mezclado tan misteriosamente en su vida y que en aquel momento volvían a huir de él.

Gregson le trajo a la realidad.

—Yo pensé que no se preocupaba usted de teatros ni muchachas —exclamó burlonamente, repitiendo las mismas palabras que Howland le había dicho minutos antes. Por lo visto, aquí le causan impresión las caras bonitas. Bien. Cuando lleve usted un mes o dos en este arrabal del universo, aprenderá...

Howland le interrumpió secamente:

—¿La había visto usted u oído hablar de ella antes, Gregson?

—Nunca hasta hoy. Pero no pierda usted la esperanza, hombre. Seguramente encontraremos aquí alguien que la conozcas. Sería una cosa curiosa que Jaime Howland, galán que nunca se ha preocupado de teatros ni de muchachas, llegara a estas tierras olvidadas de Dios y se enamorese de pronto. De este modo no se aburrirá usted tanto como nos hemos aburrido Thorne y yo. Si yo la hubiera visto antes...

—¡Cállese usted! —refunfuñó Howland, mostrándose por primera vez irritable—. Vamos a comer.

—Bueno. Y propongo que investiguemos acerca de esa gente, mientras fumamos un cigarro, después de comer. A lo menos eso nos servirá para pasar el tiempo.

—Tiene usted buen gusto, Gregson —dijo Howland, recobrando su buen humor mientras se sentaban a una de las rústicas mesas del comedor. Interiormente estaba convencido de que sería lo mejor callar lo que a él le había ocurrido—. Era realmente un lindo rostro.

—¡Y los ojos...! —añadió Gregson, con entusiasmo—. Me miró cara a cara esta tarde cuando pasaba con ese sujeto moreno, y juro que sus ojos me parecieron los más bellos que en mi vida he visto. Y su pelo...

—¿Cree usted que le conoce? —preguntó Howland tranquilamente.

Gregson se encogió de hombros.

—¿Cómo diablos iba a conocerme?

—Entonces, ¿por qué le miró cara a cara? ¿Intentaría flirtear?

La sorpresa se pintó en el rostro de Gregson.

—No. ¡No pretendía flirtear! —exclamó—. Lo juraría. Nadie ha recibido una mirada más diáfana, más pura que la que ella me envió. Y, sin embargo... ¿por qué me miró tan descaradamente? Yo no la volví a ver después, pero el sujeto moreno estuvo aquí mediada la tarde, y, ahora que pienso en ello, mostró algún interés hacia mí. ¿Por qué me lo pregunta usted?

—Simple curiosidad —replicó Howland—. A mí no me gusta el flirt.

—Ni a mí —dijo Gregson, pensativo. Se acabó su cena y ya conversaron poco. Howland había observado atentamente a su compañero y le satisfizo comprobar que no sabía nada de Croisset ni de la muchacha. El hecho le asombraba más cada vez. ¿Cómo Gregson y Thorne, los dos mejores ingenieros del país, abandonaban un trabajo como la construcción del ferrocarril a la bahía de Hudson sencillamente porque «estaban cansados de la comarca»? No lo podía comprender.

Un instante antes de levantarse de la mesa, Howland miró por casualidad la mano izquierda de Gregson. Lanzó una exclamación de extrañeza al ver que le faltaba el dedo meñique; Gregson retiró la mano.

—Un pequeño accidente —explicó—; también los tendrá usted aquí.

Antes de que pudiera moverse, el nuevo ingeniero le había cogido el brazo y examinaba atentamente la mano mutilada.

—Una herida curiosa —observó—. Es raro que no se la haya visto antes. Le han cortado a usted el dedo longitudinalmente, y la cicatriz le llega hasta cerca de la muñeca. ¿Cómo ocurrió?

Dejó caer la mano a tiempo para ver un pronunciado rubor en la faz de su interlocutor.

—Fue... fue... el caso un disparo, hace varios meses... en un accidente casual. —Se precipitó hacia la puerta del comedor, y continuó volviendo la cara—. Vamos a fumar esos cigarros y a comenzar nuestra investigación.

Cuando pasaban del comedor hacia aquella parte del hotel que era mitad bar mitad salón de conversación, entonces lleno de humo y de unos doce pintorescos habitantes de *Le Pas*, el carrilludo propietario del hotel se adelantó hacia Howland y le mostró una carta.

—Está llegó para usted mientras estaban comiendo, señor Howland.

El ingeniero dio un paso atrás cuando vio la letra del sobre y cuando lo abrió volvióse de manera que Gregson no pudiera ver su faz ni el trozo de papel que había sacado. No había nombre alguno al pie de lo que leía. No era necesario, porque una simple ojeada había hecho conocer que el escrito era de la muchacha cuyo rostro había vuelto a ver aquella noche; y a despecho de su cautela, se estremeció esta vez al leer las palabras de ella.

Perdóneme lo que hice —decía la carta—. *Créame usted esta vez. Su vida está en peligro y debe usted volverse a Etomami mañana. Si va al campamento de Wekusko, morirá.*

—¡Diablo! —exclamó.

—¿Qué es eso? —inquirió Gregson dando la vuelta en torno a él curiosamente.

Howland estrujó la nota en su mano y se la guardó en uno de sus bolsillos.

—Un asuntillo particular contestó Vamos, Gregson, a ver lo que podemos descubrir.

En la obscuridad, una de sus manos se deslizó bajo su abrigo y empuñó la culata de su revólver. Hasta las diez se pasearon por Le Pas haciendo averiguaciones. Medio centenar de personas habían visto a Croisset y a su bella compañera, pero nadie sabía de ellos. Habían llegado al mediodía en un trineo, habían comido y cenado en la cabaña de un carpintero escocés llamado Mac Donald y se habían marchado en el trineo seguidamente.

—Ella era la muchacha más buena que he visto en mi vida —exclamó la mujer de Mac Donald, extasiada—. Sólo que no podía hablar. Dos o tres veces me pidió cosas escribiéndolas en un papel.

—¡No podía hablar! —repitió Gregson cuando los dos hombres retornaban lentamente a su alojamiento. ¿Qué demonio cree usted que significa eso, Jaime?

—No lo sé —replicó Howland con indiferencia—. Ya hemos hablado bastante de esa cara bonita, Gregson. Me voy a la cama. ¿A qué hora debemos partir por la mañana?

—Después de desayunar, si usted tiene prisa.

—La tengo. Buenas noches.

Howland se fue a su cuarto, pero no tenía sueño. Durante varias horas permaneció despierto, fumando cigarro tras cigarro y meditando. Uno por uno volvió a evocar los asombrosos incidentes de los dos últimos días. Al principio le habían agitado la sangre con cierta excitación que no era del todo desagradable; pero con ella sentía como una opresión. Los ataques de que había sido objeto juntamente con las reiteradas advertencias para que volviera al Sur comenzaban a producir su efecto. Pero Howland no era hombre para rendirse al miedo, si podía llamarse miedo a lo que sentía. Tenía conciencia de que un misterioso peligro le esperaba en el campamento de Wekusko, pero se abstuvo de sondear la causa de este peligro aceptándolo prácticamente por el hecho de que existía y por la presunción de que en breve probablemente se explicaría. El único factor extraño que no podía apartar de sus pensamientos era la muchacha. Su dulce faz le perseguía. La volvió a ver imaginariamente en cada una de las ocasiones pasadas, a la mesa del fumadero de opio, a la luz estelar de la senda, en trineo, como hacía poco, huyendo. En vano quiso descubrir el señuelo del pecado en los ojos puros que habían parecido pedirle amistad, en los labios suaves que le habían mentado con su silencio. —«*Perdóneme*

por lo que hice»—. Desarrugó la estrujada carta y leyó las palabras una y otra vez. Ella conocía que él sabía que le había mentado, que le había engañado para llevarlo al peligro de que ahora deseaba salvarle. Sus mejillas ardían. Aunque le amenazasen mil riesgos en el campamento de Wekusko no dejaría de ir. Volvería a ver a la muchacha otra vez. A pesar de sus reiterados esfuerzos le fue imposible ahuyentar la visión de la bella faz. Los ojos dulces con la súplica, la boca roja, temblorosa, y con los labios separados como para hablarle, la cabeza como la había visto con la aureola de su cabello brillante, todo se había grabado en su espíritu con demasiada profundidad para ser desarraigado. Si el desierto era interesante para él antes, ahora lo era doblemente, porque aquel rostro formaba parte de él, porque el secreto de su vida, de la angustia que medio le había confesado, estaba oculto en algún sitio, dentro del negro misterio de las selvas de abetos y bálsamos.

Se metió en la cama, pero aún transcurrió un largo rato hasta que se quedó dormido. Le pareció que acababa de cerrar los ojos cuando el ruido de la puerta le sobresaltó y se despertó para encontrar la débil luz del alba deslizándose por la estrecha ventana de su cuarto. Pocos minutos después se reunió con Gregson, que ya estaba dispuesto para el desayuno.

—El trineo y los perros están aguardando —le dijo saludándole. Y al sentarse a la mesa añadió—: He cambiado de idea desde anoche, Howland. No voy con usted. No es absolutamente indispensable, porque Thorne le acompañará a verlo todo en el campamento y yo prefiero perder seis meses de sueldo a volver a tomar ese trineo. A usted le es igual, ¿no?

Howland se encogió de hombros.

—Si he de ser sincero, Gregson, no creo que sea usted un compañero muy alegre. ¿Qué clase de individuo es el conductor?

—Nosotros le llamamos Jackpine, es indio y el único esclavo fiel de Thorne y mío en Wekusko. Caza como nosotros, guisa, y lo vigila todo. Le gustará a usted seguramente.

Así fue. Cuando salieron hacia el trineo después del desayuno, dio un cordial apretón de manos a Jackpine, y la faz del indio se iluminó con algo semejante al placer cuando vio el entusiasmo en los ojos del ingeniero. Cuando llegó el momento de la partida, Gregson se llevó a un lado a su compañero. Sus ojos se alzaron nerviosamente y Howland vio que estaba haciendo grandes esfuerzos para adoptar un aire indiferente que no correspondía a su temperamento.

—Una palabra, Howland —dijo—. Usted sabe que éste es un país salvaje... y algunos creen que sus habitantes no tendrían muchos escrúpulos en cortarle el cuello a un hombre o en meterle una bala en el cuerpo por una pareja de perros y un rifle. Se lo digo a usted sólo para que no se descuide. Haga que Jackpine vigile el alojamiento de usted todas las noches.

Hablaba en voz baja y calló bruscamente cuando vio aproximarse al indio. Howland se sentó en el centro del trineo, saludó con la mano a Gregson, y Jackpine,

con un grito salvaje y un chasquido de su largo látigo de tripa de reno, hizo arrancar sus perros al trote calle abajo corriendo al lado del vehículo. Howland había encendido un cigarro y recostándose sobre la blanca masa de pieles comenzó a disfrutar su nueva vida vivamente. El día comenzaba a alborear sobre las selvas cuando entraron en la senda blanca, profundamente hollada por el paso de muchos perros y trineos durante unas cien millas, que desde Le Pas llevaba al campamento de Wekusko. Desde que entraron en la senda, los perros se esforzaron en saltar suavemente con ritmo uniforme sobre la nieve. Entonces el indio recogió su látigo y corrió al lado del perro delantero, sus pies envueltos en pieles, dando los breves, rápidos, ligeros pasos del hombre habituado a correr por las selvas, el pecho ligeramente agitado, los ojos fijos en la sinuosa senda que se desarrollaba ante él. Era una gloriosa carrera, y en la excitación que le producía, Howland se olvidó de fumar el cigarro que tenía entre sus dedos. Su sangre se exaltaba ante el incansable esfuerzo de los perros, de un amarillo grisáceo; observaba el movimiento muscular de sus lomos y patas, las orejas tiesas, tensas las garras, y después miraba a Jackpine. No parecía haber esfuerzo en su carrera. Sus negros cabellos salían hacia atrás por debajo de su gorra gris; como en los perros, había ritmo en sus movimientos, la belleza de la fuerza, de la resistencia de la humanidad nacida en las selvas. Y cuando los perros finalmente se detuvieron al pie de una alta loma, jadeando y medio exhaustos, Howland saltó rápidamente del trineo y habló por primera vez al indio.

—Esto ha sido hermoso, Jackpine —exclamó—, ¡pero por Dios, va usted a matar a los perros!

Jackpine sonrió con una mueca.

—Pueden hacer sesenta millas en un día de esa manera —afirmó.

—¡Sesenta millas!

En su admiración por aquellas bestias semejantes a lobos que le iban conduciendo a través del desierto, Howland alargó una mano para acariciar la cabeza a uno de ellos. Con un grito el indio le arrastró hacia atrás, en el instante en que el perro saltaba fieramente para morderle.

—No toque a los perros —exclamó—. ¡Medio lobos, medio perros! Trabajan bien, pero no les gusta ser tocados.

—¡Diablo! —exclamó Howland—. ¡Y parecen los cachorros más bonitos que he visto jamás! ¡Verdaderamente, voy encontrando cosas extrañas en este país!

Estaba rendido cuando la noche llegó. Y, sin embargo, en toda su vida no había disfrutado un día como aquél. Veinte veces se había puesto a correr al lado de Jackpine junto al trineo. En sus intervalos de reposo hasta había aprendido a chasquear el látigo. Había hecho un centenar de preguntas, insistiendo en que Jackpine fumara un cigarro en cada parada, y había sido tan feliz y mostrado tal camaradería, que la mitad de la suspicacia hereditaria del indio se había desvanecido ante este irrefrenado entusiasmo. Ayudó a construir su cobertizo de troncos y ramas de bálsamo para la noche, comió una gran cena de carne de anta, galletas duras,

judías y café, y luego, en el momento en que se había envuelto en sus pieles para pasar la noche, recordó la advertencia de Gregson. Se incorporó y llamó a Jackpine, que estaba poniendo un tronco nuevo en la gran hoguera ante el cobertizo.

—Gregson me dijo que tenga precaución y que se vigile el campamento por la noche, Jackpine. ¿Qué piensa usted de eso?

El indio se volvió con una risita falsa, y con la curtida faz arrugada por una mueca.

—Gregson... tenía mucho miedo —replicó—. No hombres malos aquí. Todos allá abajo... y en el campamento. Nosotros vigilábamos todas las noches... Él tenía miedo... supongo yo.

—¿Miedo de qué?

Durante un momento, Jackpine permaneció silencioso, medio inclinado sobre el fuego. Luego alzó su mano izquierda, con su dedo meñique escondido, y lo señaló con su otra mano.

—Puede que se le haya triturado el dedo, puede ser que no —añadió.

Una docena de ávidas preguntas no lograron mayor esclarecimiento por parte de Jackpine. En realidad, apenas habían salido aquellas palabras de sus labios cuando Howland vio que el indio estaba arrepentido de haber hablado. Lo que decía reforzaba la convicción que lentamente iba naciendo en él. Se había sorprendido de la extraña conducta de Gregson, de su evidente ansiedad por salir del país, y últimamente de su deseo de no volver al campamento de Wekusko con él. No se le ocurría más que una solución. De alguna manera que no podía adivinar, Gregson estaba asociado con el misterio que a él le envolvía, y añadiendo la nerviosidad del ingeniero a la significación de las palabras de Jackpine, tuvo la creencia de que el dedo perdido era un factor en el enigma. ¿Cómo encontraría a Thorne? Seguramente le daría una explicación si había alguna explicación que dar. ¿O sería posible que ambos le dejaran a él sin una advertencia para afrontar una situación que a ellos les hacía huir hacia la civilización?

Se echó a dormir, sin pensar más en el guardián del campamento. Un desayuno caliente estaba preparado cuando Jackpine lo despertó y otra vez la gozosa excitación de su viaje a través de las selvas lo alivió de la tensión mental molesta bajo la que había comenzado a encontrarse. Durante todo el día Jackpine apremió a los perros casi hasta el límite de su resistencia y a primera hora de la tarde aseguró a su compañero que al comenzar la noche llegarían a Wekusko. Empezaba a obscurecer cuando saliendo de la selva llegaron a un ancho espacio claro, más allá del cual Howland percibió el brillo de luces dispersas. En el borde más lejano de aquel claro del bosque el indio hizo detener los perros junto a una ancha cabaña de madera medio oculta entre los árboles. Estaba situada a algunos centenares de metros de las luces fronteras más cercanas, y la nieve intacta en torno a ella demostraba que no había sido habitada hacía algún tiempo. Jackpine sacó una llave del bolsillo y sin una palabra abrió y dejó abierta la puerta.

Un aire frío y húmedo dio en el rostro a ambos mientras durante un instante permanecieron mirando en la obscuridad. Howland vio al indio sonriendo a su modo mientras encendía un fósforo, y cuando alumbró una gran lámpara colgante de aceite volvió hacia el ingeniero su arrugada faz.

—Gregson y Thorne... estuvieron en esta cabaña cuando vinieron por primera vez al campamento —dijo en voz baja—. No hay ruido en las cercanías. Buen sitio en el bosque, donde las noches son tranquilas. Vivieron aquí algún tiempo. Luego Gregson y Thorne se fueron a vivir al campamento. Decían que esto estaba demasiado lejos de los hombres. Pero no es así. Gregson tenía miedo... Thorne tenía miedo...

Se encogió de hombros otra vez al abrir la puerta de la gran estufa que había en medio del cuarto. Howland no le hizo más preguntas, y se puso a mirar a su alrededor. Por todas partes se hallaban objetos que habían sido usados por los dos ingenieros. Grandes pieles de oso cubrían el suelo; los tabiques de madera cuidadosamente desbastada hasta parecer barnizada, estaban ornados con una docena de cuadros; en un ángulo había una biblioteca con libros, en otro un canapé cubierto de pieles, y en aquel lado del cuarto una puerta que Howland supuso debía abrirse al dormitorio. El fuego crepitaba en la gran estufa antes de que hubiese acabado su inspección. Y cuando se volvió para calentarse las espaldas que el frío le hacía temblar, al mismo tiempo que sacaba su pipa del bolsillo, sonrió alegremente a Jackpine.

—¿Miedo, eh? ¿Y yo tengo que alojarme aquí?

—Gregson y Thorne dicen que sí.

—Bien, Jackpine, vaya al campamento y diga a Thorne que estoy aquí.

Un momento el indio vaciló. Luego salió cerrando la puerta tras de sí.

—¿Miedo? —se dijo Howland cuando estuvo solo—. ¿De qué diablo podían tener miedo? Es raro, Gregson... y lo mismo Thorne. Si no fuerais los dos cobardes, no me dejaríais en las tinieblas afrontar algo de que vosotros huís.

Encendió una lámpara y abrió la puerta que conducía al otro cuarto. Era, como había pensado, el dormitorio. El lecho, una butaca sencilla, el espejo y un velador constituían todo el mobiliario.

Volviendo a la estancia más grande, se quitó el abrigo y el sombrero y se sentó cómodamente ante el fuego. Diez minutos más tarde se abrió la puerta otra vez y entró Jackpine, Venía sosteniendo a otro hombre por el brazo, y cuando Howland miró la faz exangüe de este último, no pudo contener una exclamación de asombro. Tres meses antes había visto a Thorne en Chicago; un hombre en pleno vigor, erguido como un árbol, el más diestro y mejor pagado de todos los empleados de la compañía. ¡Cuántas veces había envidiado a Thorne! Durante muchos años había sido su ideal de gran ingeniero. Y ahora...

Permanecía silencioso. Lentamente, como si cada movimiento le produjera dolor, Thorne se quitó el abrigo de pieles. Uno de sus brazos se sostenía en un cabestrillo.

Sus anchos hombros se encorvaban y sus ojos miraban tristes y macilentos. La sonrisa que acudió a su rostro mortalmente pálido cuando alargó la mano a Howland, le dio una apariencia más espectral.

—¡Hola, Jaime! —le saludó—. ¿Qué hay, hombre? ¿Es que parezco un fantasma?

—¿Qué le ocurre, Thorne? He encontrado a Gregson casi moribundo en Le Pas y ahora usted...

—Es un milagro que me encuentre usted vivo —dijo Thorne nerviosamente—. He estado a punto de morir aplastado; me cayó encima una tonelada de roca.

Sobre el hombro de Thorne el joven ingeniero echó una ojeada al indio, en cuyos ojos había un repentino fulgor sombrío. Los dientes brillaron entre sus labios tensos como en un gesto de burla.

Thorne se sentó, acercando sus manos al fuego.

—Hemos tenido mala suerte, Jaime —dijo lentamente—. Gregson y yo hemos luchado contra la adversidad desde el día que llegamos a este campamento y ya no podíamos resistir este trabajo. Nos costará seis meses podernos restablecer. Usted lo encontrará todo bien. La línea está ya replanteada hasta la bahía; hemos reunido trescientos buenos obreros, todo el material necesario, y creo que no encontrará usted a nadie desafecto en Wekusko. Probablemente, Gregson y yo construiremos en Le Pas el extremo de la línea en la primavera. Seguramente usted hará el ferrocarril hasta la bahía.

—Siento que las cosas hayan ido mal —replicó Howland. Se inclinó hasta que su rostro estuvo cerca de su compañero—. Thorne, ¿hay aquí un hombre que se llama Croisset o una muchacha que se llama Melisa?

Observó al ingeniero atentamente. Nada que confirmara sus sospechas apareció en el rostro de Thorne. Éste le miró un poco sorprendido por el tono de su voz.

—No, que yo sepa, Jaime. Puede haber algún hombre llamado Croisset entre los trescientos obreros. Usted podrá verlo examinando la lista. Hay entre ellos quince o veinte casados y tienen aquí sus familias. Gregson sabe más acerca de las muchachas que yo. ¿Le interesa saberlo?

—Tengo un recado para ellos... si están aquí —replicó con indiferencia—. ¿Es éste mi alojamiento?

—Si a usted le gusta. Cuando yo resulté herido nos fuimos a vivir entre los obreros. Para estar más cerca del lugar donde se trabaja.

—Usted y Gregson han debido ser heridos al mismo tiempo —dijo el joven ingeniero—. Fue una penosa herida la de Gregson. Yo me pregunto quién diablos le hizo el disparo. Es raro que un hombre como Gregson tenga enemigos.

Thorne se enderezó súbitamente. Se oyó el ruido de una cacerola contra la estufa, y Howland se volvió a tiempo para ver a Jackpine mirándole como si hubiera estallado una mina bajo sus pies.

—¿Que quién le disparó?... Pero ¿cómo?... ¿No le dijo a usted Gregson... que había sido un accidente?

—¿Por qué había de mentir, Thorne?

Un débil sonrojo encendió la pálida faz del otro, Por un momento su mirada se fijó de un modo penetrante en Howland. Jackpine permanecía silencioso e inmóvil junto a la estufa.

—A mí me dijo que había sido un accidente —dijo por fin Thorne.

—Curioso —fue todo lo que Howland respondió volviéndose hacia el indio como si el asunto no tuviera importancia—. ¡Ah, Jackpine, me alegro de ver la cafetera en el fuego! He traído un paquete del mejor y más negro café de Puerto Rico en mi equipaje, y lo abriremos para fumar un cigarro después de cenar. ¿Por qué habían clavado ustedes las ventanas?

Por primera vez notaba Howland que las finas cortinas de muselina que había creído disimulaban la ventana, ocultaban, en lugar de una ventana, una verdadera barricada de madera. Una súbita emoción le agitó al levantarse para examinarla. Vuelto de espaldas a Thorne, dijo medio riendo:

—Quizá Gregson tuvo miedo de que el individuo que le arrancó el dedo pudiera dispararle por la ventana.

Simuló no percibir el efecto de sus palabras en el otro ingeniero. Sentáronse ambos para cenar y una hora después, luego de haber concluido, hablaron de los asuntos del campamento. Eran las diez de la noche cuando Thorne y Jackpine dejaron la cabaña.

Apenas habían salido cuando Howland cerró la puerta y la aseguró con una barra, encendió otro cigarro y comenzó a pasear rápidamente de un lado a otro de la estancia. Todo eran revelaciones. Gregson le había mentido respecto de su dedo perdido. Thorne había mentido acerca de sus heridas, cualesquiera que fueran. Estaba seguro de estas dos cosas y de algunas más. Los dos ingenieros no se iban de Wekusko simplemente porque estuvieran disgustados del trabajo y del país. Y por alguna razón le ocultaban el motivo de su fuga. ¿Era posible que deliberadamente fueran a sacrificarlo para salvarse ellos? No podía resolverse a creer esto, no obstante los indicios que aparecían contra ellos. Ambos eran hombres de irreprochable honor. Thorne especialmente era hombre de indomable carácter, que habría sido el último en el mundo capaz de hacer traición a un compañero de empresa o a un amigo. Estaba seguro de que ninguno de ellos conocía a Croisset ni a la bella muchacha que había conocido en Príncipe Alberto, lo que le indujo a pensar que había otros personajes en la extraña intriga en que se encontraba envuelto, además de los que había encontrado en la Gran Senda del Norte. Otra vez examinó la ventana clavada y nuevamente se convenció de que su aventurada insinuación a Thorne había dado en el blanco.

Estaba cansado de su largo viaje de todo el día, pero se sentía poco inclinado a dormir, y recostándose en el canapé con la cabeza y los hombros realzados por las pieles, continuó fumando y reflexionando. Se sorprendió cuando un relojito dio las once. No había visto el reloj antes. Ahora comenzó a escuchar el monótono tictac que sonaba cerca de su cabeza, hasta que poco a poco fue invadiéndole una somnolencia

que le hizo cerrar los ojos. Estaba casi dormido cuando volvió el reloj a sonar débilmente, y, sin embargo, con suficiente intensidad para despertarlo. Había dado las doce.

Con un esfuerzo, Howland dominó esta somnolencia y se incorporó hasta quedar sentado pensando que debía desnudarse e irse a la cama. La lámpara ardía brillantemente y se levantó para disminuir la mecha. Súbitamente, se detuvo. A sus sentidos amodorrados llegó claramente el ruido de un golpe en la puerta. Aguardó un instante silencioso e inmóvil. Sonó otra vez más intenso que antes, y sin embargo, con algo de cautela. No era la brusca llamada de alguien que viniera a despertarle por algo referente al trabajo.

¿Quién podía ser ese visitante a medianoche? Lentamente, Howland fue hasta su abrigo y sacó su revólver, que se metió en el bolsillo. El golpe sonó otra vez. Entonces llegó hasta la puerta, descorrió el cerrojo, y empuñando con la mano derecha la culata del revólver, abrió de par en par.

Por un momento permaneció estupefacto, mirando sin hablar la blanca y asustada faz alumbrada por la luz de la lámpara de aceite, Asombrado hasta la mudez, retrocedió lentamente, manteniendo la puerta abierta, y allí entró la única persona en el mundo que él anhelaba ver, la que había llegado a ser una parte tan extraña de su vida desde aquella primera noche en Príncipe Alberto, y cuyo semblante iba teniendo para él una significación más profunda a medida que vivía. Cerró la puerta y se volvió, todavía sin hablar; e impelido por la inquietud que le hacía arder la sangre en las venas, alargó sus dos manos a la muchacha por quien conoció que estaba dispuesto a arrostrar todos los peligros que pudieran aguardarle entre la civilización y la bahía.

Capítulo VI

El amor de un hombre

POR un momento la muchacha vaciló, sus manos sin guantes junto al pecho, su faz exangüe, rígida por una extraña pena, cuando vio los brazos extendidos del hombre a quien su traición había casi llevado a la muerte. Entonces, lentamente, se aproximó a él, y una vez más Howland cogió sus manos y miróla, interrogándola, hasta el fondo de los ojos que estaban fijos en él.

—¿Por qué huyó usted de mí? —fueron sus primeras palabras. Las pronunció amablemente, como si la hubiera conocido largo tiempo. No había en ellas acento de amargura; en el fervor de sus ojos grises no aparecía ningún indicio de los reproches que ella había esperado. Repitió la pregunta, inclinando la cabeza hacia ella hasta que sintió el suave contacto de sus cabellos en los labios—. ¿Por qué huyó usted de mí?

Ella se apartó un poco, escrutándole la faz.

—Yo le engañé —murmuró débilmente—; mentí...

Las palabras se ahogaron en su garganta. La vio luchar consigo misma, por disimular el temblor de sus labios y de su voz. Un instante después la vio desfallecer, y con un pequeño y sollozante grito sentarse en la butaca, junto a la mesa, y ocultar su cabeza entre las manos. Cuando Howland vio el temblor convulsivo de sus hombros, su espíritu fue invadido por un gozo extraño, no a la vista de aquel dolor, sino al descubrir que estaba apenada por lo que le había hecho. Se aproximó suavemente. La gorra de piel de la muchacha se le había caído. Su larga y brillante trenza estaba medio deshecha y sus rizos caían sobre sus hombros y resplandecían a la luz de la lámpara puesta en la mesa. La mano de Howland vaciló, y después tocó gentilmente la inclinada cabeza.

—A veces el amigo que miente es el único amigo sincero —dijo—. Yo creo que tuvo usted necesidad de mentir.

Una vez que hubo acariciado ligeramente el suave cabello, se contuvo, fue al lado opuesto de la estrecha mesa, y se sentó. Cuando la muchacha alzó el rostro, había un ligero rubor en sus mejillas. Pudo ver la húmeda huella de las lágrimas en su faz, pero no había signo de ellas en sus ojos, que parecían buscar en los de él la verdad de las palabras que había pronunciado hacía un instante.

—¿Cree usted eso? —preguntó ávidamente—. ¿Usted cree que tuve necesidad de mentir? —Se inclinó hacia él un poco, retorciéndose los dedos nerviosamente mientras aguardaba la respuesta.

—Sí —dijo Howland. Había pronunciado esa única palabra con la finalidad de alegrar los bellos ojos oscuros que tenía ante sí—. Yo creo que usted tuvo que mentir.

Su voz vibraba con ilimitada fe. Otras palabras pugnaban por salir de sus labios, pero las acalló. Una parte de lo que podía haber dicho —una parte del extraño tumulto gozoso de su corazón— le transparentaba su rostro, y ante esa revelación la muchacha retrocedió lentamente mientras el color se desvanecía en sus mejillas.

—Creo que no me volverá a mentir.

Ella se puso de pie, echó hacia atrás sus cabellos, mirándolo con el asombro de quien no hubiera visto jamás un hombre igual y no supiera qué hacer con él.

—No. No le mentaré más —replicó con más firmeza—. ¿Me cree usted ahora?

—Sí.

—Entonces vuélvase usted al Sur, Yo he venido para decirle a usted esto otra vez, para hacer que me crea. Debió haberse vuelto en Le Pas. Sí usted no se va... mañana...

Su propia voz parecía extrañarla, y se detuvo sin acabar, dejándole adivinar lo que había querido decirle. En un instante Howland se puso a su lado. Una vez más su sangre resuelta de combatiente se enardecía. Firmemente la cogió las manos otra vez, obligándola con los ojos a mirarle.

—Si no me voy mañana... «ellos» me matarán completó repitiendo las palabras de su amenaza Ahora, si quiere ser sincera conmigo, dígame: ¿«quién» me va a matar y «por qué»?

Sintió que un estremecimiento convulsivo pasaba a través de ella al responderle.

—Ya le he dicho que no le mentaré otra vez. Si no puedo decirle la verdad, no le diré nada. Me es imposible decirle por qué su vida está en peligro.

—¿Pero usted lo sabe?

—Sí.

La sentó otra vez en la butaca junto a la mesa y se sentó en el lado opuesto.

—¿Quiere decirme quién es?

Ella vaciló, retorciendo nerviosamente los dedos en un sedoso cabo de su trenza.

—¿Quiere usted?

—Si yo le digo a usted quién soy yo, sabrá quién amenaza su vida —dijo al fin. La miró atónito.

—El diablo, diga usted.

—Las palabras se le escaparon antes de que pudiera refrenarlas. Por segunda vez la muchacha se levantó de su butaca.

—¿Se irá usted? —insinuó—. ¿Se irá usted mañana?

Su mano estaba en el picaporte de la puerta.

—¿Se irá usted?

Él se había levantado y estaba encendiendo un cigarro en el tubo de la lámpara. Riendo, llegó hasta ella.

—Sí, ciertamente que me iré... a acompañarla ahora mismo hasta su casa.

—Súbitamente volvió al canapé y se ciñó el cinturón y la pistolera. Cuando se volvió, ella le cerraba el paso con la espalda contra la puerta.

—Usted no puede salir.

—¿Por qué no?

—Porque... —percibió el asustado temblor de su voz de nuevo—, porque le matarán.

La sonrisa que mostró junto a los cabellos de la muchacha fue de placer más que de miedo.

—Me alegro de que usted se preocupe le murmuró suavemente.

—Debe usted marcharse —insistió ella.

—Con usted, sí —respondió.

—No, no... Mañana debe usted volverse a Le Pas, retornar al Sur. ¿Me promete hacerlo?

—Quizá —dijo él—. Ya se lo diré a usted pronto.

Ella se rindió a la decisión de su voz y le dejó salir acompañándola. Rápidamente lo dirigió hacia un sendero que corría entre las sombras profundas de los bálsamos y abetos, Él pudo sentir el latido del corazón de su acompañante y su respiración rápida y excitada cuando lo detuvo con una de sus manos nerviosamente crispada contra su brazo.

—No está muy lejos de aquí —murmuró—. No debe usted venir conmigo. Si ellos le encontraran a esta hora... —Y la sintió temblando junto a su hombro otra vez.

—Un poco más lejos nada más —la suplicó. Ella cedió nuevamente, vacilando, y continuaron más lentamente que antes hasta que llegaron donde unas pocas luces del campamento eran visibles en la distancia, frente a ellos.

—Ahora, debe volverse.

Howland se volvió como obedeciendo. La muchacha se volvió a su lado inmediatamente.

—Déme su palabra —insinuó—. ¿Se irá usted... mañana?

En el brillo de los ojos que elevaba hacia él en la sombra, Howland vio otra vez el dulce y extraño poder que se había apoderado de su espíritu. No pensó ni por un momento que apenas había tratado a aquella muchacha; que hasta esta noche no había oído una palabra de sus labios. Tenía conciencia de que en el espacio de pocas horas había llegado a su vida algo que no había conocido antes; y un profundo anhelo de decirle esto, de cogerla su hechicero semblante entre las manos mientras permanecían de pie en las tinieblas de la selva, y confesarle que había llegado a ser para él más que una visión pasajera en un extraño desierto, lo invadió. En esta noche había olvidado la mitad de las duras lecciones que le había costado años aprender; éxito, ambición, el

simple goce de la obra acabada, fueron por primera vez subordinados a una cosa más importante para él: la presencia de esta muchacha. Y al mirar nuevamente su faz, suplicante, blanca en su terror silencioso, olvidó también quién podía ser aquella mujer conociendo solamente que le había abierto un nuevo y glorioso mundo lleno de promesas que le excitaban la sangre como un vino generoso. Se llevó las manos de ella al pecho, como lo había hecho en la Gran Senda del Norte, manteniéndola tan cerca de sí que podía sentir el latido de su seno. No le dijo una palabra, y, sin embargo los bellos ojos le miraban suplicándole que se fuera. Súbitamente libertó una de sus manos y le separó dulcemente el fino cabello de las sienes hasta que la débil luz de las estrellas alumbró la belleza de sus ojos. En la faz de él vio la muchacha lo que no había osado decirle, y de sus labios salió un quejido suave como un sollozo.

—No, yo no he prometido... y no prometeré —dijo reteniendo su faz de modo que ella no pudiera apartarla de su mirada—. Perdone que no la obedezca. —Y antes de que ella pudiera darse cuenta, la apretó entre sus brazos, manteniéndola así hasta sentir el apresurado latir de su corazón contra el suyo, el roce de sus cabellos y de su aliento en su rostro—. No, no me iré —exclamó dulcemente—. Porque la amo... porque la amo...

Se dominó en el acto, reprimiendo sus palabras, y mientras ella se apartaba, sus ojos brillaron con una alegría que le hicieron casi volver a extender sus brazos hacia ella.

—Perdóneme —suplicó—. Pero usted debía saber por qué no me volveré al Sur.

A distancia vio sus brazos extendidos, semejantes a sombras, hacia ella. Entonces, con voz tan débil que apenas pudo oírla, pronunció estas palabras cuya dulzura le emocionó:

—Si me ama, lo hará por mí; se irá usted mañana.

—¿Y usted?

—¿Yo? —Oyó el temblor de su voz—. Muy pronto olvidará usted que me ha visto.

Senda abajo se oyó el rumor de voces que se acercaban. Asustada, la muchacha llegó hasta Howland empujándole con sus manos.

—¡Váyase, váyase! —le apremió—. Vuélvase a la cabaña. Cierre la puerta y no salga esta noche. ¡Oh, hágalo, hágalo si me ama, váyase...!

Las voces se iban acercando. Howland imaginó que podría distinguir negras sombras entre los espesos muros formados por las masas de árboles de la selva. Rió dulcemente.

—No voy a escapar corriendo como una criatura —murmuró—. Puedo defenderme. —Sacó su revólver, que brillaba a la luz de las estrellas.

Con una crispación de terror, la muchacha lo empujó hacia los matorrales espesos que bordeaban la senda, hasta quedar a una docena de pasos del lugar por donde los que llegaban tenían que pasar. Hubo un silencio mientras Howland volvió a guardar el revólver en la pistolera. Las voces se oyeron otra vez, muy cerca, y al oírlas su

compañera se aproximó a él cogiéndole de los brazos, suplicándole en silencio con la expresión de su pálida y aterrorizada faz. La sangre le corría por las venas como fuego. Comprendió que la muchacha había reconocido las voces y que los que iban a pasar junto a él eran los misteriosos enemigos contra los que le había prevenido. Quizás eran los mismos que le habían atacado en la Gran Senda del Norte. Sus músculos se pusieron en tensión. La muchacha podía sentirlo conteniéndose bajo sus manos, podía sentir su cuerpo erguirse rígido y presto al ataque. La mano de Howland buscó otra vez el revólver; dio un paso separándose de ella, Lameándole los ojos, el rostro tan duro como el hierro. Casi sollozando, ella se apretó contra él, reteniéndolo.

—¡No!, ¡no!, ¡no! —murmuró.

Podían oír el crujido de las ramas bajo los pies de los que se aproximaban. Súbitamente, el rumor cesó antes de los veinte pasos.

Desde los brazos de Howland las manos de la muchacha subieron hasta los hombros, hasta el rostro, acariciándole; sus bellos ojos brillaron, con una mezcla de terror y de súplica, hacia él.

—No lo haga —le rogó otra vez, tan cerca que su dulce aliento cayó tibiamente sobre la faz del ingeniero—. No lo haga, no lo haga si me quiere... Dulcemente, la apretó contra su pecho, besando sus cabellos, sus ojos y su boca.

—La amo a usted —murmuró una y otra vez. Los pasos habían recommenzado, las voces se iban apagando en la lejanía. Entonces ella hizo una suave resistencia, y él abrió los brazos para dejarla separarse. Los dulces labios le sonreían, y en aquella sonrisa había un gentil reproche, la dulzura del perdón, y pudo ver que, con ello, había aparecido el rubor en sus mejillas y un vivo resplandor en sus ojos.

—Se han ido —dijo temblando.

—Sí —respondió Howland—, se han ido.

Permaneció mirando la resplandeciente faz en silencio.

—Esos que se han ido —repitió— eran los mismos que intentaron matarme en Príncipe Alberto. Los he dejado escapar...por usted. ¿Quiere decirme su nombre?

—Sí... con gusto... ahora. Me llamo Melisa.

—¡Melisa!

El nombre sonó en su boca secamente. En un instante recordó todo lo que Croisset le había dicho y casi llegaron a sus labios las palabras del mestizo que se habían volatizado en su memoria: «Quizá lo comprenda usted cuando le diga que esta advertencia se la envía Melisa».

—¡Melisa! —repitió mirando extrañado la faz de la muchacha.

—Si, Melisa.

Se apartó de él lentamente, desvaneciéndose el color de sus mejillas; y como vio el resplandor de sus ojos, dejó escapar un pequeño grito ahogado.

—¡Ahora..., ahora sabe usted por qué debe volver al Sur! —casi sollozó—. ¡Oh, no debí decirle mi nombre! Pero usted se irá, ¿no es cierto?, se irá, por mí...

—Por usted iré al fin del mundo —la interrumpió Howland, acercando su pálido rostro al de la muchacha—. Pero debe decirme por qué. Yo no la entiendo a usted. No sé por qué esos hombres quisieron matarme en Príncipe Alberto. No sé por qué mi vida está aquí en peligro. Croisset me dijo que la advertencia de que me volviera al Sur me la hacía una muchacha llamada Melisa. No lo comprendí. No la comprendo a usted. Todo esto es para mí un misterio. En cuanto puedo recordar, no he tenido nunca enemigos. Jamás oí el nombre de usted hasta que Croisset lo pronunció en mi presencia. ¿Qué quiso decir? ¿Por qué me debo ir de Wekusko? ¿Por qué está en peligro mi vida? A usted le corresponde explicarme estas cosas. Yo he procedido rectamente con usted. Yo la amo. Yo pelearé por usted, si es necesario... pero usted debe decirme... decirme... Su respiración llegaba ardiente a la faz de la muchacha y ella lo miraba como si lo que acababa de oírle le hubiera arrebatado la facultad de hablar.

—¿No me lo dirá usted, Melisa? —murmuró. Y ella no hizo esfuerzo para resistirle cuando la cogió otra vez en sus brazos, apretando sus labios contra los de ella.

—Melisa, ¿no me lo dirá usted?

Súbitamente se ocultó la cara entre las manos y echó hacia atrás la cabeza mirándole fijamente a los ojos.

—Si se lo digo —dijo en voz baja— y diciéndoselo traiciono a los que amo, ¿me prometerá no hacerles mal y marcharse al Sur?

—¿Y dejarla a usted?

—Sí, dejarme a mí.

Había el temblor de un sollozo en la voz con que intentaba dominarse. La estrechó entre sus brazos.

—Juro hacer lo que sea mejor para usted... y para mí —replicó—. Juraré no hacer mal a nadie a quien usted quiera escudar. Pero no prometeré dejarla.

Una dulce claridad brilló en los ojos de la muchacha al separarse de sus brazos y quedarse frente a él.

—Yo lo pensaré... lo pensaré... —murmuró rápidamente—. Quizá se lo diga mañana por la noche... aquí..., si mantiene su juramento de hacer lo que sea mejor para usted y para mí...

—Lo juro.

—Entonces le veré aquí, a esta hora, cuando los otros estén dormidos. Pero mañana, tenga cuidado... cuidado... Inconscientemente, casi le alargó los brazos al volverse para tomar la senda Tenga cuidado... Mañana... ¡prométemelo!

—Lo prometo.

Semejante a una sombra, se fue. Howland vio como desaparecía en la oscuridad de la selva. Durante un momento permaneció inmóvil, conteniendo la respiración, hasta que comprendió que estaba ya fuera del alcance de su oído. Y entonces tomó rápidamente el sendero que conducía a su cabaña.

Capítulo VII

La voladora del túnel

EN la nueva excitación que agitaba cada fibra de su ser, Howland desdeñó su propio riesgo, olvidó su antigua cautela y los temores que la habían originado; lo olvidó todo menos a Melisa y su propia felicidad. Porque era feliz; más que lo había sido en su vida, más de lo que hubiera imaginado nunca. Tenía conciencia de que no había insensatez en el extraño júbilo que circulaba a través de su ser como un fuego; y no se detenía a considerar los impulsos poco razonables que lo animaban. Había tenido a Melisa entre sus brazos, le había confesado su amor aunque ella le había escuchado con amable silencio, estaba emocionado por el recuerdo de aquella última mirada de sus ojos, que le habían manifestado fe, confianza y acaso algo más. Y su fe en ella se había hecho tan ilimitada como el espacio azul que veía sobre su cabeza. Sólo hacía unas horas que la conocía y, sin embargo, le parecía que en aquel lapso había vivido más que en todos los años pasados. Le había mentado, le había revelado sólo una parte de su personalidad, y, sin embargo, él adivinaba que alguna razón justificaba esta conducta.

La noche siguiente la vería otra vez, y entonces...

¿Qué le diría la muchacha? Lo que quiera que fuese, constituiría un premio para su amor. Él lo conocía así por el temblor de su voz, por el aliento sollozante de su pecho, por el suave resplandor de sus ojos. Impelida por ese amor, ¿querría irse con él hacia el Sur?

Rió dulcemente, gozosamente.

Si, se iría hacia el Sur, se iría al otro extremo de la Tierra si ella quería ir con él. ¿Qué importancia tenía para él la construcción de aquel ferrocarril ahora que otra ilusión había entrado en su vida? Por primera vez vio sus deberes desde otro aspecto. Había otros que podrían construir el ferrocarril; éxito, fortuna, ambición —en la forma en que antes los había visto— habían sido superados ahora por el amor de esta muchacha.

Se detuvo y encendió su pipa. El olor del tabaco, el sabor del humo en su boca, ayudóle a recobrar, a enfriar su caldeado cerebro. Los antiguos instintos de combatiente se le despertaron otra vez. ¿Ir al Sur? Se hizo a sí mismo la pregunta una

vez más, y en el sombrío silencio de la selva su risa contenida resonó otra vez mientras se frotaba las manos en previsión de la tarea que tenía ante sí. No; él construiría el ferrocarril. Y construyéndolo sería como ganaría a la muchacha si le era dado poseerla.

Sus pensamientos, más discretos, le hicieron recuperar su cautela. Fue más lentamente hacia la cabaña, manteniéndose entre las densas tinieblas y parándose a veces a escuchar. En el borde del claro del bosque se detuvo largo rato. No había signo de vida en torno de la cabaña abandonada por Gregson y Thorne. Era probable que los dos hombres que habían pasado a lo largo del sendero hubieran retornado al campamento por otra senda; y resguardándose en la sombra cuanto era posible, fue hasta la puerta y entró.

Con los pies apoyados en el frente de la estufa estaba sentado Jackpine. El indio se levantó al ver a Howland y algo que vio en la sombría tristeza de su faz hizo que el ingeniero le mirara interrogativamente.

—¿Ha estado alguien aquí, Jackpine?

El viejo conductor de trineos hizo con la cabeza un signo negativo y se encogió de hombros, Señalando al mismo tiempo la mesa sobre la que había, cuidadosamente doblada, una hoja de papel.

—Thorne —gruñó.

Howland desdobló el papel a la luz de la lámpara y leyó:

Mi querido Howland:

Olvidé decir a usted que nuestro trineo-correo sale para Le Pas mañana al mediodía, y como tengo el propósito de irme con él, necesito verle por la mañana, lo más temprano posible. Haga por estar en el campamento entre ocho y doce.

THORNE

Un silbido de asombro se escapó de los labios de Howland.

—¿Dónde duerme usted, Jackpine? —preguntó súbitamente.

—En una cabaña al borde de la selva —replicó el indio.

—¿Cómo me desayunaré? Thorne no me ha informado de todo lo necesario aún.

—Thorne me dijo que almorzará usted con él. Yo vendré temprano a despertarle. Cuando él se vaya, comerá usted aquí.

—No necesita usted despertarme —dijo Howland quitándose el abrigo—. Encontraré a Thorne probablemente antes de que se haya despertado. Buenas noches.

Jackpine medio había abierto la puerta y por un momento el ingeniero le vio la cara, oscura y burlona, que había vuelto hacia atrás y le miraba por encima del hombro. Vaciló el indio como si fuera a hablar y luego, con una bocanada de su inimitable risa, se marchó fuera.

Tras de cerrar la puerta, Howland encendió una lámpara, entró en el dormitorio y se preparó para dormir.

—Bueno será dormir un rato aunque las cosas se vayan complicando murmuró, y se envolvió en las sábanas.

A pesar de su antigua costumbre de levantarse con el alba, fue Jackpine quien le despertó pocas horas después. Había en el campamento poco movimiento todavía cuando siguió al indio entre las cabañas de madera hasta el alojamiento de Thorne. Éste estaba ya vestido.

—Siento haberle hecho madrugar, Howland —le dijo como saludo—, pero he pensado marcharme en el correo. En confianza le diré que no creo en la ciencia del médico del campamento. Tengo muy dañado un hombro y peor un brazo, y voy a buscar un buen cirujano lo antes que pueda.

—¿No vino Weston con ustedes? —preguntó Howland—. Creía que Weston era el mejor médico de la compañía para «accidentes».

—Si... Weston —replicó Thorne mirándole duramente No quiero decir que no sea un buen médico atenuó en seguida—. Pero no parece haber tomado todo el cuidado necesario con estas heridas mías. Hablando de otra cosa: he mirado la lista de obreros y no hay en ella ninguno que se llame Croisset.

Una hora después del desayuno, los dos hombres estaban atareados con papeles, mapas y dibujos relativos al trabajo del campamento. Howland había seguido atentamente las operaciones desde Chicago y poco después estaba dispuesto a inspeccionar los trabajos, sin creer indispensable la asistencia personal de Gregson o de Thorne para hacerse cargo de la dirección. Antes de que hubiera transcurrido aquella hora estaba, por lo menos, seguro de una cosa: de que no era la incompetencia lo que hacía a los dos ingenieros volverse a las oficinas de Chicago. Había temido encontrar los trabajos desorganizados. Pero si Gregson y Thorne habían estado trabajando bajo el tremendo influjo de algún temor, esa tensión de ánimo no se había reflejado en el trabajo de la compañía, como lo demostraban los datos que el último le acababa de mostrar en la oficina.

—Éste es un gran trabajo de seis meses dijo Thorne cuando hubieron acabado Cuando nosotros llegamos aquí, una liebre no hubiera podido saltar por el sitio donde usted está sentado ahora, y actualmente vea lo que hemos hecho: cincuenta cabañas, cuatro comedores, dos de los almacenes más grandes que hay en el Norte de Winnipeg, una casa de correos, un hospital, tres herrerías, y un astillero para construir barcos.

—¡Un astillero! —exclamó Howland con verdadera sorpresa.

—Ciertamente, con un barco de cincuenta toneladas medio construido y prisionero en el hielo; usted podrá acabarlo en la primavera y lo encontrará utilísimo para llevar material desde Wekusko. Actualmente estamos empleando caballos por el hielo. Tuvimos una gran dificultad en procurarnos cincuenta de Le Pas. Y a la vez que todo esto, hemos construido seis millas de terraplén para el tendido de los rieles

al Sur, y tres al Norte. Hemos establecido un subcampamento en cada extremo de esta línea, pero muchos de los hombres prefirieron venir aquí de noche. —Se levantó y se puso en pie penosamente, cuando sonó un golpe en la puerta—. Es Mac Donald, el ayudante de nuestro campamento —explicó—. Le dije que estuviera aquí a las ocho. Es infatigable.

Un hombre pequeño, flaco, nervioso, con el pelo rojizo, penetró cuando Thorne abrió la puerta. En cuanto sus ojos se fijaron en Howland saltó hacia él con la mano abierta, sonriendo y moviendo la cabeza.

—¡Howland, naturalmente! —exclamó—. Encantado de verle. Vengo con cinco minutos de retraso; lo siento, pero están empleando un tiempo endiabladamente largo en preparar el barreno del túnel que vamos a volar esta mañana y me he entretenido.

De Howland giró hacia el otro ingeniero con la súbita movilidad de una ardilla.

—¿Cómo va ese brazo, Thorne? Y si todavía le queda a usted algún sentimiento de caridad, ¿quiere decirme si Jackpine me trajo cigarrillos de Le Pas? Si los olvidó, lo mato, tan seguro como...

—Los trajo, hombre —dijo Thorne—. Pero, ¿cómo va el túnel? Yo creí que ya habían prendido fuego al barreno.

—Así se hará ahora. El lado sur será volado a las diez en punto. Y la parte montañosa del Norte la volaremos a cualquier hora esta noche. Será un magnífico fuego de artificio; ciento veinticinco barriles de pólvora y cuatro cajas de dinamita de cincuenta libras cada una. Si no quiere usted ir andando hasta allí, Thorne, le llevaremos en un trineo.

—Lo siento, pero no puedo, Mac. Me voy en el correo del Sur. Por eso le necesito a usted con Howland y conmigo esta mañana. Usted se encargará de hacerle conocer todos los detalles del campamento.

—¡Magnífico! —exclamó el pequeño ayudante frotándose las manos con entusiasmo—. Gregson y Thorne han hecho algunas cosas notables, míster Howland. Abrirá usted los ojos cuando las vea. ¡Hablar de construir ferrocarriles! Los hemos superado a todos en mil cosas, atravesando selvas, pantanos y estas lomas tan frecuentes... y aquí estamos cerca del extremo de la Tierra. El nuevo Transcontinental no puede compararse con nosotros... El...

—Media vuelta, Mac —exclamó Thorne; y Howland se encontró riendo en la misma faz rojiza y pecosa del ayudante. Le agradó enormemente este hombre desde el principio.

—Es un manojo de hilos eléctricos, con doble carga en todo tiempo —dijo Thorne en voz baja cuando Mac Donald salió y no podía oírlo—, alegre como un chiquillo la mayor parte de las veces, querido por los obreros, pero un verdadero demonio cuando se irrita. No sé lo que este campamento habría sido sin él.

Este mismo pensamiento se le ocurrió a Howland una docena de veces durante las dos horas inmediatas. Los capataces y jefes de equipo parecían temer un tanto al ingeniero, pero lo que les alegraba los ojos con entusiasmo eran las alegres palabras

del pequeño y rojizo escocés. Éste —pensó Howland— no era el viejo Thorne que había sido el ojo, el oído y la lengua de la gran compañía constructora durante una década y cuyo ilimitado entusiasmo y amor al trabajo habían sido los principales factores que le habían proporcionado una reputación internacional. Comenzó a notar que Thorne mostraba una gran nerviosidad cuando se hallaba entre los obreros, una singular inquietud en sus ojos, como si buscara algún rostro determinado entre los que iban encontrando. Los sagaces ojos de Mac Donald observaron su perplejidad y aprovechó la primera oportunidad para susurrar:

—Creo que es tiempo de que Thorne vuelva a la civilización. Algo hay que no funciona bien en su sistema nervioso. Weston me dijo ayer que las heridas se le van curando muy bien. Yo no lo entiendo.

Poco después volvieron con Thorne a su cuarto.

—Yo necesito a Howland para que vea cómo volamos la parte sur del túnel —dijo Mac Donald—. ¿Puedo llevármelo? Volveremos antes del mediodía.

—Ciertamente. Vuelvan y almuercen conmigo a las doce. Entre tanto, yo haré aquí un repaso de las cosas que puedo haber olvidado. A Howland le pareció que había cierto tono de alivio en la voz de Thorne, pero nada dijo al ayudante cuando caminaban rápidamente al lugar donde había de hacerse estallar el primer barreno. La mina que se había hecho para ello —un túnel de cincuenta pies de longitud practicado en la roca maciza de la montaña y terminado en una cámara llena de explosivos— estaba cerrada por fragmentos de roca fuertemente apisonados, y Mac Donald mostró a su compañero por dónde pasaba el hilo eléctrico que había de hacer estallar el formidable barreno.

—Es un misterio para mí por qué Thorne no quiere ver volar esta loma —exclamó después que hubieron acabado la inspección—. Hemos trabajado tres meses haciendo esta mina y la otra mayor en la parte norte. Son cuatro mil pies cúbicos de roca los que van a volar aquí, y seis mil al otro lado. No se ven barrenos como éstos tres veces en la vida, y no encenderemos ninguno igual de aquí a la bahía. ¿Por qué Thorne no tiene la curiosidad de verlos?

Sin esperar una respuesta, Mac Donald fue rápidamente en dirección a una loma situada a la derecha. Se habían puesto guardias en todos los lados de la montaña, y sus emocionantes avisos de ¡fuego!, ¡fuego!, ¡fuego!, lanzados a través de los megáfonos de corteza de abedul, eran repetidos por el eco a través del páramo desolado, donde, al oírlos, había cesado todo trabajo.

En lo alto de la loma se había congregado medio centenar de hombres, y cuando Howland y el superintendente llegaron, los obreros se apartaron en torno a una piedra grande y plana, sobre la que se había instalado la batería eléctrica. La faz de Mac Donald enrojeció y sus ojos temblaron como libélulas cuando señaló a un pequeño botón.

—Bien, pero yo no puedo comprender por qué Thorne no siente la curiosidad de ver esto —dijo otra vez—. Piense usted en ello: ¡siete mil quinientas libras de pólvora

y doscientas de dinamita! Un contacto de este botón, una chispa a lo largo del hilo y la mecha está encendida. Luego cuatro o cinco minutos, y por el aire una montaña que estaba aquí desde que el mundo se creó. ¿No es glorioso todo ello? —se irguió y se quitó el sombrero—, *Monsieur* Howland, ¿quiere usted apretar el botón?

Con una extraña emoción, Howland se inclinó sobre la batería, dirigiendo sus ojos hacia la masa de rocas que descollaban hoscas y negras a media milla de distancia como con aire de reto ante el destino inminente. Temblando, oprimió con el dedo el pequeño botón blanco, y un silencio semejante al de la muerte se hizo entre los que esperaban. Un minuto... dos... tres... cinco pasaron mientras en las entrañas de la montaña iba ardiendo la mecha. Entonces llegó un sonido; y luego una lengua de llama asomó sobre sus crestas, y dos segundos más tarde llegó la explosión: un estruendo y una trepidación, como si la tierra sufriera una convulsión bajo sus pies; volutas de humo denso brotaron hacia arriba, envolviendo la montaña en un impenetrable palio de obscuridad; y en un instante estas volutas de humo negro que se desarrollaban y retorcían se hicieron cárdenas y una explosión semejante al disparo simultáneo de un millar de grandes cañones desgarró el aire. Tan rápidas como la vista pudieron percibir las, cortinas de llamas salieron sobre el mar de humo, ascendiendo más y más en relámpagos deslumbradores, hasta que las lívidas lenguas lamieron el aire cerca de un cuarto de milla sobre el desierto alarmado. Una explosión siguió, y otra y otra, resonando unas en cavernosos estampidos que el eco repetía, otras secas, como en el espacio libre. El cielo se manchó con fragmentos de roca; sólidas masas de granito de diez pies cúbicos fueron lanzadas a cien pies de distancia; rocas que pesaban una tonelada fueron despedidas todavía más lejos, como si no fueran más que guijarros arrojados por la mano de un gigante; trozos que hubieran aplastado desde el techo al basamento de un rascacielos, saltaron a un tercio y hasta media milla. Tres minutos duraron las horrorosas convulsiones. Luego las lívidas luces se extinguieron y el palio de humo se fue desvaneciendo. Howland sintió que le agarraban el brazo, se volvió silenciosamente y encontró la pálida faz del ayudante que le miraba con fijeza. Sus oídos le retumbaban todavía. Todas las fibras de su ser le parecían destempladas. Oyó la voz de Mac Donald, extraña y fantástica.

—¿Qué piensa usted de esto, Howland?

Los dos hombres se estrecharon las manos y cuando miraron ante sí otra vez vieron, todavía débilmente a través del polvo y del humo, solamente masas de rocas destrozadas donde había estado la gigantesca colina que cerraba el paso del nuevo camino a la bahía.

Howland habló durante la vuelta al campamento. La escena que acababa de contemplar le afectaba singularmente; le había despertado nuevamente sus viejas ambiciones, todo su antiguo entusiasmo; y, sin embargo, no lo expresó con palabras. Estaba alegre cuando terminó el almuerzo con Thorne, y cuando éste se hubo ido en el trineo del correo, aún fue su alegría más profunda. Ahora ya estaba él encargado; éste era su camino desde aquel instante. Estrechó la mano de Mac Donald con un

apretón más significativo que las palabras cuando se separaron. En su cabaña se quitó el abrigo, encendió la pipa, y probó a imaginar lo que todo esto significaba para él. Estaba encargado del mayor ferrocarril que actualmente se construía en el mundo, él, Jaime Howland, que no hacía aún veinte años era un rapaz descalzo, medio muerto de hambre, vendedor de periódicos en las calles de la ciudad, donde ahora era famoso. Y bien, ¿qué era aquel misterio que había venido a amenazar sus posibilidades de éxito ahora que casi acababa de ganar su gran combate? Se retorció las manos al recordar otra vez todo lo ocurrido —el cobarde ataque contra su vida, las advertencias—, y su sangre se caldeó hasta alcanzar la temperatura de la fiebre. Esta noche —después de haber visto a Melisa— sabría lo que tenía que hacer. Pero él no huiría como lo habían hecho Gregson y Thorne. A eso estaba resuelto.

El crepúsculo vespertino empieza pronto en el invierno del Norte, y se iba haciendo ya densa la obscuridad cuando llegó hasta él el sonido de una voz desde fuera de la cabaña, seguida un momento después por un fuerte golpe en la puerta. A la invitación de Howland la puerta se abrió y en ella apareció la cabeza de un obrero.

—Algo malo ha ocurrido en el túnel del Norte, señor, y míster Mac Donald le ruega que vaya usted cuanto antes —dijo—. Me envía con un trineo para que le lleve.

—Mac Donald me dijo que todo estaba dispuesto para prender fuego al barreno —dijo Howland poniéndose el sombrero y el abrigo—. ¿Qué ha pasado?

—Mal atacado el barreno, supongo. Le oí indignarse por eso. Está impaciente porque vaya usted. Media hora después, el trineo corría junto al paraje donde a primera hora de la mañana Howland había visto un equipo de obreros preparando sacos de pólvora y dinamita.

Media docena de linternas lucían entre las rocas; pero no había indicio de movimiento ni de vida. El acompañante de Howland dio un gran chasquido con su látigo y en respuesta a él llegó un «¡hola!» pronunciado en voz baja desde la sombra.

—Ahí está Mac Donald, señor. Lo encontrará usted subiendo a la derecha, cerca de la segunda luz, donde el túnel comienza. Está regañando a algunos obreros que han ejecutado mal sus órdenes.

—Entendido —replicó Howland lanzándose hacia las rocas.

No había dado una docena de pasos, cuando un objeto negro, lanzado detrás de él, le dio con fuerza aplastante en la cabeza. Con un grito de dolor cayó boca abajo. Durante unos instantes tuvo conciencia de que sonaban voces en torno de él, advirtió que lo levantaban y lo llevaban en brazos, y que después lo conducían de manera que sus pies arrastraban por el suelo. Luego le pareció que se hundía hacia abajo, muy hacia abajo... hasta que perdió la conciencia de sí mismo en un caos de espesas tinieblas.

Capítulo VIII

La hora de la muerte

UNA pupila roja, que le miraba fijamente, sin pestañear, desde el fondo impenetrable de las tinieblas una cosa monstruosa y fulgurante que le hacía recuperar el sentido de la vida con una emoción de horror —fue lo primero que Howland percibió al volver en sí. Estaba inmóvil frente a él, al nivel de su rostro— una bola de fuego amarillento que parecía arder dentro de su propio espíritu—. Probó a gritar, pero ningún sonido salió de sus labios; intentó moverse, huir, pero no pudo mover sus piernas. La pupila se hizo mayor. Vio que se esclarecía tanto que se rodeaba de un halo, y el halo se ampliaba ante sus ojos hasta desvanecer algo las densas tinieblas que le rodeaban. Entonces se dio cuenta. Era una linterna encendida a unos diez pasos de él. Tuvo conciencia de las cosas e hizo, otro esfuerzo para gritar y soltar sus brazos de la invisible presión que los tenía sujetos. Al principio pensó que esta presión procedía de manos humanas. Luego, a medida que la luz de la linterna le fue revelando las cosas con más claridad y dejándole ver hasta el perfil de su propia silueta, vio que era una cuerda y conoció que estaba imposibilitado para gritar a causa de algo rígido y sofocante sujeto sobre su boca.

Recordó la verdad rápidamente. Había llegado al túnel de la colina. Alguien le había golpeado. Recordó que unos hombres le habían medio arrastrado sobre las rocas y amordazado y dejado allí, con la linterna encendida ante su rostro. Pero ¿dónde se encontraba? Alzó los ojos intentando explorar las tinieblas. Ante él, inmediatamente detrás de la luz, había un muro negro; no podía mover la cabeza, pero vio dónde aquel muro terminaba hacia el lado izquierdo. Volvió la mirada hacia arriba y vio la misma aprisionadora barrera de roca. Miró hacia abajo y el grito de horror que estalló en su garganta se extinguió en un ahogado quejido. La luz alumbraba débilmente un saco... dos... un apretado montón de ellos.

Se dio cuenta ahora de lo ocurrido. Estaba encerrado en el túnel y los sacos puestos a su alrededor eran de pólvora. Estaba sentado en algo duro: una caja con cincuenta libras de dinamita. Un sudor frío corrió en gotas por su faz, brillando a la claridad de la linterna. Entre sus pies, un fino, blanco, fantasmal hilo se alargaba

hasta perderse entre las sombras tras de la linterna. ¡Era la mecha, unida a la caja de dinamita en que estaba sentado!

Forcejó locamente contra las correas que lo aprisionaban hasta que cayó exhausto contra la hilera de sacos de pólvora que había a su espalda. Como palabras de fuego, la última advertencia de Melisa ardía en su cerebro: «¡Debe usted irse mañana... mañana... o ellos le matarán!». Así de este modo iba a morir. Flameó ante sus ojos el terrible espectáculo que había presenciado una hora antes, el infierno de fuego, humo y truenos que había deshecho una montaña, un caos de agitadas furias, y en aquel momento su corazón pareció dejar de latir. Cerró los ojos y trató de serenarse. ¿Era posible que existieran hombres bastante crueles para condenarle a aquel suplicio? ¿Por qué no le habían matado sus enemigos desde el primer instante, entre las rocas, en vez de traerlo a este lugar? Hubiera sido más fácil, más rápido, menos complicado para ellos. ¿Por qué deseaban torturarlo? ¿Qué terrible crimen querían vengar en él? ¿Estaba acaso loco, y todo esto no era más que una espantosa pesadilla, una delirante e irreal contorsión de las cosas en su cerebro? En esta hora de muerte se hizo pregunta tras pregunta sin poderse responder a ninguna. Se sentó un instante, conteniendo la respiración. No se oía ruido alguno, salvo el latir de su propio corazón. Pero de pronto percibió otro, débil al principio, emocionante, obsesionante.

Tic-tic-tic...

Era el ruido de su reloj. Un espasmo de horror recorrió su cuerpo.

¿Qué hora era?

Aquella parte del túnel iba a ser volada a las nueve. Eran las cuatro cuando dejó su cabaña. ¿Cuánto tiempo había permanecido en estado de inconsciencia? ¿Qué hora era en aquel instante? ¿Estaba ya Mac Donald oprimiendo aquel pequeño botón blanco que le habría de lanzar a él a la eternidad?

Luchó otra vez, rechinando furiosamente los dientes contra la cosa que le oprimía la boca, destrozándose la carne de las muñecas en las cuerdas que le ataban, estrangulándose casi en sus esfuerzos contra la cuerda que le sujetaba el cuello. Exhausto otra vez, se abandonó, jadeando, medio muerto. Mientras yacía con los ojos cerrados tuvo un destello de razón. Al fin y al cabo, ¿era tan cobarde que se iba a volver loco?

Tic-tic-tic...

Su reloj latía a una velocidad furiosa. ¿Se había acaso descompuesto? ¿Iba demasiado aprisa? Intentó contar los segundos, pero se le escapaban velozmente. Cuando abrió los ojos otra vez, su mirada cayó sobre la pequeña lengua de fuego amarilla que oscilaba dentro de la linterna. No era el ojo inmóvil, fijo, de pocos minutos antes. Había en torno a la llama un chisporroteo que parecía, debilitarla, y, a medida que la observaba, la luz se iba haciendo más y más pequeña. La llama iba a apagarse. Unos pocos minutos más y se hallaría en las tinieblas. Al principio no se dio cuenta de lo que aquello significaba para él. Luego se enderezó con un tirón que puso en tensión la correa en torno a su cuello hasta casi estrangularle. Debían haber

pasado varias horas desde que la linterna había sido puesta en la roca. De otro modo no se habría agotado ya el aceite.

Por primera vez, Howland se dio cuenta de que se iba haciendo cada vez para él más difícil respirar. La correa que le rodeaba el cuello se iba poniendo más tirante, lenta, inexorable, semejante a una banda de acero, y súbitamente, a causa de esta tensión, se encontró con que había recobrado la voz.

—¡Este endiablado trozo de cuero me está oprimiendo la nuez!

Lo que le había estado amordazando se había deslizado y caído, y sus palabras sonaron huecas y ahogadas en la cámara de roca. Probó a alzar la voz dando un grito, aunque conoció cuán inútiles serían sus más fuertes alaridos. El esfuerzo lo agotó. Su sufrimiento se iba haciendo una tortura. Agudos dolores como producidos por agujas incandescentes le atravesaban las piernas. La espalda le dolía igualmente, y su cabeza le hacía sufrir como si le hubieran abierto con un cuchillo la base del cráneo. La sensibilidad de sus piernas le iba abandonando. No percibía ninguna sensación en sus pies paralizados. Sintió la parálisis ganando sus piernas pulgada a pulgada, ahuyentando los agudos dolores, y en aquel momento un grito de horror salió de sus labios.

¡La luz se había apagado!

Como si esta extinción de la pequeña llama fuera la señal de su muerte, a sus oídos llegó un brusco sonido como un silbido, una chispa saltó dentro de las tinieblas que había ante sus ojos, y una lucecita lenta, rastreante, se deslizó hacia él sobre la roca, a sus pies.

¡La hora... el minuto, el segundo habían llegado y Mac Donald había oprimido el botoncito que lo iba a enviar a la eternidad! No gritó. Comprendió que su fin estaba próximo y en su ansiedad encontró nuevas fuerzas. Una vez había visto a un hombre subir al cadalso, y cuando el reo había pronunciado sus últimas palabras de despedida con la cuerda en torno al cuello, se había maravillado de la claridad de su voz, del valor que mostraba aquel hombre en sus últimos instantes sota la Tierra.

Ahora lo comprendía bien. Pulgada a pulgada la mecha había ardido en un quinto de su longitud, ahora un cuarto, ahora un tercio. Dos minutos más de vida. Puso toda su fuerza una vez más en el intento de libertar sus manos. Esta vez su tentativa era fría, firme. No le quedaban de vida sino un centenar de segundos. Su corazón dio un salto en su pecho cuando sintió que algo cedía. Otro esfuerzo, y en el montón de sacos de pólvora se ahogó un emocionado grito de triunfo. ¡Tenía las manos libres! Las alargó hacia la mecha y esta vez se le escapó un quejido lúgubre, sin palabras, desvanecido, aterrorizado, con todo el horror que el espíritu humano pudiera poner en un sonido inarticulado. No podía llegar a la mecha a causa de la correa que le sujetaba el cuello.

Pensó en su cuchillo. Lo había dejado en su cuarto. ¡Sesenta segundos más... cuarenta... treinta! Veía el furioso extremo de la mecha ardiente casi a sus pies. Súbitamente sus dedos, que andaban a tientas, tropezaron con el acero frío de su

revólver y con una última esperanza lo sacó, alargando el cañón hasta que su extremo estuvo casi a una docena de pulgadas de la chispa mortal. Al primer disparo saltó, pero no se extinguió. Después del segundo ya no estaba la rastreadora cosa vivaz en el suelo, y recostando la cabeza en los sacos, Howland permaneció durante muchos minutos como si la muerte hubiera llegado en el momento de su liberación. Después de un rato, con tediosa lentitud, buscó en los bolsillos de su pantalón un cortaplumas que llevaba. Empleó largo tiempo en cortar la correa de su cuello. Después cortó las cuerdas que le habían mantenido sujeto por los tobillos.

Hizo un esfuerzo para levantarse, pero apenas se había puesto en pie cuando sus piernas insensibles cedieron y cayó sobre un montón de tierra. Lentamente la sangre volvió a encontrar su camino por sus venas oprimidas, y con aquel cambio le invadió un sentimiento de infinita tranquilidad. Se tendió en el suelo, boca arriba, pensando únicamente que estaba salvado, que había superado una vez más a sus misteriosos enemigos, y que se sentía bien. No hizo esfuerzo alguno para pensar, para plantear su liberación de aquel encierro. Junto a él había pólvora y dinamita y la pólvora y la dinamita no podían explotar sin que manos humanas llegaran a ponerle una nueva mecha. Mac Donald haría eso muy pronto, y con esta certeza cayó en un sopor que casi era un sueño. En su semiinconsciencia no llegaba hasta él otro ruido que el terrorífico tictac de su reloj. Le pareció estarlo escuchando desde hacía muchas horas cuando de pronto comenzó a oír otro sonido, el tictac de otro reloj.

Se incorporó, asombrado, asustado, y luego se echó a reír jubilosamente cuando percibió el son más distintamente. Era el golpe de los picos en las rocas exteriores. Ahora los obreros de Mac Donald estaban reabriendo la boca del túnel. En media hora se encontraría otra vez en el ancho mundo de los vivos.

Tal pensamiento lo hizo ponerse de pie. La insensibilidad de sus piernas había desaparecido y podía andar de un lado a otro. Su primer acto fue encender un fósforo y mirar su reloj.

—¡Las diez y media!

Pronunció las palabras en voz alta, pensando en Melisa. Dentro de hora y media tenía que verla en la senda. ¿Estaría libre con tiempo bastante para llegar a la cita? ¿Cómo explicaría su prisión dentro del túnel de manera que Mac Donald lo dejara irse sin pérdida de tiempo? Como el ruido de los picos se aproximaba, su cerebro comenzó a discurrir rápidamente. ¡Si pudiera eximirse de dar explicaciones hasta mañana y entonces revelar todo el cobarde enredo a Mac Donald! Entonces habría tiempo para explicaciones, para lanzarse a la caza de sus criminales agresores, y entre tanto habría podido cumplir a Melisa su palabra.

No tardó en encontrar la solución para que este plan pudiera ser llevado a cabo, y haciendo un manojo de las cuerdas y las correas rotas las escondió entre dos sacos de pólvora de modo que quienes entrasen en el túnel no descubrieran indicios de su terrible secuestro. Junto a la boca del túnel había una negra grieta en el muro de roca, construida para una carga de dinamita, en la que podía esconderse. Cuando los

obreros estuvieran ocupados examinando el extremo de la mecha rota, saldría y se reuniría con ellos. Parecería que, había penetrado en el túnel tras ellos.

Media hora más tarde una masa de roca cayó a sus pies y minutos después vio una sombría silueta humana arrastrándose por el agujero que se había producido. Una segunda silueta siguió, luego una tercera, y la primera voz que oyó fue la de Mac Donald.

—Déme una linterna, Bucky —dijo, y un resplandor luminoso entró en la cueva negra. Los obreros anduvieron con precaución hasta la mecha y Howland vio al ayudante ponerse de rodillas.

—¿Qué demonio ha sido esto? —le oyó exclamar, y luego hubo un silencio. Tan suavemente como un gato, Howland se aproximó a la entrada y produjo un ruido de piedras. Al mismo tiempo preguntó en alta voz:

—¿Qué ha pasado, Mac Donald?

Fríamente se unió al pequeño grupo. Mac Donald alzó la cabeza, y cuando vio al nuevo jefe inclinándose hacia él, sus ojos revelaron un ilimitado asombro.

—¡Howland! —balbuceó.

Fue todo lo que dijo; pero en esa palabra única y en la extraña excitación que mostró su faz, Howland leyó lo que le hizo volverse rápidamente a los obreros dándoles la primera orden como general en jefe del camino que había de llegar hasta la bahía.

—¡Fuera del túnel todo el mundo, muchachos! —dijo—. No tenemos nada que hacer hasta mañana por la mañana.

Y a Mac Donald, cuando los obreros se alejaban, le advirtió en voz baja:

—Guarde usted la entrada del túnel con media docena de obreros de confianza esta noche, Mac Donald. Conozco cosas que me harán investigar esto mañana. Ahora voy a dejar a usted en cuanto salgamos fuera. Difunda usted el rumor de que no ha sido sino que la mecha era mala. ¿Entendidos?

Se arrastró fuera, delante del ayudante, y antes de que Mac Donald hubiera salido del túnel se había perdido entre las sombras de la noche, débilmente alumbrada por las estrellas, y caminaba hacia el lugar de su cita con las más extrañas y diabólicas maquinaciones jamás urdidas en cerebro humano.

Capítulo IX

La cita

FALTABA todavía cerca de una hora cuando Howland llegó al lugar apartado de la senda donde tenía que verse con Melisa. Oculto entre las espesas sombras de los matorrales, se sentó en el extremo de un tronco de abeto caído, y cargó su pipa teniendo cuidado de encenderla escondiendo la llama en el hueco de sus manos. Por primera vez desde su percance del túnel se encontró libre de pensar, y más que nunca comprendió la necesidad de proceder con juicio y fríamente en lo que hubiera de hacer. Gradualmente, también volvió a recuperar su confianza en Melisa. Su sangre le hormigueaba con un ardor de fiebre en su deseo de venganza, en su anhelo de castigar a los diabólicos seres que habían intentado pulverizarlo, y, sin embargo, no había en él rencor hacia la muchacha. Estaba seguro de que ella era un factor involuntario en la intriga y que, al contrario, hacía todos los esfuerzos posibles para salvarlo. Al mismo tiempo comenzó a pensar que no debía dejarse convencer por sus súplicas. Había prometido —a cambio de las confidencias que le haría esta noche— dejar sin castigo a los que ella trataba de escudar. Retiraría su promesa. Antes de que ella le revelara nada, le advertiría que estaba resuelto a descubrir a los que habían querido matarle.

Era cerca de medianoche cuando volvió a mirar su reloj. ¿Sería posible que Melisa no viniera? No podía convencerse de que ella conocía su encierro en el túnel, este segundo ataque contra su vida. Y, sin embargo... si ella lo sabía...

Se levantó del tronco y comenzó a pasear lentamente en las tinieblas, agitado el cerebro por mil pensamientos contradictorios. Los que le habían aprisionado conocían su evasión desde hacía una hora. Muchas cosas podían haber ocurrido en ese tiempo. Quizá estaban huyendo del campamento. Asustados por su fracaso y temiendo el castigo que caería sobre ellos una vez descubiertos, no era improbable que a esta hora estuvieran ya a muchas millas de Wekusko, huyendo vertiginosamente por el páramo en dirección al Norte. ¡Y Melisa estaría con ellos!

Súbitamente, oyó un paso, un rápido y ligero paso, y con un grito de reconocimiento saltó fuera de su escondite, hacia donde caía la luz de las estrellas,

para reunirse con la pálida, delicada, jadeante mujer que corrió hacia él saliendo de entre los espesos muros de árboles de la selva.

—¡Melisa! —murmuró débilmente.

Le alargó las manos y la muchacha se echó en sus brazos, acariciándole el pecho y apartando ligeramente su rostro para mirarle fijamente con expresión de gran horror.

—Ahora... ahora... —sollozó—, ahora ¿sé iré?

Sus manos dejaron el pecho de Howland y le subieron a los hombros; lentamente se deslizaron sobre ellos y como él la ceñía más estrechamente en silencio, ella dio un grito ahogado y dejó caer la cabeza sobre el hombro del ingeniero, sacudido todo su bello cuerpo por una convulsión de pena y terror que le asustó.

—¿Se irá usted? —sollozó ella una y otra vez—. ¿Se irá usted? ¿Se irá usted?

Él deshizo sus dedos por entre los sedosos cabellos de la muchacha, acercando al de ella su rostro.

—No, no me iré, querida —replicó en voz baja, pero firme—. No me iré después de lo que ha ocurrido esta noche.

Ella se apartó tan rápidamente como si le hubiera golpeado, libertándose hasta del contacto de sus manos.

—He sabido lo ocurrido... hace una hora —dijo con voz ahogada—. Yo los escuché cuando hablaban sin que sospecharan mi presencia. —Se detuvo para dominarse—. Debe usted dejar el campamento... esta noche.

En la sombra vio brillar los dientes de Howland. No había miedo en su sonrisa. Rió amablemente en el instante en que la cogía el rostro entre sus manos otra vez.

—Necesito retirar la promesa que hice a usted anoche, Melisa. Daré a usted tiempo para que avise a quienquiera que desee proteger. Pero no me volveré al Sur. Desde este instante comienzo la caza de esos demonios cobardes que han intentado asesinarme. Antes del alba todos los hombres de Wekusko saldrán en su busca, y si los encontramos, no habrá piedad para ellos. ¿Quiere usted ayudarme o...?

Ella le apartó las manos de su rostro, separándose antes de que hubiera acabado de hablar. Él vio un repentino cambio en su expresión; de sus labios desapareció el gesto amable; de la mortal palidez de su rostro huyeron la mirada de súplica y las líneas temblorosas del miedo. Había algo extraño en su voz cuando le habló, algo de la misma firme decisión con que Howland le había hablado a ella, pero sin gentileza y sin amor.

—¿Quiere usted decirme qué hora es?

La pregunta era casi incongruente. Howland miró la esfera de su reloj a la luz de las estrellas.

—Las doce y cuarto. La débil sombra de una sonrisa pasó por los labios de la muchacha.

—¿Está usted seguro de que su reloj no adelanta?

Con mucho asombro la miró Howland.

—Porque tendría mucha importancia para usted y para mí si realmente no fueran las doce y cuarto —continuó Melisa con una creciente luz en sus ojos. Súbitamente se acercó a él y le cogió el rostro con ambas manos, reteniéndole los brazos con los suyos—. Escúcheme —murmuró—, ¿no habrá nada, nada que le haga a usted cambiar su resolución y volverse al Sur... esta misma noche?

La proximidad de la dulce faz, el contacto de las manos de la muchacha, el suave aliento de su boca produjeron a Howland un loco impulso de obedecerla en todo. Durante un instante vaciló.

—Sólo una cosa podría haber capaz de hacerme marchar esta misma noche. Una sola cosa —replicó con voz que temblaba con el gran amor que le emocionaba—. Por usted, Melisa, yo lo abandonaría todo, ambición, fortuna, la construcción de este ferrocarril. Si yo me voy esta noche, ¿se vendrá usted conmigo? ¿Me promete usted ser mi mujer en cuanto llegemos a Le Pas?

Una mirada de ternura inefable llegó a él desde los bellos ojos tan cercanos a los suyos.

—Eso es imposible. Usted no me amará cuando sepa quién soy..., lo que he hecho...

Él la detuvo.

—¿Ha hecho usted algo malo, muy malo?

Por un momento los ojos de ella titubearon. Luego, vacilante, murmuró:

—Yo... no lo sé... Creo que sí... Pero no es eso... no es «eso».

—¿Quiere usted decir... que no tengo derecho a decirle que la amo? —le preguntó—. ¿Quiere usted decir que no puede escuchar mis palabras de amor sin faltar a su deber?... Yo... yo... di por supuesto que era usted soltera, que...

—No, no, no es eso —exclamó ella rápidamente entendiéndolo—. No es ese obstáculo que usted supone.

—Nuevamente —le preguntó—: ¿Quiere decirme qué hora es?

Miró otra vez el reloj.

—Las doce y veinticinco.

—Subamos un poco por la senda dijo ella —tengo miedo aquí.

Ella iba delante, y pasó rápidamente más allá del lugar donde la senda se bifurcaba en dirección a la cabaña de Howland. Doscientas yardas más lejos había un árbol caído, en el que se sentó apartándose un poco para que él se sentara a su lado. La espalda de Howland daba a unos espesos matorrales que estaban detrás de ellos. La miró al rostro, pero ella había apartado su mirada. Súbitamente, se puso en pie y se situó frente a él.

—¡Ahora —gritó—; ahora! —y a esa señal los brazos de Howland fueron sujetados por detrás y un instante después estaba luchando débilmente bajo la presión de fuertes brazos que se habían ceñido en torno a él como cables de acero y el grito que se le escapó fue ahogado por una mano que se posó en su boca. Por un instante vio a la muchacha pálida que permanecía en la senda. Luego fuertes manos le

hicieron quedar tendido, mientras otras le ataban las muñecas y otras le sujetaban las piernas. Todo había ocurrido en pocos segundos. Inesperadamente atado y amordazado, permanecía boca arriba en la nieve, oyendo las voces apagadas que llegaban hasta él desde el otro lado de los matorrales. No podía entender nada de lo que decían, y, sin embargo, estaba seguro de que entre ellos sonaba la voz de Melisa.

Las voces se apagaron más y más. Oyó pasos que se retiraban y al final dejaron totalmente de percibirse. Por una hendidura entre los árboles columbró sobre él las estrellas blancas, frías, de la noche, que chispeaban en lontananza, y que al cabo de un rato de mirarlas le pareció que saltaban y danzaban en el cielo. Anheló gritar, defenderse, combatir. En estos instantes en que estaba boca arriba atado en la nieve, un millón de demonios parecían brotar de su sangre. ¡La muchacha le había traicionado de nuevo! Esta vez no podía encontrar excusa ni perdón para ella. Había aceptado su amor, permitiéndole besarla, tenerla entre sus brazos, mientras a su espalda estaba fraguando la maquinación hipócrita que había de anonadarle por segunda vez. Deliberadamente había dado la señal para el ataque, y ahora...

Oyó otra vez el paso ligero y rápido que había reconocido en la senda. Los matorrales se entreabrieron y a la luz de las estrellas Melisa cayó de rodillas a su lado, su faz gloriosa inclinándose sobre la de él con una expresión de dolor que nunca le había visto, y los ojos brillando sobre los suyos con un gran amor. Sin hablar levantó la cabeza del prisionero en el arco de su brazo y se apretó contra él besándolo, pronunciando su nombre en un suave sollozo.

—¡Adiós! —la oyó murmurar—. ¡Adiós, adiós! Luchó por gritar cuando ella le dejaba caer blandamente de nuevo la cabeza en la nieve, por libertar sus manos, por estrecharla contra sí..., pero sólo vio su faz una vez más, inclinándose sobre él; sintió la tibia presión de sus labios sobre la frente, y de nuevo pudo oír sus pasos que se alejaban a través de la espesa selva.

Capítulo X

Una carrera hacia el Norte

QUE Melisa le amaba, que le había cogido la cabeza entre sus manos y besado, fue el único pensamiento que ocupó el cerebro de Howland durante muchos minutos después que ella lo hubo dejado atado y amordazado en la nieve. Que ella, no hiciera esfuerzo alguno para libertarle no se le ocurrió al principio como algo significativo. Todavía sentía el dulce el suave contacto de sus labios, la presión de sus brazos, la suave opresión de sus cabellos. Hasta que no oyó sonidos que se aproximaban no volvió a la plena conciencia, del misterioso suceso que le había ocurrido. Oyó primero el crujido de un trineo en la dura corteza helada de la nieve, luego el pataleo de los perros y después las voces de los hombres. Los sonidos se detuvieron en la senda a unos doce pasos de él.

Con extraña emoción reconoció la voz de Croisset.

—Procure usted no equivocarse —oyó decir al mestizo—. Vaya usted al salto de agua que hay al extremo del lago y empuje, una roca donde el hielo está roto y corre el agua. Haga usted en la nieve señales con las botas claveteadas de míster Howland, las que tienen grandes tacones, de modo que parezca que anduvo por allí. Deje usted el sombrero del ingeniero en los matorrales. Luego dirá usted al ayudante que Howland subió a la roca y que ésta se hundió y le hizo caer en la grieta. Nunca podrán encontrar su cuerpo... y enviarán a buscar otro ingeniero en lugar del ahogado.

Estupefacto de horror, Howland hizo lo posible por enterarse del plan frío y cruel que estaba escuchando, pero las voces se hicieron más bajas y no oyó más hasta que Croisset habló en voz alta:

—Ayúdeme a transportar al señor, Jackpine, antes de irse. Pesa como un muerto con todas estas correas que le sujetan.

Con la misma indiferencia que si fuera un haz de leña, Croisset y el indio llegaron a través de los matorrales, lo cogieron por la cabeza y los pies, lo condujeron por la senda y lo pusieron tendido en el trineo.

—Supongo que no habrá usted cogido frío en la nieve, señor —dijo Croisset poniendo una almohada bajo la cabeza y los hombros del ingeniero y cubriéndolo con

pieles—. Hubiéramos vuelto antes, pero era imposible. ¡Hola, Woonga! —gritó al primero de los perros—. ¡Vamos allá, perro lobo!

Cuando el trineo partió, con Croisset corriendo al lado del primer perro, Howland oyó el chasquido de otro látigo tras él y el sonido de otra voz arreando otros perros. Con un esfuerzo que casi le dislocó el cuello trató de ver si podía mirar atrás. Un centenar de yardas tras de él atisbó otro trineo que iba siguiendo sus huellas. Vio una sombría silueta corriendo a la cabeza de los perros, pero no pudo ver ni adivinar quién iba en el trineo, ni qué significaba todo aquello. Milla tras milla prosiguieron su ruta los dos trineos. Croisset no volvió la cabeza. De su boca no salió ni una palabra, excepto de vez en cuando alguna voz a los perros. La senda había torcido ahora hacia el Norte, y pronto Howland dejó de saber dónde se hallaba, dándose sólo cuenta de que el camino se retorció entre los lugares más abiertos de la selva y de que la estrella polar no brillaba a su derecha ni a su izquierda, sino siempre enfrente de él.

Habían viajado varias horas cuando Croisset dio una voz al trineo que venía detrás y detuvo el suyo. Los perros cayeron en un grupo jadeantes en la nieve y mientras descansaban el mestizo quitó al prisionero la blanda piel de ante que le había servido de mordaza.

—Ahora podrá usted hablar sin peligro cuanto quiera y gritar tan fuerte como tenga gana —dijo—. Cuando haya registrado sus bolsillos le desataré las manos para que pueda fumar. ¿Va usted bien?

—¿Bien?... ¡Bien fastidiado! —fueron las primeras palabras que salieron de la boca de Howland, y su sangre ardió al ver el tono amistoso con que Croisset gesticulaba ante él—. También usted está complicado en esto, ¿eh?... Y esa muchacha embustera...

La sonrisa desapareció de la faz de Croisset.

—¿Quiere usted decir Melisa, señor?

—Sí.

Croisset se inclinó sobre él, brillándole los ojos como ascuas.

—¿Sabe usted lo que yo haría si fuera ella, señor? —dijo en voz baja, y, sin embargo, en un tono de amenaza que retuvo las palabras apasionadas que el ingeniero iba a pronunciar—. ¿Sabe lo que yo haría? Le mataría a usted poco a poco... le torturaría. Eso es lo que yo haría.

—Por el nombre de Dios, Croisset, dígame por qué... ¿por qué?

Croisset había encontrado la pistola de Howland y libertado sus manos; el ingeniero las alargaba hacia él suplicantes.

—Yo daría mi vida por esa muchacha, Croisset. Se lo dije allí, y ella se me acercó cuando yo estaba tendido y sujeto en la nieve y... —Se detuvo, dejando incompleto lo que iba a decir—. Aquí hay algún error, Croisset. Yo no soy la persona que «ellos» quieren matar.

Croisset volvió a sonreír ante él de nuevo.

—Fume usted y medite, señor. Me es imposible decirle por qué debe usted ser muerto; pero debe saberlo, a menos que su memoria sea más corta que la de un niño.

Se acercó a los perros, haciéndolos levantar con un chasquido de su látigo, y cuando Howland se volvió hacia atrás vio una pequeña luz donde el otro trineo se había detenido. La voz de un hombre llegó desde la sombra, llamando a Croisset en francés.

—Me dicen que debo llevármelo a usted solo —dijo Croisset luego de haber replicado a las palabras pronunciadas en la lengua que Howland no había podido entender—. Se nos reunirán muy pronto.

—¡Ellos! —exclamó Howland—. ¿Cuánto tardarán en matarme, Croisset? El mestizo le sonrió otra vez.

—Debe dar gracias a la Virgen de que ellos estén con nosotros —dijo apaciblemente—. Si usted tiene alguna esperanza fuera del Cielo, señor, está en ese trineo que viene tras de nosotros.

Como se dirigió otra vez a los perros, conduciendo al primero tras de sus huellas, Howland miró hacia atrás y vio un hombre añadiendo combustible a la hoguera que apenas desvanecía en un pequeño espacio las tinieblas, y que alumbraba confusamente entre las sombras: de los árboles un grupo de perros y un trineo. Al esforzarse poco para descubrir algo más, notó un movimiento tras de la silueta del hombre inclinado sobre el fuego y el corazón del joven ingeniero se agitó con súbita emoción. La voz de Croisset sonó con agudo grito tras de él, y al oír aquella advertencia en francés, la segunda silueta retrocedió hacia la sombra. Pero Howland la había reconocido y la sangre helada en sus venas se caldeó vivamente otra vez al ver que era Melisa, que iba siguiéndole las huellas en el segundo trineo.

—Cuando vaya a aullar de esta manera, dígame antes, si hace el favor —dijo Howland hablando fríamente al mestizo como para darle a entender que no había reconocido el rostro que un instante había entrado en la zona luminosa—. Es bastante para asustar a uno.

—Es nuestra manera de decir adiós, señor —replicó el mestizo con un fuerte chasquido de su látigo—. ¡Hola, vamos allá! —gritó a sus perros, y en media docena de pasos se perdió la hoguera de vista.

El alba apunta alrededor de las ocho en el invierno del Norte. Más allá del paralelo 50°, los primeros rayos rojizos del sol comienzan a calentar el cielo hacia el Sudoeste a las nueve, y su luz se había extendido ya sobre las selvas antes de que Croisset detuviera el trineo otra vez. Durante dos horas no había dirigido la palabra al prisionero y después de algunos esfuerzos inútiles para romper el mutismo del otro, Howland se mantuvo igualmente silencioso. Cuando hubo hecho detenerse a sus perros fatigados, Croisset habló por primera vez.

—Vamos a un campamento que está a algunas horas de aquí —explicó Si usted me da su palabra de honor de no escaparse, le permitiré usar sus piernas hasta después de almorzar.

—¿Tiene usted una Biblia, Croisset?

—No, señor; pero tengo una medalla de la Virgen que me dio un misionero en la factoría de York.

—Entonces se lo juraré por ella, por todas las medallas y todas las Biblias del mundo, que no intentaré escaparme. Estoy paralítico, Croisset. No podré andar en una semana.

Croisset estaba buscando en sus bolsillos.

—¡Dios mío! —exclamó excitado—, ¡la he perdido! ¡Ah, no! Es que se la he dado a mi Mariana antes de irme hacia el Sur. ¡Pero yo aceptaré su palabra de honor, señor!

—¿Y quién es Mariana, Juan? ¿Está también complicada en este complot?

—Mariana es mi mujer, señor. Ah, mi bella Mariana, querida mía, la hija de una princesa india y de un jefe de batallón. ¿Puede haber algo mejor, que eso? Y es hermosísima, señor, con un pelo semejante al ala del cuervo brillando al sol, y...

—¿La quiere usted mucho, Juan?

—Tanto como a la Virgen... y puede que un poco más.

Croisset había roto la cuerda que sujetaba las piernas del ingeniero y al levantar sus ojos brillantes, Howland le alcanzó y puso ambas manos en sus hombros.

—Pues de la misma manera amo yo a Melisa —dijo apaciblemente Juan, ¿no quiere usted ser mi amigo? Yo no pretendo escaparme. No soy cobarde. ¿No piensa usted en lo que podría ser de su Mariana, y no querrá usted ser mi amigo? Usted moriría por ella si fuera preciso. Pues yo lo haría por la muchacha que viene tras de nosotros en ese trineo.

Se había puesto en pie y señalaba hacia las selvas de donde venían.

—La vi a la luz de la hoguera, Juan. ¿Por qué nos sigue? ¿Por qué quiere matarme? Si Usted me diera una sola posibilidad de probar que todo esto es un error, que yo...

Croisset se aproximó y le cogió la mano.

—Señor, yo quisiera ayudarle —le interrumpió—. Le tengo afecto desde aquella noche en que nos conocimos en la senda. Desde entonces le he querido. Y, sin embargo, si yo estuviera en lugar de «ellos» le mataría a usted aunque le quiero. Es un gran deber matar a usted. No hicieron mal cuando probaron a matarlo en la senda. Pero yo he jurado solemnemente no decirle nada; nada más que esto: mientras esté usted conmigo y con ese trineo tras de nosotros, su vida no está en peligro. No le diré a usted nada más. ¿Tiene usted hambre, señor?

—¡Muchísima!

Dio tres o cuatro tropezones en la nieve, porque el entumecimiento de sus piernas le forzaba a cogerse a las ramas y a los árboles para no caerse. Estaba asombrado de las palabras del mestizo y más confuso que antes por la seguridad que Croisset le había dado de que su vida no corría un inmediato peligro. Pero estaba seguro de que Melisa no sólo le había advertido, sino que ahora estaba actuando para conservarle la

vida, y esta conclusión le aumentaba la perplejidad. ¿Quién era esa muchacha que unas horas antes lo había hecho caer en una emboscada y ahora estaba maniobrando para salvarle? La pregunta significaba más para él que cuando se la había hecho por primera vez en Príncipe Alberto. Y cuando Croisset lo llamó para que se acercara a la hoguera y tomara el desayuno, volvió a tocar él tema prohibido.

—Juan, yo no quiero herir sus sentimientos —dijo sentándose en el trineo—, pero yo he comprendido algunas cosas reflexionando. Y creo que esa Melisa es una mala mujer.

Como un relámpago, Croisset mordió el anzuelo que Howland acababa de lanzarle. Se inclinó un poco adelante, teniendo en la mano el afilado cuchillo, sus ojos echando fuego. Involuntariamente, el ingeniero retrocedió ante aquel gesto semejante al de un animal dispuesto a saltar sobre su presa, ante la cólera que iba aumentando a cada instante en la faz del mestizo. Sin embargo, Croisset habló suavemente y sin excitación, aunque sus hombros y sus brazos temblaban como los de un gato montés antes de dar el asalto.

—Señor, nadie en el mundo debe decir eso de mi Mariana, y después de ella, nadie debe decirlo de Melisa. Allí —y señaló al Norte— conozco un centenar de hombres entre el Atabasca y la bahía, que le matarían a usted si no retira esas palabras.

—¡Dios! —respiró Howland. Miraba francamente al rostro de Croisset—. Me alegro... de que sea así..., Juan —añadió lentamente—. ¿Usted no lo comprende? Yo la amo. Yo no quise decir lo que usted entendió. Yo mataría por ella también, Juan. Lo dije para que usted manifestara... lo que ahora sé.

Lentamente, el rostro de Croisset se distendió en una leve sonrisa de sus labios finos.

—Si fue una broma, señor, fue una broma de mal género.

—No fue una broma —exclamó Howland—. Fue un esfuerzo para lograr que usted me dijera algo de Melisa. Escuche usted, Juan... ella me dijo allá abajo que yo no faltaba a ningún deber amándola y cuando yo estaba atado y amordazado en la nieve llegó... y me besó. No lo entiendo.

—¿Ella hizo eso, señor?

—Se lo juro a usted.

—Entonces tiene usted suerte sonrió Juan apaciblemente —y yo aseguraría por todos los santos del cielo que nunca ha hecho eso con ningún hombre, señor. Pero jamás volverá a ocurrir.

—Pues yo creo que ocurrirá, a menos que usted me mate.

—Y yo no vacilaré en matarle si creo que eso puede repetirse. Otros hay que lo matarían a usted sólo con saber que una vez ha ocurrido. Pero lo mejor es que usted no vuelva a hablar de eso, señor. Si insiste, tendré que amordazarle de nuevo.

—¿Y si me resisto y lucho?

—Me ha dado usted su palabra de honor. Aquí, en el desierto nevado, el respeto a la palabra de honor es nuestra primera ley, Si usted la quebranta, tendré que matarle.

—¡Gran Dios, pues es usted un compañero divertido! —exclamó Howland riendo—. Crea usted, Croisset, que esta situación tiene algo de cómica, aunque es a la vez profundamente trágica. Debo de ser un gran tunante, por lo visto. ¿No me pregunta usted quién soy, Croisset?

—¿Y quién es usted, señor?

—No lo sé, Juan. Realmente no lo sé. Estaba acostumbrado a creer que era un zopenco ambicioso empleado en una gran empresa de construcción de Chicago. Pero ahora creo que estaba soñando. Curioso sueño, ¿verdad? Aunque creía después que vine para construir un ferrocarril en algún punto de estas infernales, digo, de estas bellísimas nieves, mi mente debió estar de paseo otra vez. ¿No ha oído usted hablar nunca de un manicomio, Croisset? Yo estoy en un gran edificio de piedra con rejas de hierro en las ventanas y usted es mi guardián, que ha venido un momento para distraerme. Es usted muy amable, Croisset, y yo espero que algún día recobraré la razón y podré agradecerle decentemente su amabilidad. Quizá usted se vuelva loco algún día, Juan, y sueñe con muchachas bonitas y ferrocarriles y selvas y nieves... y entonces yo seré su guardián. ¿Quiere usted un cigarro? Justamente, me quedan dos.

—¡Dios mío! —balbuceó Juan sí, señor, fumo. ¿Ha encontrado usted bueno ese filete de anta?

—Excelente. No había probado bocado desde hace años... cuando soñé que estaba sentado en una caja de dinamita a punto de estallar. ¿Ha estado usted alguna vez sentado sobre una caja de dinamita a punto de estallar, Juan?

—No, señor; debe de ser desagradable.

—Ese sueño es el que me ha vuelto el cabello, blanco, Juan. Mire qué blanco está, más blanco que la nieve.

Croisset le miró con ansiedad, mientras él comía su filete, y al encontrar su mirada intranquila, Howland estalló en una carcajada.

—No se asuste, Juan —le dijo tranquilamente—. Yo soy inofensivo. Pero le aseguro que me volveré furioso a menos que pronto me ocurra algo razonable. ¿Qué es eso? ¿Nos vamos a marchar tan pronto?

—Adelante, señor —dijo Croisset, que había hecho levantar a los perros—. ¿Quiere usted correr conmigo o ir en el trineo?

—Correr, si usted me lo permite.

—Desde luego. Pero si intenta escaparse, tendré que disparar contra usted. Corra a la derecha de los perros, junto a mí. Yo tomaré este lado.

Hasta que Croisset se detuvo, mediada la tarde, Howland fue mirando hacia atrás en espera del segundo trineo, pero no vio indicio de él. Una vez se aventuró a insinuar el tema a Croisset, que no le dio más réplica que un encogimiento de hombros y una rápida mirada con la que aconsejaba al ingeniero que guardase silencio. Después de una segunda comida se reanudó el viaje, y por las observaciones

que hizo Howland con su brújula, comprendió que la senda iba torciéndose gradualmente hacia el Este. Mucho antes del crepúsculo el cansancio le obligó a subir al trineo.

Croisset parecía incansable, y bajo la temprana luz de las estrellas y de la luna roja fue dirigiendo a los perros hasta que al fin se detuvo en la cumbre de una alta loma, con una vasta llanura extendiéndose a sus pies hacia el Norte, tan lejos como alcanzaba la vista sobre el nevado desierto. El mestizo volvió a donde Howland se había sentado en el trineo.

—Tenemos que ir un poco más lejos, señor —dijo—. Tengo que ponerle otra vez la mordaza, en la boca y las correas en las muñecas. Lo siento... le dejaré libres las piernas.

—Gracias —dijo Howland—. ¿Pero realmente lo cree usted necesario? Ya estoy convencido del hecho de que la fatalidad está jugando conmigo a la pelota, de que no sé quién soy, y en consecuencia le prometo no hacer nada más comprometedor que fumar mi pipa, si me permite ir tranquilamente a su lado.

Croisset vaciló.

—¿No intentará usted escaparse... ni hablar? —preguntó.

—No.

Juan sacó su revólver y lo amartilló.

—Tenga usted presente que le mataré si falta a su palabra. Vaya delante.

Y le señaló hacia abajo, la falda de la montaña.

Capítulo XI

La casa de la muerte roja

A la mitad de la cuesta, una palabra de Croisset hizo detener al ingeniero. Juan había trabado el trineo con un montón de ramas en la cumbre de la montaña y estaba mirando hacia atrás cuando Howland se volvió hacia él. El borde escarpado de aquella parte de la colina de la que iban descendiendo dibujaba claramente su negra silueta contra el cielo, y en este borde los seis perros del trineo estaban sentados sobre sus grupas, silenciosos e inmóviles, semejantes a extrañas gárgolas de piedra, puestas allí para guardar la infinita llanura. Howland se quitó la pipa de la boca al observar el creciente interés de Croisset. El hombre miró nuevamente hacia los perros. Algo había en sus actitudes, en la inmóvil aspiración con que sus hocicos se hundían en el aire de la noche tranquila y misteriosa, alumbrada por las estrellas, que llenaba de un indefinible sentimiento de horror. Entonces llegó a sus oídos el sonido que había hecho detenerse a Croisset —un suave, quejumbroso lamento que no parecía tener principio ni fin, sino brotar de sus propios sentidos formando parte del aire que respiraban una nota de infinita tristeza que le hizo permanecer asombrado e inmóvil, lo mismo que a Juan Croisset. Y cuando creyó que se había extinguido, el lamento sonó otra vez, haciéndose más y más intenso, hasta que al fin pasó sobre él como un simple aullido que le helaba hasta la medula de los huesos. Era algo semejante al aullido del lobo que había escuchado la primera noche que se asomó al desierto y, sin embargo, distinto. En aquél había sido el grito de la selva, del hambre, de la infinita desolación de vida, lo que le había impresionado. En éste era la muerte. Permaneció temblando mientras Croisset se llegaba a él, su fino rostro brillando a la luz de las estrellas. No se oía otro sonido que el latido de sus propios corazones cuando Juan habló:

—Señor, nuestros perros aúllan como no lo hacen sino cuando alguien ha muerto cerca o está a punto de morir —murmuró—. Fue Woonga quien dio el primer aullido. Tiene once años y no se ha equivocado una sola vez. Había un inquieto brillo en sus ojos.

—Tengo que atarle a usted las manos, señor.

—¿Pero no le he dado mi palabra, Juan? —Las manos, señor. La muerte está cerca de nosotros, en la llanura, o está para llegar muy pronto. Tengo que atarle las manos. Howland alargó las manos por detrás y Juan se las ató.

—Creo entenderle —dijo tranquilamente, oyendo otra vez el aullido en la cumbre de la montaña—. Teme usted que yo le mate.

—Es un aviso, señor. Usted podría intentarlo. Pero probablemente sería yo quien le matase a usted. Como lo hemos arreglado ahora —y se encogió de hombros a tiempo que echaba a andar hacia abajo—, hay poca probabilidad de que yo obedezca la orden de la muerte.

—¡Que los santos a quienes usted adora me salven, Juan; pero veo que todo esto es muy divertido! —gruñó Howland—. Y ahora que ya estoy atado otra vez, ¿quién diablo irá a morir sino yo?

—Ésa es una pregunta difícil, señor —contestó el mestizo con torva seriedad—. Quizá sea el turno de usted. Yo casi lo creo.

Apenas acababa de pronunciar estas palabras cuando el lúgubre aullido comenzó otra vez en el borde de la cumbre de la colina.

—Me está usted poniendo nervioso, Juan, usted y esos endiablados perros.

—Silencio, señor. En la triste soledad, al pie de la montaña, se destacaba una sombra que al principio Howland había creído era una masa de rocas. Unos pasos después vio que era un edificio. Croisset lo cogió fuertemente por el brazo.

—Estése usted aquí —le ordenó—. Yo volveré enseguida. Howland esperó durante un cuarto de hora. Dos veces en ese intervalo los perros aullaron de nuevo. Se alegró cuando vio a Croisset que volvía de las tinieblas.

—Es lo que yo pensaba, señor. La muerte está aquí. Sígueme, señor. La sombra del gran edificio los cobijó cuando se aproximaron. Howland pudo percatarse de que estaba construido de maderos macizos y que no parecía existir puerta ni ventana en a Y, sin embargo, cuando Juan vaciló un instante ante una mancha de sombra más densa que las otras, conoció que habían llegado a la entrada. Croisset avanzó lentamente, husmeando el aire recelosamente y escuchando, con Howland tan cerca de él que sus hombros se tocaban. De la cumbre de la colina llegó otra vez el plañido funeral de Woonga y Juan se estremeció. Howland miró la mancha de sombra y, sin dejar de mirarla, siguió a Croisset... entró... y desapareció tras él. En torno a ellos no había más que la calma, el silencio y el húmedo hálito de los lugares abandonados. No se percibía signo visible de vida, de respiración ni otro movimiento que el de los visitantes, y, sin embargo, Howland sintió que la mano del mestizo le oprimía nerviosamente por el brazo cuando avanzaron paso a paso dentro del negro y grave misterio de aquel lugar. Pronto se oyó el tantear de la mano de Croisset en un picaporte y pasaron por una segunda puerta. Entonces Juan encendió un fósforo. Frente a ellos, como a seis pasos, había una mesa y sobre ella una lámpara. Croisset la encendió y miró con una apacible sonrisa al ingeniero. Estaban en una habitación de techo bajo, con apariencia de calabozo, sin ventana ni otra puerta que la que

acababan de atravesar. La mesa, dos sillas, una estufa y una tarima construida junto a una de las paredes de madera, fue todo lo que Howland pudo ver. Pero no fue la pobreza de lo que imaginó que iba a ser su nueva prisión lo que le hizo mirar a Croisset interrogativamente. Era la expresión del rostro de su compañero, la amarillenta palidez del miedo —de horror que mostraba su semblante. El mestizo cerró y aseguró con una barra la puerta, y sentándose junto a la mesa, se puso a mirar a través de la macilenta luz de la lámpara al ingeniero.

—Señor, debe de ser difícil para usted adivinar en qué lugar se encuentra, Howland esperó.

—Si usted hubiera vivido en este país algún tiempo, hubiera oído hablar de la Casa de la Muerte Roja. En ella nos encontramos, en su calabozo, Ésta es una oficina postal de la bahía de Hudson, abandonada desde hace muchos años. Cuando yo era muchacho, la viruela invadió esta zona y mató a todo el mundo. Hace diecinueve años la plaga roja volvió otra vez, y nadie quedó vivo en este Puesto de la Muerte Roja. Desde entonces fue abandonado este edificio a las comadrijas y a los búhos. Entre Atabasca y la bahía no hay un ser humano que no se aparte de aquí con horror. Por eso es por lo que está usted aquí seguro.

—¡Santo Dios! —murmuró Howland—. ¿Hay algo más que usted me oculta, Croisset? ¿Seguro de qué...? ¿Seguro de qué? —De los que desean matarle a usted. No ha querido usted volverse al Sur, y la bella Melisa lo ha enviado a usted al Norte. ¿Comprende usted? Por un instante Howland se sintió como aturdido.

—¿Comprende usted, señor? —insistió Croisset sonriendo.

—Yo... yo... creo que sí —replicó Howland secamente—. Usted quiere decir que Melisa... Juan le cortó la palabra: —Quiero decir que hubiera usted muerto la última noche, señor, si no hubiese sido por Melisa. Se escapó usted del túnel, pero no se hubiera escapado de otra cosa. Eso es todo lo que puedo decirle. Pero aquí estará seguro. Los que deseaban matarle, pronto creerán que ha muerto y entonces le dejaremos volver en libertad. ¿No es una gran suerte para quién como usted merece ser cortado en pedazos para alimento de los cuervos?

—¿No me quiere usted decir nada más, Juan? —suplicó el ingeniero.

—Nada..., excepto que yo, que quisiera matarle, le profeso simpatía. Eso es quizá porque he vivido en el Sur. Durante seis años estuve en Montreal con la Compañía, donde fui a la escuela. Se puso en pie alzándose el cuello de su chaqueta de piel de reno. Luego quitó la barra y abrió la puerta. Débilmente llegó a ellos, como desde una gran distancia, el aullido de Woonga.

—Me ha dicho usted que la muerte ha llegado aquí murmuró Howland inclinándose hacia su oído.

—Un hombre se quedó a vivir aquí después de la última epidemia replicó Croisset en voz baja Perdió a su mujer y a su hijo y se volvió loco. Por eso hemos venido aquí con tanto cuidado. Vivía en una pequeña cabaña ahí fuera, en el borde del claro del bosque, y cuando yo fui esta noche allí había sobre ella un palo con una

bandera en la punta. Cuando hay una epidemia, ponemos en nuestras casas una bandera roja para advertir a los demás. Es una de nuestras leyes. La bandera se ha roto en pedazos por el viento. Esto prueba que el hombre ha muerto. Howland se estremeció.

—¿De viruela?

—Sí.

Durante unos momentos quedaron en silencio. Luego Croisset añadió:

—Permanecerá aquí, señor, hasta que yo vuelva. Se fue, cerrando la puerta por fuera y poniéndole una barra. Howland se sentó en la silla otra vez, junto a la mesa. Quince minutos después volvió el mestizo trayendo un gran paquete y dos recipientes.

—Aquí tiene usted combustible para la estufa, comida y agua para una semana, y pieles para el lecho. Ahora voy a cortarle las correas que le había puesto en las muñecas.

—¿Se va usted dejándome solo aquí... en esta maldita prisión? —exclamó Howland.

—¿No es esto mejor que una tumba, señor? Volveré al fin de la semana. La puerta estaba parcialmente abierta y por última vez llegó a los oídos de Howland el luctuoso aullido del perro en la cumbre de la colina. Nerviosamente cogió el brazo de Croisset.

—Juan, si no vuelve, ¿qué ocurrirá? Oyó al mestizo sonriendo.

—Morirá usted agradablemente y en calma, lo que es mucho mejor que morir sobre una caja de dinamita. Pero volveré, señor. Hasta más ver.

Otra vez se cerró la puerta y el rumor de los pasos de Croisset rápidamente se desvaneció al otro lado de los muros de madera. Muchos minutos pasaron hasta que Howland pensara en su pipa o en encender el fuego. Entonces, temblando de frío, fue a buscar la leña que Juan le había indicado que estaba tras de la estufa. Cuando tuvo la estufa encendida y el humo de su pipa dio olor al aire húmedo de la estancia, experimentó una sensación de bienestar.

A lo menos estaba solo, sin nada que hacer más que comer, dormir y fumar durante una semana. Tenía abundancia de tabaco y una inspección del paquete le mostró que Croisset le había dejado bien aprovisionado de alimentos. Recostado en su silla, con los pies sobre la mesa, absorbió el alegre calor de la estufa, arrojó bocanadas de humo y se preguntó si el mestizo habría ya emprendido su camino hacia el Sur. ¿Qué diría Mac Donald cuando Jackpine llegara a él con la noticia de que se había caído y encontrado la muerte en el salto de agua? Probablemente su primera decisión sería enviar el mejor equipo de hombres de que dispusiera en persecución de Gregson y Thorne, Los dos ingenieros fugitivos se verían obligados a volver, y entonces...

Rió de buena gana y comenzó a pasear de un lado a otro sobre el podrido suelo de su prisión imaginándose la consternación de los dos ingenieros. Y luego el rubor encendió su faz y sus ojos brillaron al recordar a Melisa. A despecho suyo le había

salvado de sus enemigos, y bendijo a Croisset por haberle explicado la significación de esta fuga hacia el Norte. Otra vez Melisa le había traicionado, pero esta vez era para salvarle la vida, y su corazón se estremeció de jubilosa fe en el amor que sentía por él. Le pareció que todo lo veía claro ahora. Hasta sus enemigos le creerían muerto. Se irían de Wekusko y después de algún tiempo, cuando para él no hubiera peligro en regresar, le pondrían en libertad.

Con el desfile de las horas, estas perspectivas se ensombrecieron con pensamientos más tristes. De alguna manera misteriosa Melisa estaba asociada estrechamente con los que querían matarle, y si desaparecían, ella se iría con ellos. Estaba convencido de eso. Y entonces... ¿podría encontrarla otra vez? ¿Se iría hacia el Sur, hacia la civilización, o más adentro de la inexplorada soledad del Norte? En respuesta a estas preguntas relampaguearon en su mente las palabras de Juan Croisset: «Señor, conozco un centenar de hombres entre Atabasca y la bahía que le matarían a usted por lo que ha dicho». Sí, Melisa se iría hacia el Norte. ¡En algún sitio de esta vasta desolación de que Juan le había hablado podría encontrarla, aunque tuviera que emplear en buscarla la mitad de su vida!

Era más de medianoche cuando extendió las pieles y se desnudó para acostarse. Abrió la puerta de la estufa y desde la tarima contempló el débil resplandor de la llama agonizante sobre los muros de madera. Cuando el sueño cerró sus ojos tuvo conciencia de un sonido... el lejano aullido que había escuchado aquella primera noche en Príncipe Alberto. Era un lobo y, aun soñoliento, se asombró de poder oírlo a través de los recios muros de su prisión. Tuvo la explicación cuando, unas horas después, abrió los ojos. Un rayo de pálido sol entraba en el cuarto, y vio que penetraba por una pequeña abertura cercana al techo. Después que hubo preparado su desayuno arrastró la mesa bajo la abertura y subiéndose a aquélla pudo mirar al exterior. A unas cien yardas de distancia estaba el borde negro de la selva de bálsamos y abetos. Entre su puesto y la selva, medio cubierta por la nieve, había una cabaña, y se estremeció al ver flotando sobre ella la pequeña y roja señal de muerte de que Croisset le había hablado la noche anterior.

Con el fin de este día las horas parecieron interminablemente largas. Durante algún tiempo se entretuvo en investigar todos los rincones y grietas de su prisión, pero no encontró nada de interés fuera de lo que había descubierto. Examinó la puerta que Croisset había asegurado con una barra, y renunció a toda esperanza de escapar por allí. Difícilmente podía sacar el brazo por la abertura que miraba hacia la cabaña infectada por la epidemia. Por primera vez desde los agitados comienzos de sus aventuras en Príncipe Alberto comenzó a pesar sobre él una morbosa convicción de su propia impotencia. Era un prisionero, encerrado en el corazón del desierto. Y él, Jaime Howland, hombre que siempre había estado orgulloso de su fuerza física, había permitido que un hombre le trajera aquí.

Su sangre comenzó a hervir al pensar esto. Ahora, como tenía tiempo y silencio para meditar en todo lo que le había ocurrido, se encolerizaba con las escenas que una

tras otra iba evocando. Había permitido que se le utilizase como un simple peón en un misterioso y extraño juego. No había sido por sus esfuerzos por los que había sido salvado en el combate de la senda en Saskatchewan. Ciegamente había caído en la trampa del túnel. Todavía más ciegamente había permitido que le hicieran caer en la emboscada del campamento de Wekusko. Y, más semejante a un niño que a un hombre, se había sometido a Juan Croisset.

Paseó el cuarto de un extremo a otro, fumando con exceso, y su rostro enrojeció con los pensamientos que iban destilando veneno dentro de su espíritu. No tuvo en cuenta las circunstancias; en estos momentos no encontraba excusa para sí mismo. En ninguna situación había mostrado cobardía, en ningún tiempo había sentido una emoción de miedo. Su valor y temeridad habían aterrorizado a Melisa, asombrado a Croisset. Y, sin embargo... ¿qué había hecho? Desde el principio desde el momento en que puso el pie en el restaurante chino sus enemigos lo habían tenido en jaque. Se había visto obligado a desempeñar un papel pasivo. Hasta la emboscada en la senda de Wekusko podía excusarse en cierto modo. Pero lo que le había ocurrido con Juan Croisset, era bastante para enloquecerle. ¿Por qué no había sorprendido a Juan, como éste y Jackpine le habían sorprendido a él?

Ahora veía lo que pudo haber hecho. En un lugar que no podía precisar, pero que no estaba lejos de ellos, el trineo conduciendo a Melisa y a Jackpine había cambiado de ruta hacia un punto desconocido. Él y Croisset, por tanto, habían continuado marchando solos. ¿Por qué no había aprisionado a este último en vez de dejarse él encerrar como un inválido? Maldijo en alta voz a medida que imaginaba mejor la realización de la posibilidad que había perdido. Apuntándole con un revólver hubiera podido forzar a Croisset a alcanzar al otro trineo. Pudo haber sorprendido a Jackpine como ambos le habían sorprendido en la senda. ¿Y entonces? Sonrió, pero no era la suya una sonrisa alegre. Al menos los hubiera tenido dominados. ¿Y qué hubiera hecho Melisa entonces?

Se hizo a sí mismo pregunta tras pregunta, respondiéndoselas rápida y decisivamente sin reposo. Melisa le amaba. Hubiera apostado su vida a eso. Su sangre se enardecía al sentir otra vez la emoción de sus besos cuando ella había llegado a su lado en el momento en que estaba atado y amordazado junto a la senda. Ella le había cogido la cabeza entre las manos y, a través del dolor de su faz, había visto brillar la luz de un gran amor que le había hecho feliz. ¡Ella le amaba! Y él la había dejado escapar, se había sometido en el momento en que todo lo que más había soñado poseer estaba al alcance de su mano...

No fue más lejos. ¿Era demasiado tarde para pensar en esto? Croisset volvería. Con una especie de satisfacción se le ocurrió que sus actos habían desarmado al mestizo de su suspicacia. Creía que le sería fácil dominar a Croisset, obligarle a seguir en la senda a Melisa y a Jackpine. ¿Y esa senda? Probablemente conduciría al refugio o fortaleza de sus enemigos. Pero ¿quiénes eran éstos? Cargó su pipa otra vez, arrojando nubes de humo hasta que el aire del cuarto se espesó con él. Esa senda

le llevaría a Melisa... dondequiera que ésta fuese. Con Croisset en su poder y sin que ninguno de sus enemigos sospechase su presencia, todo estaría en su favor. Rió, cuando un pensamiento súbito, emocionante, relampagueó en su mente. En último término podría emplear a Juan como a un señuelo.

Previó cuán fácil sería traer a Melisa hasta él... para ver a Croisset, Su propia presencia sería como el estallido de una bomba a los pies de ella. En ese momento, cuando viera lo que arriesgaba por ella, y que estaba resuelto a poseerla, ¿no se sometería a las súplicas de su amor? Si no accedía haría otra cosa... la que había llevado la risa a sus labios. Todo era lícito en las intrigas, de amor, y ésta era una intriga de amor. Por su amor a él, Melisa le había secuestrado arrancándole del sitio donde tenía sus obligaciones, y estaba prisionero en esta casa de la muerte, en el páramo. El amor la disculpaba. Ese mismo amor le disculparía a él. Él la haría prisionera y Juan los llevaría a Wekusko. Melisa misma le había indicado los procedimientos y no haría más que imitarla. ¿Y qué mujer, si amaba a un hombre, no se rendiría después de esto? En ese viaje en trineo la tendría a su lado no por un momento, sino por días. Seguramente, en este tiempo la convencería. Quizá serían perseguidos; tendría que combatir... pero estaba dispuesto, y un poco deseoso, de combatir.

Se metió en la cama aquella noche y soñó en las cosas que iban a ocurrir. Pasó un segundo día, y un tercero con sus noches. Con cada hora nueva crecía la ansiedad de Howland por el retorno de Juan. A veces casi tenía fiebre por acabar el asunto. Abrigaba la confianza en su resultado, y, sin embargo, no dejó de valorar la resistencia que el mestizo ofrecería. Sabía que Juan era como un manojito de nervios y de acero, ágil como un gato, digno adversario suyo en un combate leal, a despecho de su peso y de su fuerza. Ideó una docena de proyectos para dominar a Juan. Uno era saltar sobre él mientras estaba comiendo. Otro echarse encima de él y medio estrangularlo, hasta que perdiera el conocimiento, mientras se arrodillaba junto a su paquete de provisiones o alimentaba el fuego. Un tercero darle un golpe por la espalda que le redujera a la impotencia. Pero había algo en esto último que le repugnaba. Recordó que Juan le había salvado la vida, que nunca le había atormentado físicamente. Aguardaría una ocasión en que pudiera sorprender a Croisset como éste le había sorprendido a él, pero no le inferiría daño. Lucharía con Juan tan lealmente como éste merecía, y el triunfo sería del más fuerte.

En la mañana del cuarto día, Howland fue despertado por un ruido que llegó hasta él a través de la abertura del muro. Era el áspero ladrido de un perro seguido un instante después por el áspero estallido de un latigazo y por una voz conocida.

Juan Croisset había vuelto. De un salto salió del lecho. Medio vestido se precipitó a la puerta, y se agachó allí, tensos los músculos de sus brazos, todo su cuerpo vibrante debido a la concentración de sus fuerzas. El acicate del momento le había dado una rápida decisión. ¡Su oportunidad iba a llegar en cuanto Juan Croisset atravesase la puerta!

Capítulo XII

El combate

AL otro lado de la puerta oyó Howland a Juan detenerse. Siguiéron unos instantes de silencio como si el otro aguardara algún sonido del interior del calabozo. Le sintió quitar la barra y la puerta giró hacia dentro.

—Buenos días, señor —saludó la voz de Juan alegremente cuando penetraba en la habitación—. ¿Es posible que no esté usted levantado con todo ese alboroto del ladrido de los perros, y...? Sus ojos se habían dirigido a la tarima vacía. A pesar de su jovial saludo, Howland vio que la faz del mestizo estaba pálida y sombría cuando se volvió rápidamente hacia él. No observó nada más y se precipitó con todo su peso sobre el desprevenido Croisset y juntos cayeron al suelo. La lucha fue breve y Juan permaneció inmóvil. Estaba con la espalda en tierra, los brazos oprimidos contra su cuerpo. Y Howland se puso a horcajadas sobre él, de modo que le sujetó los brazos con sus rodillas. Entonces fríamente comenzó a desenrollar las cuerdas que había cogido de la mesa al saltar hacia la puerta. Las piernas de Juan se levantaron de repente por la espalda de Howland. Como muelles de acero se arrollaron en torno al cuello de éste, y en un segundo Howland fue lanzado hacia el muro con una fuerza que medio le quebrantó el cuello. Se puso de pie, aturdido por un momento, y Juan Croisset de pie en medio del cuarto, despojado de su abrigo de reno, cerrados los puños, brillantes sus ojos con peligroso fuego. Este fuego desapareció tan pronto como había surgido, y cuando avanzó lentamente, con los hombros encogidos, sus blancos dientes brillaron con una sonrisa. Howland sonrió también y avanzó para acometerle. No había alegría ni amistad en aquellas sonrisas. Ambos habían visto aquel llamear de los ojos y aquel brillo de los dientes en otras ocasiones y sabían lo que significaban.

—Creo que le mataré a usted dijo Juan suavemente. —No había excitación ni temblor de pasión en su voz. Había estado pensando que debía matarle. Casi lo había resuelto al llegar a esta Casa de la Muerte Roja. Será la justicia de Dios quien le matará a usted. Los dos hombres se persiguieron dando rodeos, lo mismo que fieras en una sima. Howland, con la actitud del boxeador; Juan, con una inclinación de hombros, los brazos ligeramente curvados hacia sus costados, empinándose sobre las

puntas de sus pies. De repente se lanzó a la garganta de Howland. Como un relámpago, se apartó éste a un lado y lanzó un golpe formidable que dio a Juan en un lado de la cabeza y le hizo caer rodando. Medio atontado se puso el mestizo en pie. Era la primera vez que entraba en contacto con la ciencia. Estaba asombrado. La cabeza le zumbaba y durante un momento sintió vértigos. Se lanzó otra vez rápidamente, según su manera habitual, como un gato, y recibió otro golpe que le aturdió. Pero esta vez lo recibió en pie.

—Ahora estoy seguro de que le voy a matar, señor dijo tan fríamente como antes. Había algo terrible en la calmosa y decidida voz. No estaba excitado. Sus dedos no se aproximaron a las armas que llevaba en la cintura, y lentamente la sonrisa se desvaneció de los labios de Howland a medida que Juan iba rondando en torno suyo. Nunca había combatido con un hombre de este género. Jamás había afrontado la aterradora confianza que reflejaban los ojos de su adversario. De estos ojos, más bien que del hombre, se fue retirando lentamente. Le seguían sin apartarse de su faz. Había retornado el fuego a ellos y se hacía más profundo. Dos manchas rojas comenzaron a mostrarse en las mejillas de Croisset y rió tranquilamente cuando al saltar otra vez sobre Howland éste le lanzó un golpe que esquivó. Conoció ahora lo que iba a pasar y Howland lo conoció igualmente. Era la ciencia de un mundo contra la de otro, la ciencia de la civilización contra la del salvajismo. Howland estaba diestro en su arte del boxeo. Por juego, Juan había a veces peleado con un lince herido. Tenía la velocidad de vista, de instinto, la rapidez del gran somorgujo del Norte, al que había cazado muchas veces con su rifle; del perro lobo de los trineos, cuyos terribles colmillos matan con celeridad que los ojos no pueden seguir. Por tercera y cuarta vez se aproximó a Howland y éste le golpeó sin alcanzarle.

—Voy a matarle a usted —dijo otra vez. Hasta este momento Howland había permanecido sereno. El dominio de su ciencia le pareció que era la mitad del triunfo. Pero ahora sentía un paulatino y creciente furor. La expresión burlona de los ojos de Juan comenzaba a irritarle; el brillo de sus dientes, despectivo y como desafiante, su confianza audaz, acabaron de encolerizarle. Dos veces más quiso alcanzar a Juan con el puño, pero como una saeta se le esquivaba. Su pequeño cuerpo, cincuenta libras menos pesado que el de Howland, parecía el de un niño escurriéndose en algún juego de destreza. El mestizo no hacía esfuerzo alguno por atacar; su táctica era la del lobo que persigue a un reno hasta cansarlo, la del lince ante los cuernos de un anta, consistente en cansar, en aburrir, sin reposo por su parte. Los músculos en tensión de Howland comenzaban a dolerle y su respiración se iba haciendo fatigosa con el ejercicio, que no hacía efecto alguno en Croisset. Por un momento tomó la ofensiva, persiguiendo a Juan junto a la estufa, cerca de la mesa, dos veces alrededor del cuarto luchando en vano por acorralarlo en un rincón, por alcanzarle con uno de sus golpes, que Juan esquivaba como un pájaro. Cuando se detuvo respiraba con dificultad. Juan se le acercó sonriendo ferozmente frío.

—Ahora voy a matarle, señor —repitió una vez más. Howland dejó caer los brazos, y simuló que su respiración se hacía aún más fatigosa, como si se hallase exhausto. Todavía le quedaban sin usar varios recursos de su ciencia, y tuvo conciencia de que constituían sus últimos recursos. Se retiró a un rincón, y Juan lo siguió, brillándole los ojos con acerados relámpagos; su cuerpo hacía más tenso cada vez.

—Ahora es cuando voy a matarle —dijo en su misma, voz tranquila—. Voy a romperle a usted el cuello.

Howland se apoyó de espaldas contra el muro, como si temiese el ataque y no se sintiera con fuerzas para repelerlo. Hubo una sonrisa despectiva en los labios de Croisset mientras se detenía un instante. Entonces saltó hacia su adversario y cuando sus dedos agarraban la garganta de Howland fuertemente, el brazo derecho de éste se levantó en un golpe formidable de abajo arriba que alcanzó al mestizo en la mandíbula. Sin un grito, Juan retrocedió, se tambaleó y cayó al suelo sin conocimiento. Cincuenta segundos más tarde abrió los ojos, y se dio cuenta de que tenía las manos atadas a la espalda y Howland estaba de pie ante él.

—Ha sido un buen golpe —balbuceó después que hubo respirado—. ¿Querrá usted enseñármelo?

—Arriba —ordenó Howland—. No tengo tiempo que perder, Croisset. —Cogió al mestizo por los hombros y le ayudó a sentarse en la silla junto a la mesa. Entonces se apoderó de las armas del otro, incluyendo el revólver de que Juan le había desposeído, y comenzó a vestirse. No habló hasta que lo hubo hecho.

—¿Se ha dado usted cuenta de lo que va a ocurrir, Croisset? —exclamó entonces, con los ojos brillando ardientemente. ¿Comprende usted que lo que ha hecho es bastante para que lo encarcelen por diez años o más? ¿Comprende usted que voy a entregarlo a las autoridades y que tan pronto como llegemos a Wekusko veinte hombres saldrán en persecución de sus amigos? Una intensa palidez cubrió el fino rostro de Juan.

—Por Dios, señor, usted no puede hacer eso.

—¡No puedo! —Los dedos de Howland repiquetearon en el borde de la mesa—. ¡Por el Dios de usted que lo haré! ¿Y por qué no? ¿Por qué Melisa está entre la banda de asesinos? ¡Bah, querido Juan, es usted tonto! Ellos probaron a matarme en la senda, repitieron la tentativa en el túnel, y usted vino esta mañana decidido a matarme aquí. Ustedes me han tenido dominado hasta aquí. Ahora ha llegado mi turno. Juro que si le llevo a usted a Wekusko, me apoderaré de toda la banda.

—«¿Si me lleva usted a Wekusko?...». —Sí, «si le llevo a Wekusko».

—¿Es que puede pensar en no llevarme allí?

—Eso depende de usted, Croisset. Yo trataré con usted. O le llevaré a Wekusko y le entregaré a las autoridades y enviaré una fuerza en persecución de los otros, o usted me llevará adonde está Melisa. ¿Qué hacemos?

—¿Y si yo le llevo a usted adónde está Melisa, señor?

—Si usted me lleva a Melisa, juro no hacer daño ninguno ni a usted ni a sus amigos.

—¿Y a Melisa no le hará usted daño tampoco? —preguntó Juan, con los ojos nuevamente sombríos.

—¡Daño a ella! —Había un temblor de risa en la voz de Howland—. ¡Gran Dios, hombre! ¿Está tan ciego que no ha visto que estoy haciendo todo esto a causa de ella? Yo le dije a usted que la amo, y que estoy dispuesto a morir combatiendo por ella. Hasta ahora no he tenido esa oportunidad. Usted y sus amigos han maniobrado cobardemente contra mí. Ustedes me han atacado por la espalda constantemente, y ahora se va usted a tener que justificar un poco o va a pagarlo caro. ¿Entiende? Usted me llevará a Melisa o habrá una limpieza general que los quitará a todos ustedes de en medio. ¡Hacerle daño! —Otra vez Howland rió inclinando su blanco rostro hacia Juan—. Vamos, ¿qué hacemos, Croisset?

Un frío resplandor, semejante al del estallido de chispas de un acero golpeado, lució en los ojos del mestizo. La palidez glacial desapareció de su faz. Sus dientes brillaron en la mística sonrisa que había medio acobardado a Howland en el combate.

—Está usted equivocado en algunas cosas, señor —dijo tranquilamente—. Hasta hoy he combatido por usted y no contra usted. Pero ahora no me ha dejado más que un camino. Yo le llevaré adonde está Melisa, y eso significa...

—¡Bueno! —exclamó Howland.

—No tan bueno como usted piensa. Eso significa que, tan seguro como que los perros nos han de llevar allí, usted no podrá volver. Su muerte es segura.

Howland se volvió vivamente hacia la estufa.

—¿Hay hambre, Juan? —preguntó en tono de camaradería—. No riñamos por eso. Usted ha tenido su diversión, y ahora me toca a mí tener la mía. ¿Se ha desayunado ya?

—Yo había pensado tener ese placer con usted —dijo Juan con pésimo humor.

—¿Y después que me hubiera alimentado pensaba matarme, querido Juan? —rió Howland, poniendo un gran trozo de reno en la plancha de hierro de la estufa—. Es usted realmente un excelente compañero, ¿eh? —Debe usted morir, señor.

—Eso ha dicho antes, Cuando yo vea a Melisa, sabré la razón, o...

—¿O qué, señor?

—Le mataré, Juan. Acabo de decidir que usted debe morir. Juan permanecía silencioso. Pocos minutos después, Howland retiró la carne del fuego, y puso un plato de bizcochos y una gran cafetera en la mesa. Entonces fue tras de Juan y le desató las manos. Cuando se sentó a su vez junto a la mesa sacó el revólver y lo puso junto a su plato. Juan hizo un gesto y se encogió de hombros.

—Ésta es una advertencia —dijo Howland—. Si en cualquier momento creo que usted lo merece, le disparo a quemarropa, Croisset; de manera que no despierte mis sospechas.

—Yo me contenté con su palabra de honor —dijo Juan sarcásticamente.

—Yo aceptaré la suya hasta cierto punto —replicó Howland sirviendo el café. Súbitamente cogió el revólver. ¿Usted no me ha visto nunca tirar? Vea aquella taza que está allí.

—Apuntó a una pequeña taza de hojalata que pendía de un clavo a unos doce pasos de ellos. Tres veces disparó y la atravesó, sin fallar una, y sonrió a Croisset.

—Voy a desatarle los brazos y piernas y dejárselos en libertad, menos por la noche —dijo.

—Esté usted tranquilo. Le doy mi palabra de honor de que seré bueno. El sol estaba alto ya cuando Croisset le guió hacia el exterior. Sus perros y el trineo estaban a un centenar de yardas del edificio, y el primer movimiento de Howland fue tomar posesión del rifle del mestizo y quitarle los cartuchos mientras Juan arrojaba pedazos de carne de reno a sus perros. Cuando estuvieron dispuestos para partir, Juan se volvió y casi tocó con su mano enguantada al ingeniero.

—Señor —dijo con calma—, no puedo dejar de quererle aunque sé que he debido matarle hace tiempo. Le repito otra vez que si va usted al Norte, no tiene más que una probabilidad contra noventa y nueve de poder retroceder vivo. ¡Gran Dios, señor!, donde usted quiere ir, hasta los árboles se desplomarán contra usted y hasta los cuervos le picarán en los ojos. Y esa única probabilidad entre ciento, señor... — Quiero buscarla.

—Iba a decir que esa única probabilidad, a menos que les haya ocurrido un accidente a los que dejaron a Wekusko ayer, ha desaparecido —acabó Juan tranquilamente—. Si usted se va hacia el Sur, está salvado. Si va hacia el Norte, puede usted considerarse hombre muerto.

—Por lo menos mi fin habrá sido divertido —rió el joven ingeniero—. Vamos, Juan, anime usted a los perros.

—Dios mío, digo que está usted loco y que es un valiente dijo Croisset, y su látigo se desplegó en el aire y resonó secamente sobre los lomos amarillos de los perros.

Capítulo XIII

La persecución

TRAS el trineo corría Howland y al lado derecho de los perros corría Juan. Una o dos veces, cuando Croisset miró hacia atrás, sus ojos encontraron los de su compañero. Sacudió su látigo y sonrió, y los dientes de Howland brillaron fríamente como respuesta. Entre los dos relampagueó una mutua comprensión en estas miradas. En un momento conoció Howland que el mestizo podía rápidamente poner distancia entre ambos..., pero que esa distancia no impediría a las balas llegar a él en un parpadeo. Se resolvió a dispararle afiliando la puntería en cuanto Croisset hiciera el más pequeño movimiento para escaparse. Si se veía obligado a matar o herir a su compañero, podía continuar solo con los perros. Por segunda vez, desde que había venido al Norte, sintió la sangre caldeándose en sus venas como en aquella primera noche en Príncipe Alberto, cuando desde la colina había oído al lobo solitario y cuando posteriormente había visto la bella faz a través de la ventana del hotel. Howland era uno de los pocos hombres que tienen ilimitada confianza en sí mismos, que ponen cierto orgullo en la certeza de sus facultades físicas e intelectuales, y ahora tenía confianza. Sus combates victoriosos sobre los obstáculos que se le habían opuesto en una gran ciudad habían hecho de esta confianza una parte verdadera de su ser. Era una confianza que le animaba la faz de gozoso entusiasmo mientras corría tras de los perros, y que asombró e intrigó a Croisset.

—Es usted un hombre extraño —exclamó el mestizo, cuando puso los perros al paso, después de haberles hecho correr durante una milla. Por los santos del Cielo, está usted riendo, y le aseguro que no es cosa de risa.

—¿No será un hombre feliz cuando va a su boda, Juan? —jadeó Howland tratando de recuperar el aliento que había perdido.

—Pero no cuando va a su funeral.

—Si yo fuera uno de esos benditos santos de usted, le haría caer un rayo sobre su cabeza, Croisset. ¡Gran Dios! ¿Qué clase de corazón tiene usted debajo de la chaqueta, hombre? Allá arriba, donde vamos, está la muchacha más linda del mundo. Yo la amo. Ella me ama. ¿Por qué no he de ser feliz, ahora que sé que voy a verla muy pronto... y llevármela conmigo al Sur?

—¡Un demonio! —gruñó Juan.

—¿Es que quizá está usted celoso, Juan? —dijo Howland—. No había caído en ello.

—Yo tengo una esposa a quien amar, señor, y no la traicionaría por ninguna otra mujer.

—¡Que me condene si le entiendo! —juró el ingeniero—. Usted parece medio humano; dice usted que está enamorado, y, sin embargo, prefiere usted arriesgar su vida a ayudarme a Melisa y a mí.

—Eso es lo que estoy haciendo, señor, ayudando a Melisa. Y le hubiera hecho un servicio mucho más grande si le hubiese matado a usted en la senda y destrozado su cuerpo para aquellos animales tan locos que fueran capaces de comérselo. Ya le he dicho una docena de veces que es justicia de Dios que usted muera. Y va a morir... muy pronto, señor.

—No. No voy a morir, Juan. Voy a ver a Melisa, y ella se vendrá conmigo al Sur. Y si usted es verdaderamente bueno, tendrá el placer de conducirnos a Wekusko, Croisset, y puede ser el padrino de mi boda. ¿Qué dice a eso? —Que usted está loco... o es tonto— replicó Juan sacudiendo su látigo repetidamente. Los perros saltaron bruscamente de la senda, dirigiendo su marcha, que hasta entonces había sido hasta el Sur, en dirección al Norte.

—Ganaremos un día haciendo esto —explicó Croisset, respondiendo a la seca interrogación del otro encontraremos la otra senda veinte millas al Oeste de aquí, mientras que si hubiéramos seguido retrocediendo hasta la convergencia de las dos habríamos tenido que caminar sesenta millas para alcanzar el mismo punto. La única probabilidad entre ciento que tiene usted, señor, depende de esto. Si el otro trineo ha pasado... Se encogió de hombros y puso los perros al trote.

—Oiga usted —dijo Howland corriendo, a su lado—, ¿quién va en el otro trineo?

—Los que trataron de matarle a usted en la senda y en el túnel —respondió rápidamente. Howland dejóle adelantar unos doce pasos, siguiéndole. Al acabar la primera hora viose obligado a descansar frecuentemente subiéndose al trineo, y la marcha fue mucho más lenta. Juan no respondió ya a sus preguntas aisladas. Obstinadamente continuó corriendo a la derecha, un poco detrás del primer perro, y Howland pudo adivinar que por algún motivo Croisset tenía tanta prisa como él mismo en adelantar todo lo posible. Su impaciencia acreció a medida que avanzaba la mañana. La afirmación de Juan de que los misteriosos enemigos que habían intentado asesinarle dos veces iban a poca distancia de ambos, detrás o delante, le hizo trabajar el cerebro en la formación de un nuevo plan. Estaba seguro de que estos hombres de Wekusko eran su principal amenaza, y que poniéndolos fuera de combate y con el mestizo en su poder, la lucha que iba a llevar al terreno enemigo estaría casi ganada. En ese caso no habría allí quien pudiera reconocerle más que Melisa. Su corazón palpitó de gozo y esperanza; se inclinó hacia adelante, en el trineo, para examinar el rifle descargado de Croisset. Era automático, y Croisset, echándole una ojeada sobre

los movibles lomos de los perros, le vio sonriendo. Ahora corría más frecuentemente y distancias más largas, y con el paso de cada milla su decisión de dar el golpe definitivo se aumentaba. Si llegaban a la senda que habían seguido Melisa y Jackpine antes de que pasara el segundo trineo, se esconderla en espera de sus enemigos; si éstos le habían precedido, entonces los perseguiría y sorprendería en su campamento. En cualquiera de los dos casos tendría sobre ellos una ventaja abrumadora. Con el mismo cuidado de los detalles que había mostrado al plantear la construcción de un túnel o de un puente, trazó un proyecto mental de su propósito y de las posibilidades de realizarlo. Por lo menos habría dos hombres en el trineo y posiblemente tres. Si se rendían ante la amenaza de su rifle, obligaría a Juan a atarlos con los tirantes de los perros, mientras él los tenía amedrentados. Si hacían el menor movimiento para ofrecer resistencia, haría fuego. Con su arma de precisión podría matar o herir a tres de ellos antes de que pudieran coger sus rifles, que indudablemente llevarían en el trineo. La situación había llegado a un punto en que no podía tener en cuenta lo que estos hombres pudieran ser para Melisa. Mientras proseguían su camino hacia el Noroeste, Howland notó que la espesa selva se iba gradualmente aclarando en anchos espacios de pinos jóvenes, y que las colinas de roca y los frecuentes pantanos que les habían dificultado la marcha se iban haciendo menos numerosos. Una hora antes del mediodía, después de una ascensión tediosa hasta la cumbre de una loma cubierta de hielo, Croisset le señaló con la mano hacia abajo una amplia llanura que se extendía entre ellos y otras colinas situadas a lo lejos, hacia el Norte.

—Éste es un trozo de las Tierras Áridas que sale desde aquellas montañas, señor —dijo—. ¿Ve esa selva negra que parece de leña carbonizada al sur y al oeste de las Montañas? Ésa es la cortadura que da paso al territorio del Atabasca. Pronto encontraremos la senda. Yo casi había esperado verlos caminar por la llanura.

—¿A quiénes? ¿A Melisa y Jackpine o...?

—No, a los otros, señor. ¿Comeremos aquí?

—No, no comeremos hasta dar con la senda —replicó Howland—. Tengo prisa por saber lo que hay de esa única posibilidad que usted me ha dado entre ciento. Si han pasado...

—Si van delante de nosotros, lo más sencillo es que usted me deje que le dé un tiro. El resultado para usted será el mismo.

Se fue otra vez a la cabeza de los perros, guiándolos cuesta abajo de la colina, por el áspero declive, mientras Howland iba reteniendo el trineo por detrás. Durante tres cuartos de hora caminaron en silencio. Desde cada montículo de nieve Juan exploraba con la vista la nevada desolación en torno a ellos, y cada vez, como no veía indicio humano, volvía la vista hacia el ingeniero con un siniestro encogimiento de hombros. Una vez, tres renos que se movían a lo lejos arrancaron un grito a sus labios, y Howland notó que el rostro se le encendía con súbita excitación, reemplazado seguidamente por una mirada de desencanto. Después de esto vigiló más cuidadosamente al mestizo. Habían cubierto poco menos de la mitad de la distancia

que les separaba de las huellas de los renos, cuando en un pequeño espacio libre de arbustos la voz de Croisset se alzó secamente y los, perros se detuvieron.

—¿Qué piensa usted de esto, señor? —gritó señalando a la nieve—. ¿Qué piensa usted de esto? Junto a los bordes de sus huellas se percibían las señales que en la nieve habían dejado otros dos trineos. Por un momento Howland olvidó sus precauciones y se inclinó para examinar el rastro, vuelto de espaldas a su compañero. Cuando se incorporó vio que Juan le miraba riendo.

—¡Qué descuidado es usted! —exclamó—. Tenga más precaución, señor. Quizá no pudiera contener la tentación si me diera otra ocasión como ésta.

—¡Diablo! —dijo Howland retrocediendo—. Muy agradecido, Juan. Si no fuera por el efecto moral, le estrecharía la mano por lo que acaba de hacer. ¿A qué distancia cree usted que está de nosotros esa gente? Croisset se había puesto de rodillas para examinar las huellas.

—El hielo está roto hace poco tiempo dijo después de un momento Han debido pasar por aquí hace dos o tres horas, quizá esta mañana. Vea usted ahora este brillo blanco como de millones de puntas de aguja, sobre la superficie de las primeras huellas. Éste es el efecto de tres o cuatro días de frío. El primer trineo pasó hace tres o cuatro días por aquí. Howland se volvió y cogió el rifle. El mestizo vio como le metía un peine de cartuchos en la recámara.

—Si tiene usted algo frío que comer en el paquete, sáquelo ordenó Lo comeremos corriendo. Si no tiene usted nada, iremos sin comer. Hay que alcanzar ese trineo esta tarde, o esta noche... o reventar.

—¡Por los santos del Cielo! Entonces vamos a reventar. Y si no nosotros, los perros. Eso no es posible.

—¿Hay algo que comer? —Un pedazo de carne fría. Eso es todo. Pero le digo a usted que lo que quiere es imposible. Ese trineo... Howland le interrumpió con un gesto de impaciencia.

—Y yo le digo que si hay algo que comer, lo saque usted pronto, Croisset. Vamos a alcanzar a esos buenos amigos de usted, y le advierto que si le veo hacer la menor maniobra para perder tiempo, va a ocurrir algo desagradable. ¿Estamos? Juan se inclinó para deslizar el paquete que había en el trineo y su rostro se encendió de cólera al oír el tono autoritario del ingeniero. Por un momento pareció a punto de hablar, pero se detuvo y en silencio dividió el pequeño trozo de carne que sacó del paquete en dos pedazos, de los que entregó a Howland el mayor, y se fue a la cabeza de los perros. Sólo una o dos veces durante la hora siguiente miró hacia atrás, y después de cada una de estas miradas redobló sus esfuerzos para que los perros corrieran. Antes de llegar al borde de la selva de pinos que Juan había señalado cuando se asomaron a la llanura, Howland vio que los perros no podían continuar. El primero de ellos cojeaba y los demás estaban tan fatigados que a cada instante querían echarse, y Croisset tenía que animarlos con el violento restallido de su látigo. Y por su parte Howland conoció que tampoco él mismo podía seguir a Juan y a los

perros, y al añadir su propio peso al del trineo, los animales caminaron con lento y prolongado esfuerzo. Así llegaron a la selva, y Juan, olvidándose aparentemente de los hombres y de los perros, corría delante de éstos, con los ojos constantemente fijos en las huellas que tenía ante sí. Howland no podía dejar de comprender que su innecesaria amenaza de unas horas antes todavía pesaba en el ánimo del mestizo, y en diferentes ocasiones intentó quebrantar el mutismo de éste. Pero Juan corría en silencio, respondiendo únicamente a las preguntas que le hacía directamente y no pronunciando una sola palabra fuera de las precisas. Al final el Ingeniero saltó del trineo y alcanzó a su compañero.

—Basta, Juan —exclamó—, ya tengo bastante. Tiene usted razón y debo excusarme. Estamos reventados... es decir, lo estamos los perros y yo, y realmente podemos detenernos hasta haber comido algo. ¿Qué dice usted? —Digo que usted lo ha decidido así en el momento justo, señor respondió Croisset destilando las palabras—. Otra media hora de marcha, y nos hubiéramos hallado al otro lado de la selva; e inmediatamente, al borde de la llanura... están los que usted busca, Melisa y su gente, Eso es lo que yo intenté decirle cuando me mandó callar. ¡Gran Dios!, si no fuera por Melisa, yo le dejaría a usted seguir. Y entonces... ¿qué ocurriría entonces, señor, si usted les hiciera su visita en pleno día? Juan levantó una mano como advertencia. Débilmente, llegó hasta ellos a través de la selva el lejano ladrido de un perro.

—Es el ladrido de uno de nuestros perros del país de Mackenzie —dijo apaciblemente, con una inclinación de triunfo en su voz—. Ahora, señor, que le he traído aquí, ¿qué va usted a hacer? ¿Quiere seguir para ir a comer con los que quieren matarle, o prefiere esperar unas horas? ¿Eh? ¿Qué hacemos? Un momento permaneció Howland inmóvil, sorprendido por las palabras del mestizo. Pronto volvió a recuperar el dominio de sí mismo. Sus ojos despedían un brillo metálico cuando consideraron la burla que había en la fría sonrisa de Croisset.

—Si yo no le hubiese detenido, ¿usted hubiera seguido adelante? —preguntó mirándole fijamente.

—Esté usted seguro, señor —respondió Croisset sonriendo todavía—. Usted me dijo que no perdiera tiempo... ocurriese lo que ocurriese. Con un rápido movimiento, Howland sacó su revólver y apuntó al corazón del mestizo.

—¡Si tiene usted la costumbre de rezar a sus santos, hágalo, Juan Croisset —gritó furiosamente—, porque ahora voy a matarle!

Capítulo XIV

El resplandor de la luz

EN un segundo, la faz de Croisset se convirtió en una máscara de lo que había sido hasta entonces. La burlona sonrisa dejó sus labios y una palidez grisácea se extendía sobre su rostro cuando vio que Howland amartillaba su revólver. En seguida oyó el sonido de un golpe metálico.

—¡Maldición! Un cartucho vacío —exclamó Howland—. Me olvidé de recargar el revólver después de los tres disparos que hice a la taza. ¡Esta vez será, Juan! Deliberadamente, tiró con el segundo cartucho vacío.

—¡Gran Dios! —balbuceó Juan—. Señor... De lo profundo de la selva llegó otra vez el ladrido del perro de Mackenzie. Esta vez sonaba mucho más cerca y por un momento los ojos de Howland se apartaron del mestizo aterrorizado e inclinó la cabeza para oír mejor.

—Van a llegar, señor —exclamó Croisset—; señor, le juro... Otra vez la pistola de Howland le apuntó al corazón.

—Entonces, es más necesario que yo le mate —dijo con horrible sangre fría—. Ya le advertí que le mataría a usted si me hacía caer en una trampa. Los perros están cansados. No va a haber más remedio que combatir, si alguien se aproxima por la senda. ¡Oiga usted eso! Esta vez todavía más cerca se oyó el grito de un hombre y luego el de otro, seguido por el ladrido fiero de los perros a medida que se acercaban por la senda. La excitación que había encendido el rostro de Howland se trocó en palidez, hasta que estuvo tan lívido como el mestizo. Pero no era la palidez del miedo. Sus ojos tenían el brillo del acero azuleando al sol.

—No hay más remedio que combatir —repitió, con más calma que antes—. Si estuviéramos a una o dos millas atrás, todo habría ocurrido como lo había planeado, pero aquí...

—Oirán los disparos —exclamó Juan—. El puesto no está más que a la distancia de un tiro de fusil del borde de la selva, y hay allí mucha gente que vendría a ver lo que era. Pronto, señor, sígame usted. Es posible que sean cazadores que vienen a ver sus cepos. Si ocurre lo peor...

—Entonces, ¿qué? —preguntó Howland.

—Me matará usted un poco después —dijo el mestizo, con su habitual sangre fría—. Señor, tengo miedo de ese revólver. Yo le sacaré a usted de aquí si puedo. ¿Quiere darme esa posibilidad... o me va usted a disparar? —Le dispararé si no me saca de aquí. Escasamente habían salido estas palabras de su boca, cuando Croisset saltó a la cabeza de los perros, cogió al delantero por el collar y medio los arrastró a todos y al trineo a través de los espesos matorrales que bordeaban la senda. Unos doce pasos más allá, la maleza se aclaró en un ribazo de pinos a través de los que Juan marchó a trote lento, con Howland a una yarda detrás de él y con los perros siguiéndoles con perspicacia casi humana por las sinuosas vueltas de la senda que el mestizo iba trazando para ellos. No habían recorrido más de trescientas yardas cuando llegó a ellos por tercera vez la voz de alerta. Con un seco ¡hup!, ¡hup!, y un pequeño restallido de su látigo, Juan hizo parar a los perros.

—¡La Virgen sea loada, hemos tenido suerte! —exclamó—. Se han vuelto por otra senda, hacia el Este, señor. Si hubieran llegado al punto donde hemos dejado la senda rompiendo por la maleza... Encogió sus hombros con una expresión de alivio. No hubieran sido bastante tontos para pasar sin preguntarse qué significaba esa rotura. Howland había abierto la recámara de su revólver y estaba reemplazando los cartuchos vacíos por otros cargados.

—La próxima vez no habrá error —dijo conservando el arma en la mano—. Ha estado usted más cerca de la muerte que nunca, Croisset. Y ahora, una explicación sencilla para que nos entendamos bien. Hasta que nos detuvimos allí, en la senda, yo tenía alguna confianza en usted. Ahora no tengo ninguna. Le miro como a mi peor enemigo, y aunque sea usted casi tan diabólico como sus compañeros, le aseguro que en toda su vida no ha estado en situación más peligrosa. Si yo fracaso en mi misión aquí, usted morirá. Si otros pasan a lo largo de la senda antes de la noche y se acercan a nosotros, le mataré. A menos que haga lo posible para que yo vea y hable a Melisa, le mataré. Su vida depende de mi buen éxito. Con mi fracaso, su muerte es tan segura como la llegada de la noche. Le meteré una bala en el cuerpo a la menor sospecha de traición por su parte. En estas circunstancias, ¿qué se propone usted hacer?

—Me alegro de que haya cambiado de idea, señor, y no le irritaré más. Haré lo mejor que pueda —dijo Juan. A través del espacio estrecho que dejaban las copas de los pinos iban cayendo algunos copos de nieve y Juan levantó sus ojos hacia el pedazo de cielo gris.

—Si no corren detrás de nosotros por la senda ahora, señor, estaremos a salvo. Condujo los perros a través de la selva, otra vez, más lentamente y con más precaución que antes, y cada vez que volvía los ojos podía ver el brillo siniestro del revólver de Howland apuntándole a la espalda.

—¡Diablo, eso me incomoda! —protestó Juan—. El gatillo está levantado, señor.

—Si. Va levantado —dijo Howland ceñudamente y jamás se desvía de su espalda, Croisset. Si se disparase accidentalmente, le agujerearía el cuerpo de parte a parte.

Media hora más tarde el mestizo se detuvo donde los pinos se inclinaban en la pendiente ascendente de una colina.

—Si tuviera usted confianza en mí, le suplicaría que siguiera adelante —murmuró Juan—. Esta colina se asoma a la llanura, y en la cumbre hay una vieja cabaña abandonada desde hace muchos años. No hay probabilidad de que haya nadie allí, aunque está frecuentada por los zorros en esta época del año. Desde ella puede usted ver la luz de la ventana de Melisa en la noche. No se detuvo para observar el efecto de sus palabras, sino que comenzó a subir la cuesta hacia la cumbre, con los perros esforzándose tras de sus talones. En la cima saltó bruscamente entre dos grandes masas de roca cubiertas de nieve, y al amparo de la mayor de ellas, casi enteramente resguardado de los restos amontonados por los vientos del Este, llegaron a una pequeña cabaña de madera. En torno a ella no había signos de vida. Con diligencia observó Juan la superficie de la nieve y cuando vio que no había huellas de hombres ni animales en la helada corteza, su faz mostró una expresión de alivio.

—¡Dios mío, hasta aquí he salvado el pellejo! —murmuró sonriendo—. Ahora, señor, véalo usted mismo y diga si Juan Croisset no ha cumplido su palabra. Una docena de pasos los habían llevado a una cortina de arbustos en el opuesto borde de la cumbre de la loma. Con el brazo extendido señaló abajo, a la llanura, y cuando los ojos de Howland miraron en aquella dirección, comenzó a vibrar en una súbita excitación. A menos de un cuarto de milla de distancia, amparadas en una depresión de la llanura, había tres o cuatro construcciones de madera, negras, sobre la blanca desolación del desierto. Uno de estos edificios era una construcción vasta, semejante a aquella en la que Howland había estado prisionero, y cuando miró, un tiro y su trineo aparecieron de detrás de una de las cabañas y se detuvieron junto a la pared del vasto edificio. El conductor se distinguía perfectamente, y ante el asombro de Howland empezó a ascender a lo largo del muro. Hasta aquel instante no distinguió Howland una escalera. La actitud de Juan le hizo apartar los ojos. El mestizo se había asomado casi fuera de la cortina de arbustos y estaba mirando con un antejo que tenía en las manos. Con una exclamación, se volvió rápidamente al ingeniero.

—Mire usted, señor. ¿Ve aquel hombre subiendo por la escalera? No necesito decirle que es uno de los que le golpearon a usted la cabeza en la selva, y también uno de los que le encerraron en el túnel. Éste es su alojamiento en el puesto, y probablemente sube a ver a Melisa. Si usted pudiera desperdiciar sus tiros, podría hacerle desde aquí uno o dos disparos. El caminante se había detenido evidentemente en una plataforma situada a la mitad del edificio. Permaneció por un momento como observando la llanura y la colina, y desapareció. Howland no había hablado una palabra, pero todos los nervios de su cuerpo sufrían una extraña tensión.

—¿Dice usted que Melisa... está allí? —preguntó titubeando—. ¿Y él... quién es ese hombre, Croisset? —Juan se encogió de hombros y retrocedió dentro de la maleza, caminando lentamente hasta la vieja cabaña.

—No, señor; eso no se lo diré —protestó—. Yo le he traído a este sitio. Le he mostrado la escalera que conduce al cuarto donde encontrará a Melisa. Usted me puede hacer pedazos para los cuervos, pero yo no le diré una palabra más. Otra vez el fuego amenazador apareció en los ojos de Howland.

—Voy a molestarle atándole las manos a la espalda, Croisset —ordenó—. Le devolveré cierta cortesía que usted me hizo, atándole las manos por detrás, como hizo conmigo. Después de eso...

—¿Y después de eso, señor...? —inquirió Juan con algo de su habitual tono de burla en la voz, volviéndose de espaldas al ingeniero—. Después de eso, ¿qué?

—Me dirá usted todo lo que yo tengo necesidad de saber —acabó Howland apretando fuertemente la correa alrededor de sus muñecas.

Entonces se dirigió primero hacia la cabaña. La puerta estaba cerrada, pero se abrió fácilmente cuando hizo presión en ella con todo el peso de su cuerpo. El interior, sencillo, estaba alumbrado por una sola ventana a través de la que había entrado un montón de nieve en la estancia. No había en ella más que una mesa rústica, construida junto a uno de los muros de madera, tres cajas de provisiones vacías, que habían sido sin duda usadas como asientos, y una resquebrajada estufa de hierro, comida de orín, y, según todas las apariencias, largo tiempo desusada. Empujó al mestizo hasta hacerle sentarse junto a un extremo de la mesa. Sin hablar una palabra salió fuera, trabó fuertemente al perro que iba a la cabeza del equipo, y volviendo a la cabaña cerró la puerta y se sentó al opuesto extremo de la mesa, frente a Juan.

La luz de la ventana abierta caía de lleno sobre la morena faz de Howland, que por casualidad apuntaba al pecho del otro. Se oyó un chasquido amenazador cuando el ingeniero desamartilló el gatillo del arma.

—Ahora, querido Juan, estamos listos para empezar la verdadera caza explicó Aquí estamos nosotros, prestos a todo, y allá abajo, a la suficiente distancia para no oír el sonido de mi revólver cuando yo lo dispare, aquéllos a quienes vamos a combatir. Hasta ahora he caminado completamente entre tinieblas. Yo no conozco una razón por la que no pudiera ir allí francamente, ser bien acogido y obsequiado con una buena comida. Y, sin embargo, conozco que mi vida estaría en grave riesgo si lo hiciera así. Usted puede hacerme ver claro en este negocio y eso es lo que va a hacer ahora mismo. Cuando yo sepa por qué se me ha condenado a ser asesinado, no lucharé con desventaja como ahora. De manera que comience usted a explicarse. Si no lo hace, le atravesaré la cabeza de un balazo.

Juan permaneció impassible, los labios rígidos, la cabeza firme y retadora.

—Puede usted disparar, señor —dijo tranquilamente—. Yo he jurado ante una cruz de la Virgen no decirle más de lo que ya le he dicho y usted no puede condenarme obligándome a revelar lo que me pregunta.

Lentamente, Howland levantó su revólver.

—Una vez más, Croisset, ¿hablará usted?

—No, señor.

Una explosión ensordecedora llenó la cabaña. Desde el lóbulo de la oreja de Juan corrió un rojo hilo de sangre. Su faz había palidecido mortalmente. Pero aun cuando la bala le había herido a algunas pulgadas del cerebro, no había flaqueado.

—¿Hablará usted, Croisset?

Esta vez el agujero negro del cañón de la pistola se centró entre los ojos del mestizo.

—No, señor.

Los ojos de los dos hombres se encontraron sobre el azulado acero. Con un grito, Howland apartó el arma lentamente.

—¡Gran Dios, es usted un hombre valiente, Juan Croisset! —exclamó—. ¡Antes mataría a una docena de hombres que conozco, que a usted!

Se puso en pie y fue a la puerta. Todavía había poca nieve en el suelo. Hacia el Norte el horizonte se iba obscureciendo con la proximidad de la noche septentrional. Con una risa nerviosa volvió hacia Juan.

—Que me lleve el diablo si no me siento inclinado a excusarme ante usted —exclamó—. ¿Le duele mucho?

—No más que si me hubiera clavado una espina respondió Juan cortésmente Es usted un buen tirador.

—No lo aprovecharé para matarle a usted... por ahora —murmuró Howland sentándose otra vez en la caja y apoyando la barba en la palma de la mano mientras miraba al otro—. Pero ésa ha sido una prueba de que estoy desesperado y necesito acabar este negocio, Croisset. No reñiremos por las cosas que le he preguntado. A lo que he venido aquí ha sido a ver a Melisa. Ahora bien: ¿cómo podré hacerlo?

—Por mi vida que no lo sé —replicó Juan tan fríamente como si una bala no hubiera pellizcado el borde de su oreja un momento antes Solamente hay un medio, según creo, señor, y consiste en esperar y vigilar desde esta colina hasta que Melisa salga con su trineo. Ella tiene sus perros y habitualmente sale con frecuencia sola o acompañada de alguna de las mujeres del puesto, Verdad es que últimamente ha corrido bastante, en trineo, y no sé si encontrará placer en guiar sus perros durante mucho tiempo.

—Yo había pensado en utilizarlo a usted, pero ya no tengo confianza. Honradamente, Croisset, creo que me atacaría por la espalda tan prestamente como los asesinos que están allí abajo.

—Por la espalda, no, señor —sonrió el mestizo, impasible He tenido ocasiones de hacerlo. No, desde nuestro combate, creo que no necesito matarle.

—Pero yo sería un tonto fiándome de usted. ¿No es así? —Si yo le diera mi palabra, no. Eso es algo que nosotros respetamos aquí como no lo respetan las gentes de Wekusko ni las de otras partes más al Sur.

—Pero ustedes asesinan a las gentes por divertirse..., ¿eh, querido Juan? Croisset se encogió de hombros sin hablar.

—Vamos a ver, Croisset —dijo Howland con súbita avidez—. Casi estoy tentado a probar suerte con usted. ¿Quiere ir al puesto esta noche, llegar por cualquier medio hasta Melisa y darle una carta mía?

—¿Y qué diría esa carta?

—Haría que Melisa viniera a esta cabaña..., esta noche.

—¿Está usted seguro, señor?

—Estoy seguro. ¿Quiere usted ir?

—No, señor.

—¡El diablo se lo lleve! —gritó Howland furiosamente—. Si no tuviera la seguridad de que he de necesitarlo más adelante, lo estrangularía ahora mismo. Se levantó y fue a la estufa. Todavía podía servir para encender fuego, y como el exterior era ya bastante oscuro, de manera que no podía verse el humo desde el puesto, comenzó a preparar una comida compuesta de café caliente y carne. Juan lo observaba en silencio, y hasta que la comida no estuvo sobre la mesa no rompió la pausa el ingeniero.

—Naturalmente, no le voy a alimentar —dijo secamente—, y por eso le desataré. Pero ande con cuidado... Puso el revólver sobre la mesa, a su lado, cuando hubo libertado a Croisset.

—Yo podría asesinarlo a usted con un tenedor —dijo el mestizo suavemente, mientras sus ojos reían sobre su taza de café—. Pero bebo a su salud, señor, y deseo su felicidad.

—Miente usted —interrumpió Howland. Juan bajó la taza sin beber.

—Es la verdad, señor —insistió—. Desde aquel magnífico combate, yo no puedo dejar de desear su felicidad. Bebo también por la felicidad de Melisa, y por la de los que intentaron matarle en la senda y en el túnel. Pero, Dios mío, ¿cómo podrá ocurrir esto? Los del puesto son felices porque creen que usted está muerto, Usted no será feliz hasta que hayan muerto ellos. Y Melisa... ¿cómo podrá todo esto hacerla feliz? Le aseguro que estoy tan confuso como usted, señor Howland. ¡Que la Virgen me haga morir si miento! Bebió, y sus ojos obscurecieron tristemente. En aquel momento relampagueó en la memoria de Howland el recuerdo del combate que Juan había sostenido en su favor en la Gran Senda del Norte.

—Casi mató usted a uno de ellos... aquella noche... en Príncipe Alberto —dijo lentamente—. Yo no puedo entender por qué usted combatió por mí entonces y no quiere ayudarme ahora. Pero usted lo hizo. Y usted tiene miedo de ir ahora allí abajo...

—Hasta que me crezca la barba —interrumpió Juan con una sonrisita burlona—. Usted no moriría solo si ellos me vieran otra vez como ahora aparezco. Pero basta, señor. No diré nada más.

—No quisiera que estuviera incómodo, Juan —se excusó Howland, mientras aseguraba de nuevo las manos del mestizo, después que hubieron satisfecho su

apetito—, pero a menos que me jure por su Virgen, o algo por el estilo, que no pedirá socorro, me verá obligado a amordazarle. ¿Qué dice usted?

—No gritaré, señor. Le doy mi palabra. Con otra correa, Howland ató las piernas de su compañero.

—Voy a investigar un poco —explicó—. No tengo miedo a su voz, porque si comienza a gritar, yo le oiré primero. Pero con las piernas libres podría correr desesperadamente para escaparse.

—Haga el favor de extender una manta en el suelo, señor. Si tarda usted en volver, este cajón se me hará duro e incómodo.

Pocos minutos después, luego de haber acondicionado a su prisionero tan cómodamente cómo fue posible en la cabaña, Howland fue de nuevo a través de la cortina de arbustos del borde de la colina. A sus pies la llanura se perdía en la obscuridad de la noche. No podía ver nada de los edificios del puesto, salvo dos o tres luces brillando débilmente, lejanas en las tinieblas. En el cielo no había estrellas; la nieve, espesándose, imposibilitaba la vista de cualquier luz que pudiera haber al Norte, y cuando miró al Oeste caía más rápida y densa y las luces se debilitaron cada vez más, hasta que todo el panorama fue de una negrura caótica.

En este momento un deseo que era casi una locura le asaltó. Desde su combate con Juan, la rápida sucesión de los acontecimientos había confinado sus pensamientos en un solo objeto; el encuentro con Melisa y su gente. Se había asegurado a sí mismo que cada uno de sus actos sería frío y obediente a un cálculo y que nada, ni siquiera su gran amor, le haría perder la sangre fría y el espíritu razonador que habían hecho de él un ingeniero. Mientras permanecía inmóvil con la nieve cayendo sobre él, pensó que sus huellas serían borradas antes del día siguiente y que por un indefinido período podía vanamente esperar y vigilar por Melisa en la cumbre de la colina. Y, sin embargo, comenzó a descender por la falda de ésta. A poca distancia ante él, poco más de lo que su voz alcanzaba, estaba la muchacha por la que se hallaba decidida a sacrificar todo lo que había constituido la ambición de su vida. Con cada paso que daba hacia ella crecía en él el deseo, el impulso de acercarse más, de cruzar la llanura, de aproximarse en el silencioso torbellino de la tempestad de nieve hasta poder mirar la luz que Juan Croisset le había dicho que resplandecería en su ventana.

Descendió hasta el pie de la colina, caminó por la llanura tomando la precaución de hundir sus pies en la nieve, de manera que luego le sirvieran sus propias huellas para guiarse en el retorno a la cabaña. Al principio se encontró embarazado por los matorrales. Luego la llanura se hizo más desolada, y conoció, que, no había más que la nieve y la noche ante sus ojos. Sin embargo, no tenía motivo ni razón para hacer lo que hacía. La nieve cubriría sus pasos antes de la mañana. No había peligro en su excursión, y así podría echar una ojeada a la luz, a «su» luz.

Llegó a su vista de un modo tan repentino que hizo saltar su corazón. Un perro ladró enfrente de él, tan cerca que detuvo sus pasos, y entonces una lámpara

resplandeció a través de una ventana, iluminando el torbellino de nieve. Antes de respirar de nuevo se dio cuenta de lo ocurrido. En el caos, ante él, se había descorrido una cortina. ¡Se encontraba casi en los muros del puesto, y la luz resplandecía desde arriba, en lo alto de la escalera!

Durante un momento permaneció inmóvil, escuchando y observando. No hubo otra luz ni otro ladrido de perro. Alrededor de él caía la nieve con pausado revoloteo y ello le dio una sensación de seguridad. Los ojos más sagaces no podían verle ni los oídos más finos oírle... y avanzó otra vez hasta que ante él se alzó en las tinieblas una masa sombría todavía más negra que la noche misma. La única ventana iluminada era completamente visible ahora, la cortina estaba descorrida en sus dos tercios, y, cuando la miró, una sombra pasó tras los cristales. ¿Era la sombra de una mujer? La ventana se oscureció cuando la silueta se acercó aún más, y Howland permaneció con los puños cerrados y el corazón latiéndole apresuradamente, casi dispuesto a pronunciar quedamente un nombre. Un poco más cerca... un paso más... y él hubiera conocido quién estaba tras los cristales. Podía arrojar un pedazo de nieve endurecida, un cartucho de su cinturón, y entonces...

La sombra desapareció. En la obscuridad, Howland buscó la escalera llena de nieve y miró a lo alto. A diez pies sobre su cabeza brilló de nuevo la luz.

Miró hacia la obscuridad de que procedía y quedaba detrás de él. Nada... nada más que la tempestad. Rápidamente, subió por la escalera.

Capítulo XV

En el dormitorio

ARRIMÁNDOSE estrechamente a los negros maderos del muro, Howland se detuvo en la plataforma al final de la escalera. Su mano tocó el marco de la puerta y contuvo la respiración cuando sus dedos hicieron sonar inadvertidamente el acero de un cerrojo. Después de un momento, siguió adelante, tres pasos... cuatro... a lo largo de la plataforma, y al final se arrodilló en la nieve junto a la ventana, recorriendo con sus ojos el interior del cuarto alumbrado. Vio primero una parte de pared, escasamente iluminada; luego una pequeña mesa cerca de la ventana, cubierta por una gran piel de oso blanco. En la mesa, pero más allá de su radio visual, estaba la lámpara. Se acercó un poco más por la nieve inclinándose adelante hasta que vio los pies del blanco lecho. Un poco más y se detuvo, su blanca faz pegada al cristal de la ventana.

En el lecho, frente a él, estaba Melisa. El mentón reposaba entre sus manos y vio que vestía un peinador y que su hermosa cabellera estaba suelta y se desrizaba en ondas brillantes en torno de ella, como si hubiera acabado de hacer su tocado de noche. Un movimiento, un ligero alzamiento de sus ojos, y le hubiera visto.

Estaba lleno de un irresistible impulso de acercar su rostro aún más al cristal, de tocar en la ventana, de llamarle la atención hacia él, pero cuando su mano se alzó para hacerlo, algo le retuvo. Lentamente, la muchacha levantó la cabeza, y él se sintió emocionado hasta el punto de obedecer a otro impulso que le hizo retroceder hasta que su rostro se confundiera con la fugaz cortina de nieve. Observó cómo ella se volvía de espaldas y sacudía su espléndida cabellera hasta casi quedar envuelta en una masa de cobre y oro. La contempló todavía mientras ella recogía sus cabellos en tres grandes trenzas y las unía en una sola.

Durante un instante sus ojos recorrieron el cuarto, en el que no había otra persona que Melisa. Vio una puerta y observó que se abría a otro cuarto, al que se podía entrar por la puerta de la plataforma donde él se hallaba. Con su habitual exactitud para los detalles llegó a una conclusión definida. Éstas eran las habitaciones de Melisa en el puesto separadas de todas las otras, y Melisa se estaba preparando para dormir. Si la puerta exterior no estaba cerrada con llave por dentro y él entraba, ¿qué peligro podía

haber? Era tarde. El puesto estaba dormido. No había visto más luz que la de la ventana a través de la cual se hallaba mirando.

Apenas había tenido tal pensamiento, y ya estaba en la puerta de la plataforma. El picaporte chirrió suavemente bajo sus dedos. Empujó la puerta hacia dentro con precaución y metió la cabeza y los hombros. El aire, dentro, era húmedo y frío. Extendió un brazo a la derecha y su mano encontró la superficie del muro toscamente desbastada. Avanzó un paso y anduvo hacia la izquierda. Allí también su mano tocó el muro. Estaba en un estrecho corredor. Frente a él brillaba un tenue rayo de luz bajo la puerta que conducía al cuarto de Melisa. Alentándose a sí mismo, fue resueltamente a la puerta, golpeó ligeramente para advertir su presencia, y entró. Melisa había desaparecido. Cerró la puerta tras de sí, sin dar apenas crédito a sus ojos. Entonces, en el extremo opuesto del cuarto, vio una cortina ondulando ligeramente, como por el movimiento de una persona que estuviera tras de ella.

—Melisa —dijo suavemente.

Blanco y cubierto de nieve, su faz exangüe por la emoción de aquel instante, permaneció con los brazos extendidos casi hasta tocar la cortina, cuando ésta se abrió hacia un lado y la muchacha apareció ante él. Al principio no le reconoció en este fantasmal disfraz que le había proporcionado la tormenta. Pero antes de que saliera de sus labios el grito que había acudido a ellos, el terror que la había hecho palidecer cedió a un rubor que encendió su rostro. Durante un instante no se cruzó palabra entre ellos, mientras permanecían separados por la anchura del cuarto, Howland con los brazos extendidos hacia ella, en muda súplica; Melisa, con las manos sobre su pecho, la garganta agitada por ahogados sollozos que no producían más sonido que el aletear de un pájaro.

Y cuando Howland fue hacia ella, no encontró palabras para expresar ninguna de las cosas que había pensado decirle en voz baja, y no acertó sino a atraerla hacia sí y oprimirla contra su pecho, comprendiendo que en este momento nada podía probarle más elocuentemente que el latido de su propio corazón y la apasionada presión de su rostro contra el de ella, el gran amor que parecía hasta dar vida al silencio que les rodeaba.

Fue un silencio roto un instante después por un breve grito ahogado, el rápido alentar aterrorizado de un rostro que se volvía hacia él desprovisto ya de su rubor, y temblando con un miedo que le privaba del uso de la palabra. Sintió los brazos de la muchacha pugnando por libertarse de él; sus ojos le miraban con un horror lleno de interrogaciones, como si su presencia fuera una cosa de la que tuviera pánico. Este cambio le tonificó. Esto era lo que él esperaba, el primer terror de su presencia, la lucha contra su voluntad, y entonces sintió que, volvían a él las fuerzas que había reservado para este instante. Abrió los brazos y Melisa se apartó de ellos, volviendo a recogerse con ambas manos su peinador sobre el seno.

—He venido por usted, Melisa —dijo tan calmadamente como si su llegada hubiera sido esperada—. Juan es mi prisionero. Yo le forcé a traerme a la vieja

cabaña que está en la cumbre de la colina, ahí enfrente, y está aguardando con los perros y el trineo. Nos iremos esta noche..., «ahora». —Súbitamente se acercó a ella otra vez, su voz desfalleciendo en un tono suplicante—. ¡Por Dios!, ¿no ve ahora cuánto la amo? —continuó cogiéndole el bello rostro entre las manos—. ¿No comprende, Melisa? Juan y yo hemos peleado... Él está atado de pies y manos allí... en la cabaña..., y yo la estoy esperando a usted... a usted... —Oprimió su faz contra la de ella. Tan cerca tenía sus labios, que podía sentir su aliento—. He venido para pelear por usted si no viene —murmuró ardorosamente—. Yo no sé por qué la gente de usted ha querido matarme, y no sé por qué quieren matarme, y todo ello me es igual ahora. La necesito. La he necesitado desde la primera vez que la vi a través de la ventana, desde el combate en la senda, a cada minuto, a cada hora, y no renunciaré a usted mientras me quede vida. Si no quiere venir conmigo..., si no quiere venir ahora, esta noche... —la retuvo más estrechamente, la voz temblando sobre su pelo—. Si no quiere venir... ¡me quedaré aquí, con usted!

Había una emocionada vibración en sus últimas palabras, una vibración más elocuente que todo lo que había dicho antes, y Melisa se apartó un poco de él, protestando con un débil grito.

—¡No..., no! —balbuceó apretándole el brazo con ambas manos—. Debe irse ahora mismo... ahora... —Le empujó hacia la puerta y él retrocedió un paso, mirándole el rostro, y vio el ahogado temblor de su nivea garganta, y oyó el jadeante terror de su aliento—. Le matarán si le encuentran aquí —le apremió—. Creen que está usted muerto..., que cayó en el hielo y se ahogó. Si no me cree, si no cree que no podré jamás irme con usted, dígame a Juan...

Sus palabras parecieron ahogarla mientras luchaba consigo misma para acabar la frase.

—¿Qué le digo a Juan? —preguntó él dulcemente.

—¿Se irá usted entonces? —exclamó ella con sollozante avidez, como si él la hubiera entendido al fin—. Dirá a Juan que se lo cuente todo, todo lo que se refiere a mí, todo lo que se refiere a...

—No —la interrumpió.

—Si usted supiera... se iría para no verme nunca más... Comprendería entonces...

—Yo jamás comprenderé —interrumpió otra vez—. Repito que es usted la que no me comprende, Melisa. No me importa lo que Juan pueda decirme. Nada de lo que pueda haber ocurrido me hará renunciar a usted. ¿Lo entiende? Nada, se lo repito. A menos que... lo que sea... a menos...

Por un momento se detuvo, mirándola fijamente.

—Nada, nada en el mundo, Melisa —replicó casi en un murmullo—, a menos que no dijera usted la verdad en la senda de Wekusko cuando le pregunté si no era un pecado amarla...

—Y si yo le dijera..., si yo le confesara que es un pecado, que mentí allí, ¿se iría usted? —preguntóle ansiosamente.

Le brillaban los ojos mirándole con extraña claridad.

—No —dijo él con calma—. No la creería a usted.

—Pues es verdad. Yo mentí, mentí terriblemente. He pecado aún más terriblemente... y debe irse. ¿No me comprende ahora? Si alguien llegara y le encontrara aquí...

—Pelearíamos —dijo, ceñudo—. Vengo dispuesto a combatir.

—Aguardó un momento y en aquel silencio la cabeza morena, frente a él, se inclinó lentamente, y a través de la frágil forma vio pasar un temblor como causado por un dolor instantáneo. La palidez se había ido del rostro de Howland. La muda sumisión de la cabeza inclinada, los sollozos que oía en la respiración de la muchacha, la confesión que leía en su silencioso dolor, hicieron que su corazón se agitase, y otra vez la cogió entre sus brazos y le alzó el rostro hacia el suyo. No hacía resistencia ahora, no pronunciaba una palabra, no le pedía que se fuera; pero en sus ojos vio la expresión suplicante que una vez le había mostrado en la senda de Wekusko, y en la roja y temblorosa boca la misma tortura y amor y sumisión que habían encendido allí su espíritu. Amor, triunfo, inquebrantable fe, brillaban en sus ojos, y él acercó su faz más todavía, hasta que la amable boca fue como una rosa carmesí, que besó apasionadamente.

—Me dijo usted algo que no era verdad... una vez... allá abajo —murmuró— y me prometió que no lo haría otra vez. No ha pecado... usted en el sentido que yo quiero decir, y en ese sentido tiene usted que creerme. —Sus brazos la estrecharon aún más y su voz se llenó de un ardiente anhelo—. ¿Por qué no me lo dice todo? —suplicó—. Cree que si yo supiera ciertas cosas no querría volverla a ver y me volvería al Sur. Me ha dicho usted eso. Pues entonces... si quiere que me vaya... ¿por qué no me revela esas cosas? Si no puede hacerlo, véngase conmigo esta noche. Nos iremos a cualquier parte..., lejos..., al fin del mundo.

Se detuvo al ver la expresión que repentinamente había adquirido la faz de su interlocutora. Había vuelto los ojos hacia la ventana. Y él los vio llenos de un extraño terror, e involuntariamente siguiólos hacia el cristal por donde se atisbaba la tempestad de nieve. Pegada al fino cristal aparecía la faz de un hombre. Percibió la fugitiva imagen de un rostro de hombre barbudo, blanco de nieve, y de unos ojos que le miraban fijamente. Conoció aquel rostro. Cuando la vida parecía huir de su pecho lo había visto sobre sí, en la emboscada de la Gran Senda del Norte. Tenía la misma expresión de odio, de cólera diabólica que entonces.

Con un movimiento rápido, Howland se separó de la muchacha y alzó el cañón de su revólver hacia donde el rostro había estado. Pero el arma brillante no apuntaba ahora más que al vacío. Apenas había desaparecido la faz cuando se oyó un fuerte grito viril, la áspera llamada de un hombre, luego de otro, y después el rápido y furioso ruido que al abrirse hizo la puerta exterior.

Howland se volvió apuntando a la única entrada de la estancia. La muchacha estaba frente a él, y con un grito de alarma le desvió el cañón del revólver hacia arriba. En un momento ella había cerrado con llave por dentro y había vuelto hasta él, blanca su faz, su pecho agitado por el miedo. No le dijo una palabra, pero con un quejido de terror le cogió por el brazo y le hizo pasar tras de la luz y la cortina que la habían ocultado cuando él entró en el cuarto minutos antes. Se hallaron en una segunda estancia, pálidamente alumbrada por un montón de carbón que ardía y brillaba a través de la puerta entreabierta de una estufa, y con una segunda ventana que daba a la oscura noche. Enérgicamente le arrastró hasta esa ventana, casi haciéndole daño en el brazo con la presión de sus dedos...

—¿Tiene usted que irse... por aquí! —exclamó ahogadamente—. ¡Pronto!... ¡Oh, Dios mío, vaya usted de prisa! ¿No se va usted?

Howland se había detenido. Desde la negrura del corredor llegó hasta ellos el golpe de los puños cerrados en la puerta y la rabia de las voces atronadoras pidiendo que se les abriera. Desde fuera, en la lobreguez de la noche, respondía a este estruendo el furioso ladrido de un perro y el grito de una segunda voz.

—¿Por qué me tengo que ir? —preguntó—. Ya le he dicho hace un momento que vengo dispuesto a combatir, Melisa. ¡Me quedaré y combatiré!

—Se lo ruego..., váyase —sollozó la muchacha, luchando por acercarlo más a la ventana—. Puede salvarse en la tempestad. La nieve cubrirá sus huellas. Si se queda, le matarán... le matarán...

—Prefiero combatir y morir, mejor que huir sin usted —la interrumpió.

Ella se estrechó contra su pecho.

—No puedo irme... ahora... por aquí... —le apremió—. Pero iré a buscarle. Se lo prometo... Me iré con usted. —Un instante sus manos acariciaron a Howland el rostro—. ¿Se irá si le prometo eso?

—¿Si jura que me seguirá..., que vendrá a reunirse conmigo en Wekusko? ¡Dios mío! ¿Me dice la verdad?

—Sí, sí. Me iré con usted... si se va ahora. —Se separó de él y la oyó abrir la ventana—. Iré, iré... pero no a Wekusko. Le seguirán allí ellos. Vaya a Príncipe Alberto..., al hotel donde le vi por la ventana... Yo iré allí... pronto, lo antes que pueda...

Una ráfaga de aire frío le dio en el rostro. Había vuelto a poner su revólver en la pistolera y por un instante tuvo a Melisa entre sus brazos otra vez.

—¿Querrá ser mi mujer? —murmuró.

La sintió sollozando otra vez contra él. Súbitamente, los brazos de ella rodearon su cuello.

—Sí, si me quiere todavía... si me necesita después de saber quién soy. Y ahora... se lo ruego, se lo ruego, ¡váyase!

Se echó fuera de la ventana, colgando por un momento desde el borde.

—Si no viene dentro de un mes... volveré —dijo.

Las manos de ella estuvieron otra vez en su faz. Una vez más, como en la senda en Le Pas, sintió la dulce presión de sus labios.

—Iré —la oyó decir.

Sus mismas manos le empujaron hacia atrás, y se vio forzado a dejarse caer en la nieve. Apenas habían tocado sus pies en el suelo cuando sonó el furioso aullido de un perro cerca de él, y al lanzarse dentro de la tempestad de nieve el animal le siguió tocando casi sus talones, aullando ferozmente como los perros lobos que le habían traído desde el Sur. Entre los ladridos del perro y las voces de alarma de los hombres, transcurrió menos tiempo del que se emplea en relatarlo. Desde la plataforma de la escalera llegó a él una descarga de fusilería, cuyas balas silbaron sobre su cabeza, y mezclada con el fuego se oía una áspera voz que apremiaba al perro que le seguía tan de cerca.

La presencia del perro llenó al ingeniero de un miedo que no había previsto. Ni un solo instante el perro suspendió sus fieros ladridos mientras corría tras él en la noche tempestuosa, y Howland comprendió que la nieve y la obscuridad le servirían de poco en aquella carrera por salvar su vida. No tenía más que una salida y quiso aprovecharla. Gradualmente fue aflojando su paso, sacando y amartillando su revólver; entonces se volvió rápidamente para afrontar a la Némesis aulladora que iba tras él. Tres veces hizo fuego en rápida sucesión, a la sombra que se movía en la lóbreguez nocturna, y de aquella sombra salió un aullido de dolor que le hizo conocer que había dado en el blanco.

Nuevamente siguió corriendo con un apagado grito de reto en los labios. Nunca su acometividad le había exaltado de tal modo. Allá en la ventana, escuchando con terror, rezando por él, estaba Melisa. La certeza de que ella estaba allí, de que al fin la había ganado, y estaba combatiendo para ella, le excitó con un júbilo que llegaba casi a la locura. Nada podía detenerle. Cargó su revólver mientras corría, aflojando el paso a medida que se alejaba más, esperando que en la tempestad sus huellas serían difícilmente descubiertas.

No pensó en Juan Croisset, atado de pies y manos en la cabaña de la colina. Mientras se descolgaba de la ventana había pensado que sería una locura volver a encontrar al mestizo. Melisa le había prometido ir a buscarle y la creía, y en consecuencia ya no necesitaba para nada a Juan. Solo se aventuraría en el desierto, solo se encaminaría al Sur, confiando en su revólver para procurarse alimento y en su brújula y los fósforos que llevaba en el bolsillo para orientarse. No dejaría huellas de trineo que sus enemigos pudieran seguir ni tendría que temer traición alguna. Serían precisos mil hombres para encontrarle después de una noche como aquélla, que cubriría su retirada, y si uno lo encontraba, no tendría que hacer más que batirse con él.

Por un momento se detuvo para escuchar y mirar vanamente a la obscuridad que quedaba tras él. Cuando se volvió para reanudar su marcha, su corazón estaba tranquilo. Una sombra apareció en la noche, una docena de pasos ante él, y antes de

que pudiera alzar su revólver, la sombra se iluminó con un relámpago de fuego. Howland se echó atrás, sus dedos perdieron la culata de la pistola y al desplomarse en la nieve oyó sobre sí la ruda voz que había apremiado al perro. Después de eso hubo un lapso de silencio, de obscuridad caótica, en la que ni razonó ni vivió, y débilmente percibió el sonido de otras voces. Finalmente todas se confundieron en una... una voz sollozante que pronunciaba su nombre, una voz que parecía llegar desde el fondo de una distancia infinita y que conoció que era la voz de Melisa. Quiso hablar, levantar los brazos, pero su lengua era de plomo y sus brazos le parecieron sujetos por cables de acero.

La voz se extinguió. Vivió a través de un ciclo de noches sin palabras ni dolor. Por fin un resplandor de aurora comenzó a insinuarse débilmente. Sintió como si pasaran años de esfuerzos para moverse, para arrastrarse fuera de aquel caos. Pero al fin lo consiguió. Sus ojos se abrieron; se incorporó. Su primera sensación fue la de que ya no estaba en la nieve y que la tempestad no le azotaba el rostro. En vez de eso le rodeaba un frío húmedo de calabozo... por todas partes menos por un sitio donde un pequeño ojo amarillo de fuego le vigilaba y hacía guiños. Al principio pensó que aquel ojo debía estar a muchas millas de distancia. Pero rápidamente se fue acercando... acercando... hasta que, al fin, conoció que era una bujía que ardía a sus pies, con el silencio de un cirio funeral.

Capítulo XVI

La historia que Juan contó

FUE la luz de la bujía lo que hizo a Howland recuperar la conciencia de su dolor. Comprendió que ya no estaba en la nieve. Sus dedos tocaron la tierra húmeda cuando hizo un esfuerzo para levantarse, y con aquel esfuerzo le pareció como si un cuchillo al rojo ardiente le hubiera cortado desde el cráneo hasta el pecho. La agudeza de aquel instante de dolor le hizo lanzar un grito, y se llevó ambas manos a la cabeza esperando y temiendo. El dolor no se repitió y pudo sentarse. Un centenar de luces parecían danzar y chispear ante él, semejantes a pupilas burlescas, y le produjeron una sensación de vértigo y de náusea. Una por una se apagaron aquellas luces, hasta que sólo quedó la llama inmóvil de la bujía que había allí realmente.

Los dedos de la mano derecha de Howland estaban agarrotados cuando los separó de su cabeza y se estremeció. La lengua de llama brotando de la noche, el estampido atronador, el diluvio de fuego que había llenado su cerebro, todo era claro ahora para él. Había estado cerca de la muerte, tan cerca que un temblor frío recorrió su cuerpo al pensarlo, mientras poco a poco se esforzaba para ponerse de rodillas. El disparo de su enemigo le había rozado el cráneo. Un cuarto de pulgada, menos aún, un milímetro de desviación del proyectil, y no se habría despertado. Cerró un momento los ojos, y cuando los abrió de nuevo su visión había ganado distancia. A su alrededor distinguió perfectamente los muros de su prisión.

Le pareció que transcurría un tiempo interminable hasta que se pudo levantar y permanecer de pie y llegar a la bujía. Lentamente siguió andando pegado al muro, hasta llegar a una puerta pesada y baja, cerrada por la parte exterior; e inmediatamente después de esta puerta encontró una estrecha abertura practicada en los maderos podridos. Tenía una yarda de longitud y la anchura suficiente para que él pudiera, esforzándose, sacar el brazo. Antes de volver de nuevo a la puerta, encontró otras tres de aquellas aberturas. Le recordaron el agujero por donde había podido asomarse al exterior de la «Casa de la Muerte Roja», y comprendió que era por ellas por donde entraba el airecillo fresco y húmedo que se sentía en el calabozo.

Cerca de la mesa en que puso la bujía había una tarima y se sentó en ella. Cuidadosamente se registró los bolsillos. Su cinturón y su revólver habían

desaparecido. Le habían quitado las cartas y papeles. Ni un fósforo le habían dejado sus aprehensores.

Se detuvo en su registro y escuchó. Débilmente llegó hasta él el ruido de su reloj. Buscó en su bolsillo y no lo encontró. Escuchó de nuevo. Esta vez estaba seguro de que el sonido llegaba desde sus pies, y bajó la bujía hasta que la luz hizo brillar a poca distancia algo amarillo. Era su reloj y junto a él su cartera de piel. El dinero que llevaba en ella estaba intacto, pero sus papeles y tarjetas habían desaparecido.

Miró la hora. El horario señalaba las cuatro. ¿Era posible que hubiera estado sin conocimiento más de seis horas? Y recordó que había dejado a Juan en la cumbre de la montaña poco después del anochecer, y no eran más de las nueve cuando había visto a Melisa. ¡Siete horas! Otra vez se llevó las manos a la cabeza. Su pelo estaba rígido y manchado de sangre. Se le había helado en las mejillas y el cuello y había empapado su chaqueta. Había perdido mucha sangre, tanta que se asombró de estar vivo, y, sin embargo, durante estas horas sus aprehensores no le habían prestado asistencia, ni le habían puesto siquiera una venda en la cabeza.

¿Creían tal vez que el tiro lo había matado, que estaba muerto cuando lo echaron en el calabozo? ¿O era ésta solamente otra muestra de la bárbara brutalidad de aquellos que insistentemente querían quitarle la vida? El espíritu combativo se despertó en él otra vez con creciente fuerza. Si le hubieran dejado un arma, siquiera el pequeño cuchillo que le habían quitado del bolsillo, todavía habría hecho un esfuerzo para defenderse. Pero ahora estaba completamente inerme.

Quedaba todavía un rayo de esperanza en la posibilidad de que le creyeran muerto. Si los que le habían arrojado al calabozo creían esto, estaba seguro por varias horas. Nadie vendría a recoger su cuerpo hasta que fuera de día y probablemente hasta la noche, cuando hubieran cavado una sepultura y pudieran transportarle con algún secreto. Si durante ese tiempo podía escapar de su prisión podía encaminarse hacia Wekusko. No tenía duda de que Juan continuaba todavía preso en la cumbre de la colina. Los perros y el trineo estaban allí y los rifles donde él los había escondido. Sería un viaje difícil, acaso un combate mientras huía, pero estaba seguro de ganar, y después de algún tiempo Melisa iría a buscarle al hotel del Saskatchewan.

Se puso en pie más animado, brillándole los ojos a la luz de la bujía. El recuerdo de cómo la muchacha había llegado a él en la noche le restituyó todo su ardor combativo, toda su indomable confianza y esperanza. Melisa le había seguido cuando el perro le perseguía, cuando dispararon contra él; se había arrodillado junto a él en la nieve, mientras se desangraba a los pies de sus enemigos. Había oído su voz llamándole, y sentido el emocionante contacto de sus brazos, el terror y el amor de sus labios cuando le creía agonizando. Se había prometido a él y estaba seguro de que le cumpliría la promesa su «virgen de las nieves».

Fue hasta la puerta y con el hombro hizo presión contra ella. Era inmovible. Entonces sacó la mano y el brazo por la primera de las estrechas aberturas que daban paso al aire. La madera que tocó estaba podrida por el tiempo y la humedad, y

descubrió que podría irla arrancando a pedazos. Se puso a trabajar ahondando en ella con la avidez incansable de un animal. Por la cantidad de madera que iba arrancando calculó que podría estar libre antes de que los madrugadores del puesto se hubieran levantado.

Un rumor le detuvo, una tos cavernosa que sonaba en la oscuridad, al otro lado del muro del calabozo. Fue seguida un instante después por el resplandor de una luz y Howland saltó rápidamente hacia la mesa. Oyó deslizarse un cerrojo al exterior de la puerta y se dijo que debía haberse colocado en la posición en que estaba al volver en sí, tendido en el suelo. Era demasiado tarde para adoptarla. La puerta se abrió y una flecha de luz entró en la cámara. Un instante, Howland se encontró cegado por ella, y hasta que el portador de la lámpara no hubo avanzado casi hasta la mesa, no lo reconoció como Juan Croisset. El rostro del mestizo era hosco y feroz. Sus ojos estaban enrojecidos y brillaron con resplandor sangriento cuando miraron al ingeniero.

—Esperaba encontrarle a usted muerto —murmuró secamente.

Levantó la mano para colgar la gran lámpara de aceite en un gancho del techo de madera y Howland se sentó sorprendido de la expresión de su faz. Los grandes ojos de Juan brillaban como carbones encendidos. O el miedo o el dolor le habían producido grandes surcos en el rostro. Sus manos temblaban cuando avivó la lámpara. Las pocas horas que habían pasado desde que Howland lo dejó prisionero en la cumbre de la colina le habían envejecido. Hasta sus hombros se inclinaban hacia adelante con un aire de debilidad y desesperación cuando volvió la lámpara hacia el ingeniero.

—Esperaba encontrarle a usted muerto, señor —repitió en voz tan baja que no habría podido ser oída al otro lado de la puerta—. Por eso no le vendé ni le puse agua cuando me encargaron que cuidase de usted. Quería que se desangrase completamente. Así la cosa habría sido más fácil... para los dos.

De debajo de la mesa sacó otro taburete y se sentó frente a Howland. Los dos hombres se miraban fijamente por encima de la llama chisporroteante de la bujía. Antes de que el ingeniero se hubiese repuesto de su asombro ante la súbita aparición del hombre a quien creía prisionero en la vieja cabaña, la mirada de Croisset cayó en el montón de astillas que se había formado debajo de la abertura.

—Demasiado tarde, señor —dijo significativamente—. Le están vigilando desde arriba. Es imposible escapar.

—Esto es lo que yo pensaba de usted —replicó Howland dominándose para hablar fríamente. ¿Cómo se arregló para evadirse?

—Llegaron y me libertaron, poco después de cogerle a usted. Le agradezco que pensara en mí, porque si usted no lo hubiera dicho, me hubiera quedado allí y probablemente muerto de hambre y de frío, como un animal en el cepo.

—Fue Melisa —dijo Howland—. Yo se lo dije.

Juan escondió la cabeza entre las manos.

—Vengo de hablar ahora mismo con Melisa —murmuró suavemente Ella le envía su amor, señor, y le aconseja que no pierda toda esperanza. ¡Gran Dios, si ella supiera, si ella supiera lo que va a ocurrir! Nadie se lo ha dicho. Está presa en su cuarto, y después de... de la captura de usted... como ella vino a verle y peleó come; una loca por salvarle... ellos no le dirán nada hasta que todo esté concluido. Entonces la libertarán. ¿Qué hora es, señor?

Un frío pegajoso pasó por el cuerpo de Howland al mirar la hora.

—Las cuatro y media.

El mestizo se estremeció. Sus manos se abrieron y se cerraron nerviosamente cuando se inclinó más cerca de su compañero.

—¡Por la Virgen le juro que daría diez años de mi vida por poder darle a usted la libertad! —jadeó rápidamente—. Lo haría ahora mismo, señor. Le ayudaría a escaparse si hubiera alguna posibilidad de ello. Pero están en el cuarto que hay al término de la escalera, vigilando. Y a las seis...

Algo pareció ahogarle y, no pudiendo hablar, se detuvo.

—A las seis... ¿qué? —le apremió Howland—. ¡Por Dios, hombre! ¿Por qué me mira usted así? ¿Qué va a pasar a las seis?

Juan se irguió. Un relámpago del fuego habitual brilló en sus ojos y su voz era firme y clara cuando habló otra vez.

—No tengo tiempo que perder en una conversación como ésta, señor —dijo casi duramente Ellos saben ya que fui yo quien peleó en favor de usted y de Melisa en la Gran Senda del Norte. Saben que fui yo quien le salvó en Wekusko. Melisa no puede salvarme a mí como no puede salvarle a usted. Y para hacer mi suerte un poco más dura, me han encargado que sea su mensajero y...

Otra vez se detuvo, ahogado por sus propias palabras.

—¿Qué? —insistió Howland aproximándose a él, la faz tan pálida como la cera de la bujía que ardía en la mesa.

—Su verdugo, señor.

Con las manos fuertemente agarradas a la mesa, frente a él, Jaime Howland permaneció tan rígido como si hubiera sufrido el efecto de una descarga eléctrica.

—¡Gran Dios! —balbuceó.

—Antes que nada tengo que contarle a usted una historia, señor —continuó Croisset, levantando sus enrojecidos ojos hacia el ingeniero—. No será larga y ruego a la Virgen que le haga a usted comprender esa historia como nosotros, la gente del Norte, la comprendemos. Comienza hace dieciséis años.

—Yo la escucharé, Juan —murmuró el ingeniero—. Empiece usted.

—Fue en uno de los puestos de la compañía donde ocurrió —comenzó Juan—, y la historia se refiere al jefe del puesto y a su mujer, el «Ángel Blanco», como solíamos llamarla. ¡Dios mío, cómo la amábamos! No con impuro amor, señor, sino con una devoción parecida a la que teníamos a la santa Virgen. Y nuestro amor era una cosa pueril comparado con el que ellos dos se tenían recíprocamente. Ella era

bella, gloriosamente bella, como son las mujeres de estas altas nieves, semejante a Melisa, que era la más joven de sus hijos.

—El nuestro era el puesto más feliz de toda esta tierra del Norte —continuó Croisset después de una pequeña pausa—. Y lo era por obra de esta mujer y de este hombre, pero principalmente a causa de la mujer. Y cuando nació Melisa (era la primera niña blanca recién nacida que veíamos en esta comarca), nuestro amor por la madre y la hija llegó a tanto que era casi un sacrilegio para nuestra santa Virgen. Quizá usted no pueda comprender este amor, yo comprendo que no puede ser entendido en lo que llaman el mundo civilizado, porque he vivido en él y he visto. Hubiéramos dado la vida por Melisa y por su madre. Y también hubiéramos matado a nuestros propios hermanos, si alguno hubiera pronunciado una palabra contra ellas, o hubiera mirado a la madre con una mirada impura. Así la amábamos hace dieciséis años, así amarnos su memoria todavía.

—Murió —murmuró Howland, olvidando en aquellos momentos la significación que la historia de Juan pudiera tener para él.

—Si. Murió, señor. ¿Tendré que decirle a usted cómo murió?

Croisset se puso en pie, llameándole los ojos; su pequeño cuerpo se retorció como el de un lobo, mientras, durante un momento, se inclinaba sobre el ingeniero.

—¿Tendré que decirle a usted cómo murió? —repitió volviéndose a sentar en su tarima, sus largos brazos alargados sobre la mesa—. Ocurrió así hace dieciséis años, cuando Melisa tenía cuatro años y el mayor de sus tres hermanos catorce. Aquel invierno, un hombre y su hijo llegaron de Churchill. El hombre traía cartas del factor de la Bahía para el jefe de nuestro puesto, y éste y su mujer le abrieron las puertas de su casa a él y a su hijo, y diéronles la mejor hospitalidad que pudieron.

—Ese hombre procedía de esa gloriosa civilización de ustedes, señor, de esa tierra del Sol donde dicen que se ven los templos de Cristo en cada esquina, pero no podía entender ni el extraño Dios ni las extrañas leyes de nuestro pueblo. Durante muchos meses había estado privado de la compañía de una mujer y en esta gran desolación la mujer del jefe apareció en su vida como un brote de flores en el desierto. ¡Ah!, señor, yo veo cómo su perverso corazón aspiró a aquella mujer y cómo fracasó porque la gloria de nuestras mujeres procede directamente del Cielo. Y al fracasar se volvió loco... y entonces... ¡Gran Dios!, ¿no sabe usted lo que ocurrió entonces?

Croisset irguió la cabeza, la faz atormentada por una tortura que era mitad dolor mitad locura, y miró fijamente a Howland con la respiración jadeante. En el rostro de su compañero no vio más que una mortal palidez, y una expresión de incompleta comprensión. Se inclinó sobre la mesa otra vez, dominándose con un poderoso esfuerzo.

—Fue en el tiempo en que muchos de nosotros estábamos fuera del puesto para visitar las trampas, antes de la emigración de los rebaños de renos, cuando la gente de la selva llega para vender sus pieles. El puesto estaba casi desierto. La mujer estaba sola en su cabaña con Melisa... Y cuando volvimos por la noche estaba muerta. Sí,

señor, se había suicidado, dejando escritas para su esposo unas palabras diciéndole lo que había ocurrido. El hombre y el muchacho escaparon en un trineo después del crimen. ¡Gran Dios, de qué manera los persiguió la gente de la selva! Mensajeros divulgaron la noticia por las colinas y los lagos, y un centenar de trineos recorrieron todos los rincones de la selva y todos los senderos, en busca del hombre-fiera y su hijo. Fueron el jefe mismo y su hijo menor quienes encontraron a los fugitivos, lejos ya, en la senda de Churchill. ¿Y qué ocurrió entonces, señor? Esto: mientras el hombre-fiera arreaba a sus perros, su hijo disparó con el rifle contra los perseguidores, y uno de los proyectiles atravesó el corazón del jefe; de manera que en unas pocas horas, en un día y una noche, Melisa perdió a su madre y a su padre, muertos por estos visitantes a quienes el diablo había enviado para destrozarse lo más hermoso que nosotros habíamos visto en esta tierra. ¡Ah, señor, se pone usted pálido! ¿No le recuerda a usted esto nada? ¿No oye usted el estampido de aquel rifle? ¿No ve usted...?

—¡Dios mío!, —murmuró Howland. Ni aun ahora comprendía lo que esta tragedia tuviera que ver con él, olvidado de todo lo que no fuera el relato de este drama que había hecho víctima a la madre de la mujer que amaba. Se incorporó en su silla cuando Croisset se detuvo; sus ojos brillaban, su rostro mortalmente pálido había adquirido una expresión furiosa, sus puños cerrados oprimían la mesa cuando demandó:

—¿Qué pasó entonces, Croisset?

Juan le miraba como una fiera. Su voz se hizo más baja.

—Se escaparon, señor.

Con un profundo suspiro, Howland se echó hacia atrás. En seguida volvió a inclinarse hacia Juan cuando vio volver a los ojos del mestizo un ardor que se tornó en llameante malignidad vengativa al sacar lentamente de un bolsillo interior de su chaquetón un pequeño paquete envuelto y atado en suave piel de ante.

—«Ellos» le envían a usted esto, señor dijo —al final, me han dicho, déjale que lea esto.

Con la mirada fija en el paquete, conteniendo la respiración, Howland esperó mientras que los dedos morenos de Juan, con desesperante lentitud, lo iban desatando.

—Primero debe usted saber lo que esto significa para nosotros, la gente del Norte, señor —dijo Juan, cubriendo con las manos el paquete cuando le hubo quitado la cuerda. Nosotros, los que vivimos aquí, somos diferentes de los que viven en Montreal y más allá. Para nosotros no es excesivo emplear todo lo que dura una vida en vengar un cruel agravio. Yo tenía entonces quince años y había sido criado por el jefe de la factoría y su mujer desde el día en que mi madre murió de la viruela y me fui arrastrando hasta el puesto medio muerto de hambre. Yo era como un hermano para Melisa y para los otros tres. Los años pasaron y el deseo de venganza fue creciendo con nosotros a medida que nos hacíamos mayores, hasta que fue la única

cosa que deseábamos en la vida, hasta saturar de ese deseo el tierno corazón de Melisa, a quien enviamos a educarse en Montreal cuando tenía once años. Tres años después, mientras estaba ella todavía en Montreal, en una de mis excursiones en busca de los asesinos, llegué hasta el puesto de la Cabeza del Gran Esclavo, y allí, señor, allí...

Croisset se había levantado. Sus largos brazos se habían erguido, su cabeza echada hacia atrás, todo su rostro encendido en una pasión que casi parecía una plegaria.

—¡Señor, doy gracias al Dios de los cielos, que permitió a Juan Croisset encontrar a uno de los que nos habíamos consagrado a buscar toda la vida! ¡Y lo maté!

Quedó silencioso, los ojos entornados, inmóvil como si rezase. Cuando se volvió a sentar, la mirada de odio se había ido de sus ojos.

—Era el padre, y yo lo maté, señor; lo maté lentamente, diciéndole lo que había hecho a medida que lo iba estrangulando; y entonces, poco a poco, le dejé respirar otra vez, forzándole a decirme dónde encontraría a su hijo, el asesino del padre de Melisa. Y después de eso le apreté la garganta hasta que estuvo muerto y mis perros arrastraron su cuerpo por la nieve durante trescientas millas para que los otros pudieran ver su cadáver. ¿Qué hubiera usted hecho, señor?

Howland contenía su respiración.

—¿Y el otro..., el hijo...? —murmuró ávidamente—. ¿Lo encontró usted, Croisset? ¿Lo mató usted? —¿Qué hubiera usted hecho, señor? Las manos de Howland estrecharon las que cubrían el paquete.

—Lo hubiera matado repitió.

—Yo me alegro de eso, señor Juan estaba desenvolviendo la piel de ante, pliegue por pliegue, hasta que al fin apareció un rollo de papel grasiento y amarillo en sus bordes.

—Estas páginas están tomadas del diario del puesto donde la mujer vivió —explicó apaciblemente, cubriéndolo con sus manos—. Cada día el jefe de un puesto consigna los incidentes que pasan, como tengo entendido que hacen los capitanes de los barcos. Ha sido precepto reglamentario de la compañía desde hace más de cien años. Nosotros hemos conservado estas páginas, señor. Ellas le dirán lo que ocurrió en este puesto hace dieciséis años. Al hablar así el mestizo fue al lado de Howland, extendiendo la primera página en la mesa ante él, señalando con su dedo índice las primeras líneas.

—Llegaron en este día —dijo respirando casi al oído del ingeniero—. Éstos son los nombres de los que destrozaron el paraíso que la santa Virgen nos dio hace muchos años. En un instante Howland había leído las líneas. Su sangre pareció helársele en las venas y su corazón paralizarse. Porque éstas eran las palabras que leyó: «En este día llegaron a nuestro puesto, de Churchill, Juan Howland y su hijo». Con un brusco grito se puso de pie, derribando la tarima, mirando a Juan Croisset, las

manos agarrotadas, su cuerpo tenso como para saltar. Juan permaneció tranquilo, brillando sus blancos dientes. Entonces alargó una mano.

—Señor Jaime Howland, ¿quiere usted leer lo que les ocurrió al padre y a la madre de Melisa hace dieciséis años? ¿Quiere usted leerlo y comprender por qué se le quiso matar en la Gran Senda del Norte, por qué se le colocó sobre una caja de dinamita en el túnel de Wekusko, y por qué esta mañana... con el alba... a las seis...? Se detuvo temblando. Howland pareció no darse cuenta del tremendo esfuerzo que Croisset estaba haciendo para dominarse. Con el aturdimiento y el mutismo de quien vuelve en sí después de un golpe repentino, tornó a la mesa y se inclinó sobre los papeles que el mestizo había puesto ante sí. Cinco minutos después levantó la cabeza. Su rostro, por lo blanco, parecía de cal. Profundas líneas se le marcaron en torno a la boca. Como habría podido hacerlo un hombre enfermo, levantó su mano y se la pasó por el rostro y la cabellera. Pero sus ojos fulguraban. Involuntariamente, Juan encogió su cuerpo como disponiéndose para repeler un ataque.

—Ya he leído eso —dijo secamente, como si el pronunciar las palabras le costara un gran esfuerzo—. Ahora lo entiendo. Mi nombre es Jaime Howland y el nombre de mi padre fue Juan Howland. Ahora comprendo. Hubo un silencio durante el cual las miradas de los dos hombres se encontraron.

—Ya entiendo —repitió el ingeniero avanzando un paso—. ¿Y usted, Juan Croisset..., usted cree que yo soy ese Jaime Howland..., el Jaime Howland..., el hijo que...?

Se detuvo esperando que Juan comprendiera y hablara.

—Señor, poco importa lo que yo crea ahora. Yo no tengo que hacer aquí más que una cosa, y una cosa que dar a usted —replicó Juan—. Los que han intentado matarle a usted son tres hermanos. Melisa es su hermana. El nuestro es un país extraño, señor, gobernado desde el comienzo de los tiempos por leyes que hemos hecho nosotros mismos. Para los que están esperando arriba, ningún tormento es demasiado grande para usted. Ellos le han condenado a muerte. Esta mañana, cuando su reloj de usted dé las seis, será muerto a tiros por una de estas aberturas que hay en el muro del calabozo. Y esto... esta nota de Melisa... es la última cosa que tengo que darle. Puso un pedazo de papel doblado en la mesa. Mecánicamente, Howland lo tomó. Atónito y sin hablar, helado por el horror de su sentencia de muerte, deslió el papel. Había en él unas pocas palabras, escritas al parecer con mucha prisa.

He estado rezando por usted toda la noche. Si Dios no escucha mis plegarias, a pesar de todo cumpliré lo que le prometí... y le seguiré a usted.

MELISA

Oyó un movimiento y levantó los ojos. Juan se había ido. La puerta se cerraba lentamente hacia fuera. Escuchó el ruido del cerrojo de madera al encajarse y después

ni siquiera el rumor de los pies envueltos en pieles que se alejaban por el exterior, en las tinieblas.

Capítulo XVII

Melisa

MUCHOS minutos permaneció Howland esperando, como si la vida se hubiese ido de él. Sus ojos miraban la puerta, pero sin ver. No produjo un sonido ni un movimiento hacia la abertura del muro... El destino le había dado su último golpe y cuando al final se levantaba de sus terribles efectos, no le quedaba un átomo de esperanza en el corazón, ni el menor deseo de la lucha que había pensado continuar, poco antes, por su libertad y por su vida. El papel crujió entre sus dedos y sacando el reloj del bolsillo lo puso sobre la mesa. Eran las cinco y cuarto. Todavía le quedaban cuarenta y cinco minutos. Tres cuartos de hora y luego... la muerte. No tuvo la menor duda esta vez. Hasta en el túnel, con la eternidad frente a sí, había esperado y peleado por salvar su vida. Pero aquí no había esperanza, ni posibilidad de lucha. Por uno de aquellos agujeros negros del muro iba a ser fusilado sin posibilidad de defenderse, de alegar ni probar su inocencia. Y Melisa, ¿iba también a creerle culpable de aquel crimen? Gimió en voz alta y quiso leer la nota otra vez. «Si Dios no escucha mis plegarias, a pesar de todo cumpliré lo que le prometí y le seguiré a usted». Estas palabras parecían confirmar su sentencia de muerte. Hasta Melisa había renunciado a toda esperanza. Y, sin embargo, ¿no había en su carta una profunda significación? Se sobrecogió como si alguien le hubiera golpeado inesperadamente, abriéndole los ojos. «Le seguiré a usted». Casi sollozó las palabras esta vez. Sus manos temblaron y dejó el papel en la mesa nuevamente y volvió la mirada titubeante de horror hacia la puerta. ¿Qué quería ella decirle? ¿Iba a suicidarse si él era asesinado por sus hermanos? No podía encontrar otra significación en sus últimas palabras y, durante un instante, esto que acababa de comprender le producía una impresión glacial, y casi le decidió a llamar a Juan a gritos. ¡Si hubiera podido enviarle una sola palabra, decirle una vez más cuánto la amaba, que la certeza de saberse correspondido, constituía una compensación bastante para todo lo que había perdido y estaba a punto de perder y que le proporcionaba una felicidad tan grande como nunca la había conocido hasta en estos últimos momentos de su tortura! Dos veces llamó a Juan a gritos, pero no obtuvo otra respuesta que la del eco de su voz en las estancias subterráneas. Luego comenzó a pensar con más sensatez. Si Melisa estaba en su

cuarto presa, era probable que Croisset, que estaba considerado en el puesto, como un traidor, no pudiera llegar a ella. Por algún procedimiento secreto Melisa había discurrido enviarle la nota, y él había cumplido esta última misión por ella. En el pecho de Howland nació lentamente un sentimiento de simpatía hacia el mestizo. Mucho de lo que no había comprendido hasta entonces le pareció claro ahora. Comprendió por qué Melisa no le había revelado los nombres de sus agresores en Príncipe Alberto y Wekusko. Por qué había huido de él después de su secuestro, y por qué Juan había mantenido tan fielmente el secreto por salvarle. Ella había peleado por librarle de sus propios hermanos y Juan había combatido por salvarle; y en estos últimos minutos de su vida hubiera deseado tener cerca de sí a Croisset para estrecharle las manos y darle las gracias por todo lo que había hecho. Y porque había peleado por él y por Melisa, el destino del mestizo iba a ser casi tan terrible como el suyo. Era él quien debía hacerle el disparo fatal a las seis. Juan Croisset y no los hermanos de Melisa era quien había de ser su verdugo. Los minutos pasaron rápidamente y cuando lo observó Howland se asombró de la frialdad con que esperaba su propio fin. Hasta comenzó a discutir consigo mismo sobre cuál de los agujeros sería el utilizado para dispararle. En cualquier sitio en que se pusiera, se hallaría alumbrado por la lámpara colgante. No había ningún rincón oscuro ni sombrío en que durante un momento pudiera escapar a su ejecutor. Hasta se sonrió cuando se le ocurrió que le sería posible apagar la luz y arrastrarse bajo la mesa, ganando así un poco de tiempo. Pero ¿cuál sería ese plazo? Y se sintió anhelante de que llegara el minuto fatal y acabara todo. Tuvo momentos de felicidad cuando en el húmedo horror de esta cámara mortuoria le apareció la imagen de Melisa, más dulce y más amable ahora que sabía cómo se había sacrificado entre dos grandes amores, el amor a su propia familia y el amor a él. Y al final le había preferido a él. ¿Era posible que se hubiera rendido así si, semejante a sus hermanos, le hubiera creído culpable de la muerte de su padre, e hijo del hombre-fiera que le había privado de madre? Era imposible —se dijo—. Ella no le creía culpable. Y, sin embargo, ¿por qué no se lo había dicho así en su última carta? Sus ojos fueron hasta la nota que estaba sobre la mesa y comenzó a rebuscarse en los bolsillos. En uno de ellos encontró un pedazo de lápiz y durante muchos minutos se olvidó del transcurso del tiempo, mientras escribía sus últimas palabras a Melisa. Cuando hubo acabado, dobló el papel y lo puso bajo su reloj. En el último momento, antes de que fuera hecho el disparo, rogaría a Juan que se lo entregase. Sus ojos se fijaron en la esfera del reloj y un grito salió de sus labios. No faltaban más que diez minutos para la hora final. Sobre él oyó débilmente el áspero ladrido de los perros, el ronco son de algunas voces viriles. Un instante después llegó hasta él un eco como de pies que corrieran, y después, un silencio.

—¡Juan! —llamó con fuerza ¡Juan, Juan Croisset! Cogió el papel y corrió de una abertura a otra, llamando al mestizo.

—¡Por el amor de Dios, Juan! Entregue usted esta nota a Melisa —suplicó ¡Juan, Juan Croisset! No obtuvo respuesta, ni oyó un movimiento fuera, y detuvo el latido

de su corazón para escuchar. ¡Seguramente Croisset estaba allí! Miró otra vez el reloj que tenía en la mano. Cuatro minutos después sería disparado el tiro. Un sudor frío bañó su rostro. Probó a gritar otra vez, pero algo se alzó en su garganta y se oprimió hasta que su voz fue sólo un quejido. Retrocedió hasta la mesa y puso de nuevo la nota bajo el reloj. ¡Dos minutos! ¡Uno y medio! ¡Uno! Con un súbito grito, exento de miedo, se puso en el centro de la estancia, y abrió los brazos frente a la abertura inmediata a la puerta. Esta vez su voz fue casi un alarido.

—Juan Croisset, hay una nota en la mesa, bajo mi reloj. Cuando me haya usted matado, llévesela a Melisa. ¡Si no lo hace usted, mi espíritu le perseguirá hasta el día de su muerte! Ni un sonido, ni un reflejo del acero apuntándole a través de la negra abertura. ¿Iba a disparar por detrás? Tic, tic, tic, tic... Contó los latidos de su reloj hasta veinte. Un sonido los detuvo entonces; y cerró los ojos, y un estremecimiento pasó a través de su cuerpo. Era la fina campanita de su reloj que daba las seis. Apenas había dejado de sonar cuando de la parte exterior de su prisión, a distancia, llegó un ruido chirriante como de una puerta que fuera abierta lentamente sobre sus goznes, o de una trampa que se alzase... y luego voces bajas, rápidas, excitadas, pasos precipitados, un relámpago de luz brillando en la obscuridad. ¡Iban a llegar! Al fin y al cabo no iba a ser una cosa secreta, y Juan le iba a matar como lo hace el verdugo en los países civilizados, ante una muchedumbre. Los brazos de Howland cayeron a lo largo de su cuerpo. Esto era más terrible que lo otro, el oír y presenciar los preparativos durante los que le pareció oír el ruido del gatillo del arma de Croisset. En vez de eso sintió que una mano tanteaba en la puerta. No se percibían voces ahora, solamente un extraño, sollozante sonido, que no podía comprender. En seguida se le mostró. Se abrió la puerta, y la silueta de Melisa, vestida de blanco, saltó hacia él con un grito que el eco repitió por todos los calabozos. Lo que ocurrió entonces, el desfile de rostros pálidos tras de la puerta del cuarto, el apagado murmullo de voces, todo fue perdido para Howland ante la certeza de que en el último instante la habían dejado llegar hasta él, que la tenía en sus brazos, y que ella había puesto su faz sobre el pecho y le sollozaba cosas que no podía entender. Una o dos veces en su vida se había preguntado si no podían ser sueños las realidades, y ese pensamiento le asaltó de nuevo cuando sintió el calor de sus manos, de su faz, de su pelo y la apasionada presión de los labios de ella sobre los suyos. Alzó los ojos y en el umbral de la puerta vio a Juan Croisset y tras de él la salvaje y barbuda figura que había estado sobre él cuando sintió írsele la vida en la Gran Senda del Norte. Y tras estos dos vio a otros más, como fantasmas indistintos en la obscuridad exterior. Apretó a Melisa contra sí, y cuando dejó resbalar su mirada por la bella faz vio los ojos llenos de lágrimas, y, sin embargo, alumbrados por la expresión de una gran dicha. Sus labios temblaban cada vez que intentaba hablarle. Súbitamente se separó de sus brazos y corrió a la puerta, y Juan Croisset se interpuso entre ellos, mientras el hombre barbudo lo miraba fijamente.

—Señor, ¿quiere venir con nosotros? —dijo Juan.

El hombre barbudo se retiró a la obscuridad y, sin hablar, Howland siguió a Croisset, fijos los ojos en Melisa. Los rostros fantasmales se apartaron de la luz y el rumor de los pasos señaló su retirada en la obscuridad. Juan retrocedió hasta Howland, y la pesada figura del hombre barbudo caminó delante, a unos tres pasos. Doce pasos después llegaron al pie de una escalera en la que brillaba una luz. La mano del mestizo retuvo a Howland por el brazo, haciéndole ir más lentamente, y cuando llegaron a lo alto de la escalera, todos habían desaparecido menos el hombre barbudo y Juan. Iba rayando el alba y una pálida luz entraba por las dos ventanas del cuarto donde penetraron. En una mesa ardía una lámpara y cerca de la mesa había varias sillas. Hacia una de ellas dirigió Croisset al ingeniero, y cuando Howland se sentó, el hombre barbudo se volvió y salió por una puerta. Juan se encogió de hombros al ver desaparecer al otro.

—Vamos, eso quiere decir que me lo dejan todo a mí —exclamó—. ¡No me extraña, porque es difícil para ellos explicarlo, señor! Acaso ha comenzado usted a comprender...

—Sí, un poco —replicó Howland. Su corazón palpitaba como si hubiera acabado de subir una alta colina—. Ése fue el hombre que quiso matarme. Pero Melisa... la... —No pudo seguir. Respirando con dificultad, esperó a que Juan hablase.

—Es Pedro Thoreau —dijo el hermano mayor de Melisa. Es él quien debería decir a usted lo que voy a decirle, señor. Pero está demasiado apenado para hablar. ¿Se asombra usted de eso? Y, sin embargo, le aseguro que no hay en el mundo hombre mejor que él, aunque haya intentado por tres veces matarlo a usted. ¿Recuerda lo que me preguntó hace poco, señor, si yo pensaba que usted era el Jaime Howland que asesinó al padre de Melisa hace dieciséis años? ¡Dios santo, hace menos de media hora que ha llegado alguien del Sur y hecho estallar una mina a nuestros pies! El más joven de los tres hermanos. Señor, hemos cometido un gran error, y le pedimos que nos perdone. En el silencio se encontraron las miradas de los dos hombres. Para Howland no era el pensamiento de que había salvado su vida el que se apoderó de él con más fuerza, sino el de Melisa, la certeza de que en aquella hora en que todo parecía perdido para él, la tenía más cerca que nunca. Se inclinó sobre la mesa, retorciéndose las manos, los ojos llameantes. Juan no lo comprendió, porque continuó rápidamente.

—Comprendo que es difícil, señor. Quizá sea imposible para usted perdonar una cosa como ésta... Nosotros hemos intentado matarle a usted..., matarle con una lenta tortura, cómo creíamos que usted la merecía. Pero piense por un momento lo que ocurrió aquí hace dieciséis años este invierno. Ya le he dicho cómo estrangulé al hombre-fiera. Así lo hubiera estrangulado a usted si no hubiera sido por Melisa. Y yo también soy culpable. Hasta hace seis años no supimos que Jaime Howland, el hijo del hombre a quien yo maté, estaba en Montreal, y entonces enviamos allí para buscarle al más joven de los hermanos de Melisa, porque había estado en el colegio con ella y conocía los procedimientos del Sur mejor que los otros hermanos. No pudo

encontrarlo en aquella época, pero hace poco tiempo que este hermano creyó haberlo descubierto... en usted.

—¡Por la santa Virgen, señor! —continuó—, no es extraño que lo haya confundido a usted porque no es sólo el nombre, sino la apariencia física lo, que se asemeja en usted a la del hombre que buscamos, según yo puedo acordarme del muchacho. Es verdad que Francisco cometió un gran error cuando envió a sus hermanos un mensaje insinuándoles que si se conseguía alejar de Wekusko a Gregson y Thorne, probablemente sería usted enviado a dirigir los trabajos. Le juro por la Virgen que Melisa no sabía nada de esto. No supo nada de las maquinaciones por las que sus hermanos hicieron a Gregson y Thorne volverse al Sur. Ellos no querían matarlos, y, sin embargo, era necesario hacer algo para, que usted los reemplazara. Nunca iban solos, pero lo que se deseaba ocurrió. Gregson perdió un dedo. Thorne fue malamente herido, como usted sabe, Con Jackpine a su servicio era fácil asustarlos y no tardaron mucho en escribir pidiendo su relevo. Por primera vez experimentó Howland una sacudida de cólera.

—¡Los cobardes! —exclamó—. ¡Vaya una pareja, Croisset! ¡Escaparse de una trampa metiendo en ella a otro!

—Quizá no tan malas personas como usted cree —dijo Juan—. Se les dio a entender que eran ellos, y sólo ellos, los que estorbaban en estas tierras. Seguramente creyeron que a usted no le ocurriría nada malo, y por eso se abstuvieron de contarle nada de lo que les había pasado. Por otra parte, es posible que no quisieran confesar a usted que se iban huyendo del peligro. ¿No es humano todo eso? En todo caso, estaba ya indicado que usted llegaría, y hasta que eso no ocurrió no dijeron a Melisa nada de lo sucedido. El mestizo se detuvo un momento. El brillo había desaparecido de los ojos de Howland, y las tensas líneas de la faz del ingeniero se habían relajado.

—Yo... yo creo que le entiendo a usted por completo ahora, Juan —dijo—. Ustedes persiguieron al supuesto Howland, eso es todo. Yo amo a Melisa, Juan. Yo mataría a Jaime Howland por ella. Necesito ver a sus hermanos y estrecharles las manos. No los censuro. Son hombres. Pero algo me extraña pensar que ella... Melisa... haya sido casi homicida... —¡Dios mío!, ¿no le ha salvado a usted la vida? Fue entonces, cuando ella supo lo que había ocurrido, cuando Melisa llegó a mí, a quien había hecho el más feliz de los hombres, porque fue ella quien trajo a mi Mariana de Churchill, en una visita especialmente para que yo la viese y me enamorase, lo que hice efectivamente. Melisa llegó a mí... y en vez de planear la muerte de usted, proyectó salvarle la vida... conmigo... que le hubiera cortado a usted en mil pedazos no más grandes que mi dedo, y se los hubiera echado a los cuervos, a mí que le hubiera arrancado a usted la vida, como estrangulé al otro en el Gran Esclavo. ¿Comprende usted, señor? Fue Melisa quien me vino a ver y me rogó que le salvase a usted la vida, cuando todavía no había usted salido de Chicago, antes de oír siquiera su nombre, antes de... Croisset vaciló y se detuvo.

—¿Antes de qué, Juan?

—Antes de amarle.

—¡Bendita sea! —exclamó Howland.

—¿Cree usted todo esto? —Como creo en Dios.

—Entonces le diré a usted lo que ella hizo —continuó en voz baja El plan de ambos hermanos era hacerle a usted prisionero cerca de Príncipe Alberto y traerlo al Norte. Yo sabía lo que ocurriría entonces. Iba a ser una hermosa venganza, una muerte lenta precedida de torturas, en el mismo sitio donde se cometió el crimen hace dieciséis años. Pero Melisa no sabía nada de esto. Se le había hecho creer que una vez aquí; donde habían sido asesinados sus padres, sería usted entregado a la justicia oficial, a la Policía Montada, que de vez en cuando aparece en estos lugares. Es una niña, señor, a la que se le pueden hacer creer cosas absurdas; de otro modo se hubiera preguntado por qué razón no le entregaron a usted a la justicia en el mismo Príncipe Alberto. Fue el hermano mayor quien tuvo la idea de utilizarla como señuelo para sacarlo a usted fuera de la ciudad y ponerlo en sus manos, y hasta el último momento, cuando estuvieron dispuestos a salir para el Sur, no sorprendió ella palabras que le despertaron la sospecha de que le querían matar a usted. Entonces acudió a mí.

—¿Y usted, Juan? —El día en que Mariana prometió ser mi mujer, yo prometí a Nuestra Señora pagar mi deuda a Melisa y el Pago lo hice así. Jackpine era también su esclavo y por eso trabajamos juntos. Dos horas después de partir Melisa y sus hermanos para el Sur, salí yo tras ellos, afeitado y tan disfrazado que no me reconocieron en el combate de la Gran Senda del Norte. Melisa pensó que sus hermanos le harían a usted prisionero aquella noche sin inferirle daño alguno. Sus hermanos le explicaron cómo debía atraerlo a usted hacia su campamento. Ella no supo nada de la emboscada hasta que ellos saltaron sobre usted por sorpresa. Hasta después del combate, cuando, en su rabia porque usted se les había escapado, dijéronle que habían intentado matarle, no se dio cuenta exacta de lo que había hecho. Esto es todo, señor. Usted sabe lo que ocurrió después. Melisa no se atrevió a decirle en Wekusko quiénes eran sus enemigos de usted porque estos enemigos eran de su propia sangre, y más queridos para ella que su propia vida. Se encontraba entre dos grandes amores, el amor a sus hermanos y... Otra vez vaciló Juan.

—Y su amor por mí —acabó Howland.

—Sí, su amor por usted, señor. Los dos hombres se levantaron de la mesa y un momento permanecieron estrechándose las manos a la humosa luz de la lámpara y del alba. En aquel momento ninguno oyó un golpe dado en la puerta que conducía al otro cuarto, ni vio la puerta moverse suavemente hacia dentro, ni a Melisa inmóvil, titubeante. Fue Howland quien habló primero.

—Doy gracias a Dios de que hayan ocurrido todas estas cosas, Juan —dijo seriamente—. Me alegro de que por algún tiempo ustedes me hayan confundido por ese otro Howland y de que Pedro Thoreau y sus hermanos quisieran matarme en Príncipe Alberto y en Wekusko, porque si todo esto no hubiese ocurrido, no hubiera

visto nunca a Melisa. Y ahora, Juan... Sus oídos percibieron un movimiento y se volvió a tiempo para ver a Melisa deslizándose lentamente hacia fuera.

—¡Melisa! —la llamó dulcemente—. ¡Melisa! En un segundo había salido tras de ella, dejando a Juan junto a la mesa. Del exterior entraba una leve claridad cenicienta del alba de un día gris, pero le bastó para ver la figura de la muchacha a quien amaba, medio vuelta hacia él, medio esperándole. Con una exclamación de gozo se lanzó hacia ella y la aprisionó estrechamente en sus brazos.

—¡Melisa, mi Melisa! —murmuró.

Ya no se oyó otro rumor en el cuarto donde los enamorados estaban, alumbrado por la paz de la aurora. Y Juan Croisset murmuró dulcemente, de pie junto a la mesa:

—¡La Virgen sea loada! ¡Esto es todo lo que Juan Croisset quería! ¡Y ahora ya puedo ir en busca de mi Mariana!



JAMES OLIVER CURWOOD, nació en Owosso en 1878. Dejó la escuela secundaria antes de graduarse, pero pasó el examen de ingreso a la Universidad de Michigan, donde se matriculó en el departamento de Inglés y estudió periodismo. Después de dos años, dejó la universidad para trabajar de reportero en el Detroit News-Tribune. En 1900, Curwood publicó su primer relato y pasaría a convertirse en uno de los escritores más populares de Estados Unidos de la década de 1920. En 1909 había ahorrado suficiente dinero para viajar a Canadá del noroeste donde comenzó a escribir novelas de aventuras sobre la región y se convirtió en un ferviente defensor de la naturaleza. El éxito de sus novelas le dio la oportunidad para volver a Yukón^[8] y Alaska durante varios meses cada año que le permitieron escribir más de treinta libros de este tipo. Curwood murió en 1927 de peritonitis, que se dice haber sido causada por una picadura de araña.

Como amigo de los animales, Curwood no se limita a observar a las bestias como lo haría un naturalista, sino que pone en juego recursos de psicólogo. Pocos como él conocen las costumbres y los hábitos de la innumerable fauna de los países septentrionales: los astutos castores, los hábiles zorros, los tenaces búhos, las circunspectas nutrias, los crueles armiños, los osos glotones están estudiados con amor en sus relatos y Curwood se complace en definir su inteligencia y en adivinar un sentido en su destino.

Entre sus obras más celebradas destacan *El valor del Capitán Plum* (1908), *Los buscadores de oro* (1909), *El valle de los hombres silenciosos* (1911), *Kazán, perro lobo* (1914), *El bosque en llamas* (1921), *El cazador negro* (1926) y *Las llanuras de*

Abraham (1928 póstuma). Al menos dieciocho películas se han basado o inspirado directamente por sus novelas, entre ellas *El Oso* (1988) dirigida por Jean-Jacques Annaud.